JULIÁN LÓPEZ

El bosque infinitesimal

RANDOM HOUSE

JULIÁN LÓPEZ

El bosque infinitesimal

RANDOM HOUSE

Lux Tenebris

Me envuelve, me traga, desciende cerúlea y sigue en su marea, se desliza y desintegra las partículas suspensas en el aire, esos corpúsculos que el ojo desenfocado revela en forma de sierpes microscópicas y quietas.

Desciende. Desde las aberturas más altas del salón laboratorio llega el resplandor que atraviesa los cristales añil, la luz que por obra de esa tinta deteriora la potencia del bacilo.

Un ejército de protones que se vuelven garzos para la lucha denodada de los investigadores de la más excelsa medicina; se sabe: la tonalidad azul hiere de muerte al bacilo de Koch.

O lo desvitaliza, en todo caso, si mi afirmación resultara una voluntad exorbitante.

Todas las salas, sobre todo en los pabellones para alojar tuberculosos, y a fin de preservar la energía de los enfermos, evitar la propagación del miasma a otros padecientes y a quienes integran los equipos médicos, deben pensarse como un diorama lapislázuli, salones con tragaluces, claraboyas, ventanales corridos en lo alto, revestidos de cristales con los tonos del cobalto.

Un perímetro vidriado en la cima para tornasolar el espacio sideral mientras se derrama la luminiscencia pregnante del mar profundo en nuestras casas de salud.

Querría verme ahora mismo, encontrarme ahora mismo bañado también yo de esa inmunidad que flota en este ambiente consagrado. Busco mi reflejo con ansiedad secreta, no hay espejos aquí, no hay superficies de plata en las que descubrirme el contorno azurita.

Pruebo, me enfrento a las lunas de los gabinetes, todo lo que veo es mi silueta que se recorta en una paleta sin matices. Sin embargo, adentro, en los estantes, se posan marciales, solemnes, impertérritos, los frascos medicamentosos.

Láudano, nux-vomica, curare, belladona, paraldehído, natrum muriaticum, bicloruro de hidrargirio, yodo, dilución de agrimonia, bromuro de alcanfor, raspadura de unicornio, trituración de Warburg, tintura de Binswanger, glóbulos de Kraepelin, tabletas de Embden.

Lociones, ungüentos, alcoholes metalizados, soluciones de azogue, maceraciones de data inmemorial, madres fúngicas suspensas en amniocentesis, aguas y aceites esenciales; una ampolleta para cada medicamento, un reservorio para cada sustancia.

Me había quedado solo y a mi entero disfrute, ni concurrentes, ni estudiantes. Ni siquiera Blavatsky. Solo y rodeado de los objetos inmanentes, descansando del frenético ballet de guardapolvos blancos. Solo y con el sol recompuesto a través de las pequeñas botellas oscuras.

Olvidé el anhelo de reflejo, abrí el escaparate y me dejé invadir por esa nube de aromas especiados, amargos hasta la arcada, picantes hasta la contracción, ilegibles, intraducibles, aromas que solo conocemos quienes nos damos a la ciencia.

Enfrenté a uno de esos frascos, un rabí que amonestaba, un ermitaño que no lucía dispuesto a ser interrumpido en su ostracismo; me enfrenté a él, mi facie serena y disponible, el plexo humillado, la piel de las palmas laxa y palpitante. Todo yo enfrentado al hidrargirio embotellado, toda mi vida lanzada al empeño de alcanzar el mercurio, el oro esencial; la curación infinita.

Sentí un deseo irrefrenable de tomarlo, de hacerlo hacia mí, de lograrlo; la mano gobernanta se adelantó kinética, la mano idiota hizo lo propio. En vez de eso, una tromba violenta me erizó la piel, las escápulas; me eché a llorar, desde el bajo vientre una garra portentosa me tomó firme de las gónadas mientras al mismo tiempo me instaba a manifestarme. Elegí la sublimación ante el objeto, de ningún modo podría tocarlo en vano.

Solo tengo esta devoción de cura para vivir, este vía crucis de *méthode scientifique*, esta *sitis lux insatiabilis*.

Me vi envuelto en esa radiación de ultramar y el espacio del laboratorio era un caleidoscopio del que, de seguro en ese instante, huían las moléculas malsanas hacia su universo reconcentrado.

Pensé echarme allí sin hacer, echarme allí, en una levitación casi

espiritista, por favor de la liviandad de esa gloriosa guerra que augura victoria, una victoria de la ciencia sobre la deformidad y el infortunio.

En esa quietud estaba cuando desde afuera me distrajo un griterío infame y, ¡qué paradoja!, no tuve más remedio que acercarme a la ventana para alcanzar la visión de cuanto ocurría.

El cuadro era de un notable salvajismo y una acuciante ansiedad: en los jardines del hospitalete, casi llegando a los alcanforeros, mucho antes del primer cordón de abedules espinados, más de media docena de las religiosas que fungen de enfermeras se afanaba para atrapar a un interno que huía cubierto con un abrigo larguísimo que en la carrera se abría y dejaba ver sus colgajos de impudicia.

Desde el silencio del laboratorio era una secuencia de kinetoscopio: ora fascinante, ora artística, ora angustiante: globos que se inflaban por razón del viento, las enfermeras se movían estáticas como si no poseyeran pies y una fuerza maquinal las empujara en esas burbujas de lino áureo.

El verdinegro del pasto húmedo, la tierra removida, los lienzos que iban y venían, las uñas como cornamentas de los pies desnudos del opa, los pies de un animal magnífico y deforme, pálidos y surcados de las venas imponentes de los que sobreviven en cianosis. Qué carrera delirante. Qué cuadro fantasmal, conmovedor.

Y con qué notable facilidad el reo se deshacía de las pinzas inútiles de las manos femeninas, pero tan bella imagen conformaban las enormes cofias albas de las asistentas, un velamen de vulvas escondidas que la acción frenética haría palpitar dentro de las trusas e inundar de la sudoración profusa de las féminas bestiales.

Las enfermeras gritaban excitadas y jadeantes, el cuadro todo, desde esta vitrina alta del laboratorio, guardaba el encanto de lo abyecto. Por un instante en que el tiempo acusó un ralentí focal y ciertamente perverso, crucé mis pupilas con las de una de las religiosas: la olí; mis fosas se abrieron como ante el estímulo feroz de una de esas flores gigantes de las selvas tropicales que hieden podredumbre. La monja no tuvo tiempo siquiera de sonrojarse o de esconderse tras esa maraña de mohínes absurdos con que las religiosas se cubren de rituales.

Clavé mi vista en ella y mi mente le habló meridiana: sé que sabe que sé, su vulva hiede, esas carnecitas infectadas de nervios emanan su

hedor: la huelo, hermana.

La hembra se desmayó delante de mí y permanecí vigilando el derredor unos instantes hasta que la visión se congeló como por un rayo. Las figuras todas, enfermeras y sedicioso, cuajaron al unísono y tornaron las cabezas hacia el edificio, una coreografía extraña que encontraría explicación al segundo.

Tras una ínfima diferencia temporal llegó el sonido que completaría el cuadro: un estruendo de proporciones seguido de un temblor profundo en la estructura del edificio. —Otra vez —musité melancólico en la penumbra del laboratorio.

La quietud de esos cuerpos inmovilizados de espanto, el bramido de la explosión, la distracción del personal, todo estimuló la picardía del rebelde que se recompuso y con una naturalidad pasmosa comenzó a caminar y abandonó las instalaciones del hospitalete frente a las caras atónitas de quienes debían capturarlo.

Debo asumir que también salió de allí frente a mi mirada absorta y en total deslumbramiento.

Blavatsky entró por la puerta a mis espaldas con actitud subrepticia y presa de una violenta agitación, al darme vuelta comprobé que en su expresión había augurio, la ansiedad e impaciencia de quien acababa de avizorar un porvenir dorado.

Se compuso ligeramente e impostando pretensiosamente la gola sentenció:

—Es él.

Caminó hacia mí y naturalmente nos pusimos en puntillas para dar nuestras pupilas a la visión de la escena en los jardines que lentamente se sacudía la fascinación y recuperaba la vitalidad y el desaliento.

La tarde se escurría indefectible y todo se aquietaba, todo confundía su contorno, se hacía poroso.

—Natürlich —respondí al profesor para cerrar el cofre de la jornada y quedarme con la última divisa del lenguaje—. Natürlich.

I

Días más tarde caminábamos con Blavatsky de regreso de su clase de Neurofisiología Aplicada y de pronto lo vimos a orillas del Tzäcjara, en las postrimerías de una tarde particularmente saturnina en la que la nieve lo cubría todo. Encontramos a Gudmundsdöttir —a quien desde ahora llamaré simplemente Gut— sentado sobre la hierba escarchada, con las puntas de su atuendo miserable tocando el agua, la expresión tranquila y la atención sobre una de esas magníficas hormigas de vientre turmalina. No soy un naturalista, profesión respetable y muy en boga en nuestros días, pero supongo que no me excedo si afirmo que debía ser una reina porque quintuplicaba en tamaño a las otras y, mientras enfrentaba la presencia del hombre con el orgullo del que solo son capaces los parásitos, balanceaba su vientre hacia un lado y hacia otro. Al momento en que su abdomen alcanzaba el límite de cada lado, dejaba caer, desde el orificio en el confín de su constitución, gotas de un líquido que, aunque viscoso, era de un rojo traslúcido y solidificaba al tocar el suelo.

Luego de unos minutos, a los costados del insecto se amontonaban dos piloncitos de perlas color carmín que semejaban rubíes desengarzados sobre el almohadón pálido de los copos helados.

Mientras las obreras negras, frenéticas en su obediencia, seguían su labor, la majestad, soberbia en su diseño retráctil, afrontaba el virtual encuentro de los mundos con la parsimonia y la dignidad de los que se saben únicos.

Estaba absorto en esa imagen cuando Blavatsky me chistó solapadamente y, con repentino acuerdo tácito, nos acercamos al miserable, lo tomamos de las axilas y lo cargamos presurosos.

En las maniobras para levantar al reo, y por la necesidad de una acción económica, no tuve más remedio que apoyar el tacón sobre la hormiga. Aun así traté de pisar de modo incompleto para que mi bota

no destruyera totalmente esa estructura magnífica.

No resultó: las patitas se desencajaron del cuerpo que agonizaba de dolor y daba cuenta del suceso mediante espasmos que hacían ver al organismo como un signo interrogante.

Fue un episodio lamentable pero refrendó mis creencias; si bien es cierto que la naturaleza es la manifestación de lo divino, también puede ejercer una fascinación maligna y hacernos evadir de nuestro verdadero compromiso: el hombre doliente.

Cargar al extravagante y subir la pendiente del río hacia la carretera no resultó sencillo, Gut pesaba toneladas y no estaba dispuesto a colaborar, debíamos ser precisos en orden de evitar encuentro con algún comedido.

Una vez en el camino tomamos un coche de alquiler y nos dirigimos al laboratorio, donde, como siempre, nos esperaba Ávida.

El viaje junto a nuestra prenda fue del todo agradable, Blavatsky la bautizó Gudmundsdöttir —un sacramento demasiado ejecutivo para mí— porque su cara le recordaba al cadáver de una liliputiense de circo que era la mascota de la morgue en los años de sus prácticas en el hospicio de Sventrishveka.

Para mi solaz me dispuse a mirar por la ventanilla: la imponencia de los Blezinketz Pögrum en esta época es de un romanticismo glorioso y ese ambiente florado fue toda la invitación que necesité para reflexionar acerca de los acontecimientos recientes.

La clase de Blavatsky había resultado lo esperable. Una teoría que es cúpula de lo sublime y una práctica decepcionante; no existe en la población general verdadera conciencia de la necesidad de privilegiar la ciencia.

Es cierto que no es posible ir más allá de lo que los avances nos permiten, ya quisiéramos abrir cuerpos vivos y no solamente estudiar la fisiología de los muertos, fluidos que quedan secos, impulsos eléctricos ausentes, vísceras corruptas, en fin, respuesta nula.

Los tropiezos del camino dificultaban el normal desarrollo de mis pensamientos pero, a la vez, contribuían a evitar que me sumiera en desasosiego. A un cierto punto, llegando a la intersección de Miller y Milner, nos detuvo una pequeña manifestación que se distinguía por lo ruidosa, era un grupo de personas con el olor y el aspecto andrajoso de

los romaníes que infectan de caravanas el continente. Estaban reunidas en círculo alrededor de uno de ellos, evidentemente más viejo, más desgreñado y más pobre, si esa distinción escandalosa fuera posible en ese elemento. Resulta curioso observar que entre los individuos de razas sin cultura funciona un sistema de castas que invierte caprichosamente el más precario sistema de valoración humana: cuanto peor, mejor. Exagero si ofrezco los dedos de una de mis ejecutivas manos para contar las piezas dentales de ese corpúsculo social que, como si fuesen los dueños de la calle, se atrevían a demorar a quienes empleamos el tiempo para producir bienes y conocimiento en pos del progreso común. Tendrán algún atractivo, no lo niego, sus medallitas de estaño, las cuentas de amanita de roca fulgente que se pierden en esas melenas que rascan sin parar —y de solo atisbarlas contagian un prurito insoportable—, los oros opacos con que algunos adornan sus narinas o recubren el único diente que les queda, la grasa inmunda que brilla en esas pieles cetrinas, la sangre virulenta que se percibe en las venas de esos cuellos palpitantes. Son vistosos, pero he visto jabíbalos enormes saliendo de sus charcas hediondas en el zoo de la bella y otoñal Mariëtzinka detenerse antes de entrar a sus cuevas para lamerse hasta limpiar toda excrecencia y poder mostrar a su prole nociones elementales. Pues estos codiciosos de manantial de sabiduría interior se reunían graves mientras su jerarca ubicado en el centro se dirigía al cielo, trepado a una especie de zigurat en miniatura, y echaba maldiciones en esa lengua infrahumana. En medio de imprecaciones seguramente indebidas, el personaje marcaba con las manos parábolas en el aire al tiempo que azuzaba a sus propios con ojos aterrorizados. Blavatsky, el reo y yo atendíamos atónitos e incapaces de despegarnos de la escena cuando, de pronto, por la ventana del coche, nos tomó por sorpresa una cara salpicada de fístulas y tatuajes desleídos. Con una modulación perfectamente entendible, el tono pausado y una lentitud de parásito, nos dijo que debíamos atender al mensaje que su líder esparcía imperioso: muy pronto los luminares se juntarán en el cielo y esa unión se convertirá en un útero infernal preñado de presagios funestos.

Con sus uñas larguísimas desenrolló ante nosotros un pequeño pergamino, señaló unos diagramas absurdos y nos advirtió que, en

poco, con la parsimonia desesperante con que los astros cumplen y asuelan el destino, la sombra lunar se tragaría al sol. Volvió a enrollar el manuscrito, lo ató con un tiento de entraña y me lo ofreció de un modo tan pertinaz que no pude rechazarlo. Como cada vez que soy observado por un menesteroso, enseguida rebusqué en mis bolsillos algunos chelines, y para tranquilizarme apelé a la certeza de que las gentes sencillas suelen dejar a un lado su malignidad y ponzoña cuando encuentran un alma buena, un ánimo pletórico de altruismo. Al momento de estirar la mano con el puñadito de monedas, el zíngaro se echó hacia atrás y recuperó su lengua imposible, marchose en medio de un rosario obtuso y se perdió entre los harapos de su grupo. Guardé chelines y papiro en el bolsillo de mi levita mientras la turba allí afuera descomponía su formación y daba paso a nuestra calesa y las que también estaban detenidas en ese atolladero. Nunca nadie debería conculcar el derecho universal de un ciudadano, derecho de derechos, a circular libremente. Puede parecer que exagero, pero me resulta inconcebible la idea de que alguien, algún grupo, pueda entorpecer el seguro andar de una comunidad hacia el progreso y no me amilano al afirmar que se debería penar con severidad ejemplificadora a quienes así lo hicieran.

Cuando el coche recuperó la marcha, un andar modoso porque hasta nuestro jamelgo comprendía la amenaza que imponían esas miradas, galeno, Gut y yo seguíamos fascinados con la escena. Después de adelantar unos cuantos codos, alejándonos ya de ese contratiempo, y en la intimidad del interior del vehículo rompimos en risotadas tan sonoras que ese acto, espontáneo y liberador, nos reunió en la hermandad de lo reconocible, de lo humano. Después de todo, a pesar de la insalvable distancia moral y génica entre ese corpúsculo y nosotros, ¡quienes estábamos en esa calesa éramos varones!

El médico y yo, por supuesto, compusimos nuestra seriedad y nuestra traza de inmediato, el bobo, en tanto, siguió carcajeando en automático como esos lelos que recuerdan burlas pasadas.

El viaje continuó sin más sobresaltos y cuando llegamos a la puerta de la calle Kraft-Ebing, pagué al cochero y el olfa, sin decir agua va,

saltó y se plantó sobre el umbral indicado con una expresión que, de haber sido uno de los nuestros, no hubiera dudado en calificar de sorna.

II

Ávida ya estaba allí. Aguardaba sentada en un banquito detrás de la puerta como de costumbre, adelantándose a cualquiera de nuestras necesidades. Abrió y nos invitó a pasar sin pronunciar palabra y sin exagerar ninguno de sus entrañables gestos.

Una vez adentro nos dirigimos al cuarto del subsuelo que pronto se convertiría en el hogar del enfermo, bajamos la escalera de piedra en un silencio también pétreo.

Ah... Disfruto del ritual de asistir al sitio en el que honramos al conocimiento, en esa ausencia de palabras que resalta la contundente presencia del deber, de la ciencia.

Ya en el laboratorio me movió algo que hasta podía respirarse, la invalorable contribución con que el sexo femenino hace mejor la vida de los hombres. La mujercita había encendido la estufa y, sobre los leños dispuestos prolijamente, y que ardían con notable prudencia, una marmita de hierro prometía una sopa que ya entonaba su canon de burbujas embriagantes.

Ávida se disponía a servirnos cuando Blavatsky la chistó severo; ella me dirigió un mohín suplicante, pero mis aires le hicieron comprender que la admonición no se debía a falta alguna sino a simple gentileza del hombre que sabe lo que hace. Obediente, la mujer retrocedió y permaneció callada detrás de nosotros.

Cucharón en mano, el galeno sirvió un tazón sobre el que desmigajó un octavo de hogaza y depositó en una esquina de la mesa. Me miró de soslayo y comprendí perfectamente el gesto, la asertiva decisión del caballero de ciencia: íbamos a espectar al espécimen en su idiosincrasia.

Es mi deber aclarar que en nuestro ideario, las herramientas morales con las que los estudiosos templamos nuestras armas más nobles, no caben ni la crueldad ni la humillación, más allá de la firmeza que

eventualmente se impone para desterrar la amenaza de la enfermedad, de la desgracia.

Aunque era demasiado pronto para recursos de ese tipo, me confortaba saber que el colegio de profesionales recomendaba encapuchar a los pacientes que se prestaban al registro fotográfico. Y era claro que el natural en su bondad se iba a prestar, ¿qué duda cabía a esa altura del suceso?

Que aparezca el organismo y su deformidad ensalzada en la placa, pero no el rostro que carga el peso de lo monstruoso, es prueba de la compasión con que la Academia traza su ruta en pos de la cura de los males de la humanidad.

Asimismo recomendábase suprimir los nombres propios. Esta medida, tendiente a preservar la intimidad del doliente, completa un riguroso protocolo de disposiciones para un mundo que se moderniza a la velocidad de constantes descubrimientos.

De esa manera, las láminas figurativas, herramienta invalorable para la difusión y enseñanza de los progresos en el universo sanitario, devienen en placas fotográficas de torsos desnudos, descabezados por la caperuza y anónimos.

Es fundamental también que nuestro órgano colegiado se avenga claramente a preservar la sensibilidad de los aspirantes. Una educación que ofrece un tropel de personas sumidas en desgracia puede, más tarde o más temprano, corromper la llama divina que enciende el impulso del joven varón convocado por la ciencia.

La decisión de curar supone, debe suponer, que el cirujano fundamente su formación en el más excelso conocimiento. Sin embargo, y en orden de forjar a fuego el espíritu del estudiante inexperto, es necesario nutrir su costado menos sofisticado y fortalecer la decisión con que también el carnicero muestra su poder resolutivo y desbarata la organización muscular del cerdo.

En ese sentido, es imperioso concentrar la atención sobre pústulas, malformaciones congénitas, escoriaciones supurativas, fiebres de índole perversa o sexual, así como la inacabable diversidad de apariencias con las que suele presentarse la putrefacción.

Mientras mi colega encabezaba la aún azarosa investigación, me distraje en los detalles del cuarto; la mano de Ávida podía reconocerse en cada cosa, la ubicación de cada objeto parecía calibrada por el don de alguien que conoce naturalmente el intrincado arte de la mesura. Daba miedo moverse allí, sentíase uno aturdido por la acechanza de la propia torpeza, como si cualquier acto pudiera descompensar esa báscula inmaterial que era gobierno del laboratorio.

Los chistidos insistentes de Blavatsky me trajeron de vuelta a la tarea: el susodicho se había ubicado frente al tazón y lo espectaba hipnotizado pero no se movía, no atinaba a saciar más que sus ojos, la sola idea de la sopa parecía conformarlo, era absolutamente sorprendente, desconcertante.

El cuadro era paradojal, evocaba un cierto paisaje infantil: un mediodía en el campo, un almuerzo de bocadilla de kréptele y de melaza, niños jugando entre cabritos ateridos, una especie de ajedrez viviente que se resuelve a los piedrazos.

El olor, una contrapartida repugnante. Era el tufo del río Tzäcjara que lo impregnaba todo desde el abrigo del enfermo y que en lo hondo del laboratorio resultaba inextinguible.

Para precipitar alguna contingencia que indicara una posible dirección en los sucesos, se me ocurrió acercar una cuchara al costado del cuenco de sopa junto a la mano del anómalo, un recurso que, por lo lacónico de su expresión, supe que Blavatsky no aprobaba.

Mi colega es un verdadero purista: escoge siempre la carretera más larga, desecha sin miramientos los atajos y repudia la urgencia por resultados con los que, según él, la administración de salud de nuestro tiempo equivoca el rumbo.

Concertada o no, la acción no pareció modificar los hechos en modo alguno, salvo por un leve suspiro del transgresor. Blavatsky me hizo una seña y sirvió dos tazones más de sopa, tomó el pan y dispuso todo sobre una bandeja; señal inequívoca de que la jornada había concluido y que dejaríamos descansar al loco hasta la mañana siguiente.

En nuestras acciones de fin de labor, tomar sucintas notas de lo acontecido, organizar los enseres e intercambiar alguna opinión para

nada concluyente, Blavatsky me propuso que pernoctara en la casa y Ávida prometió una copa de ese aguardiente de prínkula bávara del que siempre guarda una botella. Acepté todo de muy buen grado y la amabilidad de ambos fue un gesto que, si bien esperaba, me confortó con creces.

Cuando estábamos por atravesar el umbral escuchamos una palabra, diría más bien una organización vocal incomprensible, claramente dirigida a nosotros. Nos dimos vuelta. Ávida, tal vez atemorizada, se encaramó detrás de Blavatsky y yo me ubiqué de modo de ser visible ante el que volvió a hablar. —Sindri —dijo, y sonrió.

Luego de eso cruzó el brazo en diagonal sobre el torso y metió la mano derecha en el bolsillo izquierdo de su abrigo, avanzó unos pasos, me enfrentó sonriente y extendió esa mano ante mí. De su palma cadavérica cayeron al suelo aquellas mostacillas escarlata que secretó la hormiga reina y en no sé en qué segundo el olfa pudo haber recogido.

Entre asombrado y confundido busqué a Blavatsky que desaprobaba contrariado; desde atrás, Ávida alzó las pestañas y me entregó la ventura de sus ojos. Por la sutil aquiescencia que ofrecían esas pupilas, como nubes delgadas desliándose en el infierno del atardecer, pude recobrar la confianza.

—Sindri —repitió, la mano roja delante de mí y una ternura que logró conmoverme.

La asistenta sacó una manta del armario y, en un acto de sorprendente gallardía, envolvió a Gut con pasión de madre. Fue un exquisito final de jornada y, por cierto, la actitud de la mujer, otra vez, concedió con sapiencia lo que era necesario.

Una vez fuera del laboratorio noté que Ávida tenía una expresión sombría. Blavatsky, en cuanto a sus intereses personales, era un misterio para mí, un hombre que parecía rechazar toda intimidad y todo contacto. La relación entre ambos constituía un poderoso interrogante y los datos que recogía por la simple observación no me permitían confirmar si, al margen de colaboradora, ella significaba algo para él.

La mujercita y yo nos rezagamos un poco en el camino hacia la sala y, en medio de la galería y el aroma habanado de la boiserie que cubría las paredes, me susurró grave, y con la testa gacha en señal de disculpa por el atrevimiento: —Su olor es repugnante, pero más repugnante aún es su constitución. Bajo ese capote inmundo habita un esqueleto frágil, carcomido vaya Dios a saber por qué alimañas microscópicas. Cuando lo abrigué sentí la conmoción de quien está frente a la ignominia.

El médico encendió la lámpara principal del salón y carraspeó para dar a entender que no debíamos hacerlo esperar.

La charla resultó una simple evocación de los sucesos sobresalientes, la voz de Blavatsky cobraba resonancia y se engolaba según el devenir del relato, liviana cuando describía al tonto, circunspecta al momento de practicar diagnosis.

Yo asentía en silencio y procuraba no perder detalle de los movimientos de Ávida pero evitaba, escrupuloso, seguirla con la intención.

Tomamos la copa, comimos pan, algo de kréptele casero y hacia las diez acepté uno de los puros del dueño de casa. Al finalizar la fumata agradecí la hospitalidad y me excusé hasta la mañana.

III

El cuarto de huéspedes, aunque modesto, mostraba la traza atenta y segura de Ávida, la prolijidad suplía una arquitectura antigua, de techos bajísimos y paredes que descubrían la piedra original y sin afeites. La humedad del Tzäcjara dibujaba una fabulosa hidrografía hogareña que se deshacía en gotas que rodaban hacia el suelo y otorgaban un aspecto lóbrego y, desde ya, para nada saludable.

De todas maneras me sentía conforme y a gusto. Comencé a desvestirme y aún en calceta completé mi rutina de ejercicios. La solidez del cuerpo requiere de una minuciosa construcción con ladrillos indispensables: alimentación frugal, conciencia proba del hombre íntegro y manutención de las articulaciones flexibles. No es necesario ser un matasanos para comprender que la observancia de estos ítems preserva la formidable máquina humana aún allende los veintisiete. Concluida la secuencia gimnástica inspiré profundo tres veces y a modo de rezo, como cada noche antes de entregarme al vahído del sueño, repetí mentalmente el juramento hipocrático. No puedo evitar emocionarme cada vez que musito ese particular rosario y en ello confirmo que mi espíritu permanece libre del cáncer del cinismo y de la soberbia.

Escurrirme dentro de la cama significó el enorme disfrute de unas sábanas frías y perfectamente estiradas, nada mejor para un buen descanso que la natural fibra del lino y las almohadas de vellones de marta cibelina que proponían un fortísimo contraste con la pobreza del cuarto.

Al cerrar los párpados sentí una profunda satisfacción por el perfil auspicioso de los acontecimientos del día y mientras músculos y tendones se relajaban, me descubrí pensando en ella. Ávida y sus condiciones inmejorables. Ávida y su prudencia. Ávida y su presencia tácita pero innegable.

¡Qué mujer! Modelo de pudor, ¿esencia tal vez de lo femenino?, ella está y es un lucero de magnitud tan controlada que ni se nota. ¡Qué mujer!

Solo ver las disposiciones hogareñas, las cortinas que cuelgan simétricas, prueba de una armoniosa laboriosidad, los fúlgidos metales y la limpieza del aire siempre adornado con aromas sutiles que evanescen y no impregnan.

Su mismo aspecto, aunque parco, de conmovedora ubicuidad. Las medias son las medias, las faldas son la imagen de la mismísima falda y su calzado... ¡Nunca en mi vida comprenderé cómo puede uno de sus pies caber en esos zapatitos que parecen diseñados por el mismo artesano que imagina los espéculos y los delgados estiletes del bisturí!

Diríase por caso que podrían curar por sola imposición, como inmateriales cirujanos, siempre adornados, siempre coronados con esas flores cárnicas sobre la capellada; como crespones funerarios.

Con esa sensación agradable, esa plenitud que me hacía sentir tan vivo y tan dispuesto, me di vuelta en la cama, comprobé que en la mesa de luz estaba la jarra de agua y el vaso cubierto con un pañuelito de encaje. Me entregué al descanso.

Adoro el momento intermedio en el que me disuelvo y la mollera parece bañada por una tiniebla que la repara de tanto afán visionario, de tanta exposición del alma sensible a las manifestaciones, no siempre agradables, del mundo y sus contingencias.

Es formidable sentir la circunferencia de los ojos, esas esferas gelificadas capaces de traducir impulsos lumínicos en un despliegue de tecnología corporal que, para el hombre de ciencia, es su instrumento más sutil y contundente.

Parece fantasmagoría saber que la imagen llega al cerebro al revés, que el objeto capturado por el iris es pervertido por las leyes de lo físico. Una paradoja que termina resuelta por el perfecto: el amo gris pone lógica de derecha a un mundo subvertido por la animalidad y por la codicia de quienes quieren repartirlo todo.

A veces detengo un poco el vértigo mental, la denodada velocidad intelectual a la que por mi actividad me debo, para contemplar las maravillas con que estamos delineados. Esa arquitectura proteica de lo traslúcido, concepción de lo ideal que el hombre corriente no es capaz

de percibir.

El juego de la abstracción es fascinante pero suele arrojar un doble resultado: por un lado puedo jactarme de una comprensión más vasta, el sofisticado caviar de los que buscamos la verdad ulterior. Por el otro me separa del resto de mis congéneres y me sume en la emocionalidad oscura de los que estamos solos.

Pues bien entonces —me dije compasivo—; al sopor voy, quedo a merced del universo difuso de la mente sin límites, me entrego, merezco este descanso.

Hacia mitad del sueño me despertó un jadear ciertamente atemorizante. En la intención de incorporarme y descubrir de dónde provenían esos quejidos lastimosos volqué la jarra con agua que, a su vez, astilló el vaso con otro plañido que logró inquietarme aún más.

Detesto ese estado en el que la mente quiere imponerse, pero el embotamiento resiste en rebelión la voluntad de la conciencia. De todas maneras, el affaire de los cristales acabó por despertarme y, para cuando terminé de enroscar la ampolleta, la lobreguez del cuarto se hizo patente.

La cama seguía impecable, pero las paredes y la atmósfera general eran propias de los climas misteriosos de los poemas sangrados de Goldemberg; pese a mi exclusiva atención, reinaba el más absoluto mutismo. Del jadeo no quedaba más que una respiración exagerada que lentamente comenzaba a apaciguarse. A partir de ese descubrimiento, bañado en sudor y en vergüenza, creció en mí la sospecha de que el que gemía en medio de la noche entumecida por el Tzäcjara lejano no podía haber sido otro más que yo.

Tan pronto como mi mente certificó esa respuesta se disiparon de ella, como los difusos celajes sobre la primaveral Mariëtzinka, las suposiciones de una Ávida en peligro y la ardiente necesidad de socorrerla.

Hube de levantarme para poner orden en la mesita de luz y dejar en un rincón del cuarto los trapos mojados y el vaso surcado por los tajos de su fragilidad.

Volví al lecho bastante abochornado, pero no es esa la humillación

del hombre común. Para el adalid de ciencia, despertarse en su instancia menos varonil implica un deshonor más agudo y menos aceptable.

En medio de las cavilaciones, mientras repasaba el doblez de la sábana y el edredón sobre mi pecho, recordé las charlas sobre la incidencia de los sueños en la vigilia que ese judío ridículo —acompañado de un séquito de uranistas estrafalarios y de ese mequetrefe de nombre Sándor al que, en medio de insinuaciones de una procacidad inconducente, llamaba "mi hijo querido"— ofreció el último febrero en el Círculo de Residentes del Hospitalete de Sbórnika.

En fin, la hilaridad de ese recuerdo casi me despierta por completo, pero no fue un mal recurso para dejar que el tálamo me acunara nuevamente.

Desenroscar la bombilla fue un verdadero suplicio. El pañolenci estaba completamente mojado y para evitar el agua se me ocurrió que, si lograba tomar buen ritmo y evitaba dar de pleno las yemas en la superficie de vidrio, podría hacerlo directamente con las manos. Nunca hubiera imaginado que una ampolleta eléctrica pudiera ganar tanta calentura.

Me levanté otra vez y saqué de mi maletín el ungüento de caléndula y cantharis para aliviar un poco el ardor de mis dedos.

Volví a reposar en el lecho umbrío con la mano pérfida embadurnada; al instante acudieron a mí las imágenes del sueño que me hiciera gemir: un tren corría con toda su potencia sobre las vías brillantes. En una de las ventanillas alcancé a ver a una muchacha muy bella que cubría su facie con un velo rosado y lucía encantada con la vista. En su rostro se dibujaba una sonrisa perfecta, no era ni una mueca desmedida ni un gesto fingido para complacer.

Lo que pasaba a sus espaldas estaba ocluido para mí, solo podía percibir una paleta en la que resultaba imposible distinguir forma alguna. De pronto comenzaba a sonar muy cerca una respiración harto grosera y, al momento en que me volvía para atestiguar el caso, un potro desbocado galopaba hacia mí sin que pudiera moverme.

El silbido de locomotora me advertía del riesgo y me empujaba a huir de allí; si bien el cuerpo en su animalidad comprendía muy bien el peligro que corría, no lograba hacer entender a las plantas de mis

pies el motivo de mi urgencia. Lo último que rememoro es una imagen en exagerada perspectiva de la cabeza del equino, a escasos segundos de embestirme y provocando el ruido de la respiración soez que salía de sus fauces, a punto de tragarme.

Las palpitaciones del recuerdo, ahora que estaba despierto, no parecían menores a las de la misma pesadilla aunque, por obra y gracia de un pétreo autocontrol, esta vez ni el más imperceptible quejido constriñó mi masculinidad.

En fin, en esas condiciones, y en estado de enorme algarabía hormonal, intenté volver a fundirme en sueño.

IV

En el minuto en que desperté, sacudiéndome las trazas de un reposo lleno de inquietud, la aparición de una figura me asaltó con una imperiosa necesidad de gritar. Me incorporé en la cama y sofoqué con todas mis fuerzas la vergüenza de un alarido. Blavatsky me observaba inclinado sobre mí a una distancia incómoda y su expresión me confirmó que me había quedado dormido; en este cuarto no hay ventanas y la luz no consigue colarse por ninguna hendija. —Ya son las cinco y cuarto —dijo— y como no tenía noticias suyas me vi en la obligación de notificarme personalmente acerca de lo que sucedía. De no ser por lo impropio de la situación hubiera mandado a Ávida, pero la sola idea me resultó imprudente. En fin... No comprendo que un hombre pueda dormir tanto... La muchacha lo espera en el cuarto de los refrigerios para el desayuno mientras yo mismo voy adelantando las tareas del subsuelo —sentenció mientras salía de la habitación.

Me levanté inmediatamente y descubrí que el ungüento había manchado las sábanas a la altura del vientre; no resultaba una marca muy conveniente y mucho menos para la primera estancia como huésped. Por suerte, la molestia de los dedos había sido completamente disipada por la pomada de caléndula y cantharis que, aunque correosa y de un aroma no del todo agradable, resulta casi mirífica.

Estiré la ropa de cama ligeramente y tendí con mayor esmero el edredón de vellones; por suerte siempre llevo en el maletín una muda, junto a un pequeño neceser con mis cepillos de cerda china, mi navaja y un pequeño añico de alcanfor envuelto en gasas. Me vestí presuroso y compuse la estampa del traje frente al espejo.

Mientras me peinaba descubrí sobre la cómoda un vaporizador con agua florida, era una fragancia elegante, un excelente toque para acudir al desayuno y comenzar mis labores con toda frescura.

En el camino hacia la cocina comprobé que la humedad había entumecido mis tendones y, debido a la imposibilidad de efectuar mi gimnasia matinal, el cuerpo parecía sumido en un sopor pegajoso e incómodo.

Por alguna razón, aunque había dejado todo dispuesto, Ávida no aparecía. Frugalidad fue el signo con el que acometí algunos panecillos de cebada, el consabido makretzel tostado con un hilito de prínkula roja y una no demasiado generosa tajada de pastel de riñones, que me supo agrio y espeso, y preservó para mi boca los placeres secretos que el dormir me había negado.

Ese fue todo mi desayuno para la fecha en la que iniciábamos una investigación categórica.

Cuando estaba terminando las vituallas, la mujer entró con un caminar que se me antojó infantil. Las maneras con que esta fámula escondía su opulencia, una delicada y pétrea filigrana de modales, confirmaba que la hembra humana debe ser anodina, mejor cuanto más delgada y mucho mejor cuanto menos visible.

Se acercó a mí, en esa culminación ontológica y de tonalidad carmín y dijo: —Quiere hablar con usted, lo espera listo en el cuarto dormitorio —avergonzada ante la gaffe, corrigió—: en el cuarto escritorio.

Mientras me dirigía a ver al colega me tentó la idea de llegarme hasta el subsuelo a ver a Gut y probar unas palabras con él.

Procuré no encarnizarme, pero me reprendí severamente, detesto ser asaltado por actitudes que no están en mi constitución primordial. La envidia, la gula son lacras de las que debe uno prevenirse como quien siembra el trigo guarda su promesa de la manga de langostas que, amorales y ajenas a todo criterio, no miden su angurria al tiempo de saciarse.

Me detuve frente a la puerta del escritorio y automáticamente corregí el nudo de mi corbatín, como si la puerta fuese en realidad un espejo, di tres golpes suaves y ante la voz del médico entré y me senté frente a él, que coronaba el bufete con sus aires de excesiva seriedad.

La charla redundó en una formalidad que, a esta altura de los

acontecimientos, resultaba inútil. El hombre necesitaba remarcar, como ante un auditorio de principiantes fascinados por la aparatología moderna, los postulados más rudimentarios que deben observar los representantes de la ciencia. Evité manifestar la ofuscación que me producían sus palabras mas no emití comentario y denegué a mi cabeza la posibilidad de un gesto que invitara al maestro a otras enunciaciones de ese tipo.

Que las personas mayores necesitan el reconocimiento de quienes los suceden lo sé, que respeto y agradecimiento se expresan mediante condescendencia, también lo sé. Sin embargo, la afición de Blavatsky por particularizar sus diferencias experimentales ante mí es una actitud que no lo exime de una historia de prácticas con resultados, si no pobres, de una modestia apabullante.

Me inquietaba pensar que el desarrollo investigativo iba a estar atravesado por peroratas de esa clase, una en horas de la mañana, antes de comenzar la tarea, y la otra en el atardecer, como corolario. Se me figuraba inconcebible perder tiempo en un rigor inconducente y derrochar la energía cuando habíamos sido premiados por la providencia con tal objeto de estudio que parecía haber estado allí, sobre la escarchada ribera del río, esperando por nosotros.

Me enfrentaba ahora a un debate interno que se imponía urgente: debía definir si tolerar la oratoria vacua de mi colega, en orden de usufructuar las instalaciones de su morada y evitar el trajín cotidiano de volver a mi habitación en la Pensión de Residentes, o rechazar amablemente el convite y mantenerme a salvo de admoniciones innecesarias.

El mencionado debate se diluyó cuando comprendí que nada me haría perder la posibilidad de estar aquí cuando todos duermen o en los lapsos impensados, que es cuando suelen suceder los hechos que exceden lo ordinario.

A partir de esta certeza volví a ver al colega con el aprecio y la gratitud de siempre. Mi corazón palpitó y comprobé que mi cuerpo asentía en el instante en que me descubrí en el pensamiento más íntimo: la persecución de lo extraordinario es la síntesis de sentido que refrenda cada uno de los actos de mi existencia.

Ávida entró sin golpear en el segundo justo, llevaba doblados en su antebrazo los guardapolvos que usamos en las prácticas. El médico y yo nos pusimos de pie, dimos por terminado el mitin y nos aprontamos. La solicitud con que nos entregamos a la tarea quiso que se generara una situación de gran ternura, aunque un tanto torpe y un tanto ridícula: mientras ella abotonaba en la espalda el guardapolvo del viejo, a mi vez yo abotonaba el de ella y el hombre abotonaba el mío. Quedaba así conformado un trino de imponentes voluntades y enorme cercanía espiritual. Cada uno en su sitio, justipreciado, abotonado y orgulloso de integrar una pequeña compañía de agentes de salud sin jerarquías desmedidas.

La escena logró disipar mis resquemores por completo y alivió el clima de la casa. Ávida miraba de reojo y los tres sonreímos en silencio; volví a percibir esa presencia recatada y débil, esas mejillas de pálido escarlata que lograban energizarme de tan extraño modo.

Para sortear la incomodidad de una incipiente apendicitis miré al médico con ojos dulces y graves, me acerqué a él mientras veía que Ávida, en plena posesión del entendimiento, se retraía y simulaba arreglar las prímulas en el búcaro.

Llegué al hombre, lo tomé de las manos, las hice hacia mí, me apoyé en ellas para mirarlo directamente a las pupilas en la mayor cercanía posible y dije:

—Querido profesor, mentor querido, ambos sabemos a qué nos enfrentamos, ambos sabemos con qué nos honró la gran ventura. En el sótano nos aguarda el ser natural, estamos, finalmente, ante La gran división.

El médico, sorprendido y con la emoción torpe de quienes no saben contestar con naturalidad a una sentencia impecable, solo atinó a responderme

—Ah, sí, sí. Claro, claro. Por supuesto.

Nuevamente fue la mujer quien comprendió las necesidades insatisfechas de la escena y, para disiparlas y evitar el bochorno del viejo, dio media vuelta y tarareó un gracioso *lied* de moda mientras con la mano barría unas miguillas imaginarias sobre el bahiut.

Todos recompusimos la dinámica anterior, echamos al aire una

menuda carcajada para distendernos y, ahora sí, enfrentar la tarea a la que habíamos sido llamados.

Otra vez en trino silente, cada uno echó su abrigo sobre el guardapolvo; la humedad y el frío del subsuelo son contrarios mortales de una salud carente de quebrantos.

Bajamos la escalera en un silencio emocionante y entramos al laboratorio para comenzar las tareas. La mujercita operó trabajosamente sobre los interruptores y el cuarto se iluminó por completo.

El Tzäcjara seguía presente en su olor inconfundible y el reo estaba parado frente a una de las ventanas que daban a los bajos del frente de la casa.

Cuando lo vimos, de espaldas, notamos que había conseguido romper uno de los gruesos vidrios y que tenía la mano derecha afuera, justo en el ángulo del hogar y el piso de la acera.

Fue todo muy rápido, porque al momento de prenderse las luces el desdichado se dio vuelta, nos miró, retrajo la mano y se la llevó a la boca. Tenía la muñeca tatuada por líneas de sangre.

Un forense hubiera precisado el tiempo que llevaba lastimándose porque las calidades del plasma diferían unas de otras, las había recientes y fúlgidas pero también secas, como óxidos de ponzoña plena.

Lo cargamos por las axilas como cuando lo encontramos a orillas del río; aunque pesara tantísimo, el idiota no oponía resistencia, era comprensible que, por lo exangüe de su constitución moral, no detentara deseos propios ni decisiones férreas y aceptara ser conducido sin rebelarse.

No resulta poco habitual que algunos pacientes, sumidos como están en la ignorancia de su mal, rechacen caprichosamente el tratamiento que dispone el facultativo. Si así no fuera, y no tan solo en la excepcionalidad de algún caso como muchos pretenden creer, de nada servirían los correajes, las pulseras de tiento, las cadenas, las casacas de supresión y toda la parafernalia con que la tecnología contribuye al cumplimiento efectivo de los mandamientos médicos.

Con su total anuencia, dejamos al impávido frente a la camilla y descubrimos que lo que se había llevado a la boca no era otra cosa que

nieve.

Blavatsky le sujetó la cabeza con ambas manos y trabó con sus pulgares la posibilidad de cualquier movimiento del maxilar inferior. La cavidad quedó ampliamente expuesta; sobre la lengua había un importante cúmulo de escarcha sucia y el carmín parecía haber abandonado para siempre las carnes blandas de ese agujero infecto.

Por mi parte, me ubiqué justo frente al miserable dispuesto a reducirlo, en caso de que hiciera falta, con un suave pero efectivo golpe sobre el píloro. Por fortuna, la solidez de mi presencia hizo que me impusiera mucho antes de cualquier conato de rebeldía y no hizo falta lastimarlo.

Hube de ponerme de puntillas para observar la boca con total conforto, la anormal palidez de las mucosas del desgraciado evidenciaba que tenían mucho tiempo en contacto con el frío. Gracias a una requisa implacable descubrí, en los intersticios de las muelas, restos de aquellas perlas secretadas por la hormiga reina, una especie de caviar degenerado que el bruto debe haber creído alimento.

Otra vez el bermellón sobre la carne pálida, una secuencia de tonalidades que parecía repetirse: aquellos almohadones de nieve en la ribera del Tzäcjara donde lo encontramos, moteados de color por las perlas, las encías destelladas por las pequeñas cáscaras de esta especie de huevas de himenóptero, los demarcados afluentes de sangre en las muñecas del susodicho y, por último, en su expresión excelsa, las provincias macilentas de la cara de Ávida, anegadas de improviso por mareas de pudicia.

Lejos del círculo prístino de mis pensamientos, todo aquí era patético y olía feo: el capote que cubría ese cuerpo escariado estaba húmedo y había sido conquistado por hongos y larvas de toda calaña. Ese organismo abyecto tenía el pelo revuelto, sucio y mojado, pero la expresión de sus ojos era piadosa de toda piedad y dulce de toda dulzura.

Tomé el desafío de permanecer en esa situación tan degradante como un imperativo moral, resultaba doloroso en extremo asistir a tan notable espectáculo de perversión pero ¡¿qué habría de haber hecho

un caballero de mis quilates en esta encrucijada?!

Ávida y yo parecíamos un solo ser en lucha metódica contra el espanto porque acometíamos la tarea sin el más mínimo gesto de repulsión o de renuncia y, por el contrario, nuestras acciones acusaban una firmeza que, a todas luces, no es recurso habitual del humano medio.

Me detuve a observar el tazón de sopa: seguía allí intacto, en la misma posición, aunque un espeso mantón de grasa coronaba el caldo frío. A su lado, doblada prolijamente, estaba la manta con que Ávida protegiera a Gut la noche anterior.

Mientras estaba absorto por la imagen, el sucio respiró profundamente y me atrajo; cuando lo miré llevó sus ojos hacia el mismo sitio: el tazón de sopa y la manta. Clavó su vista en la mía y al mismo tiempo sacó de su bolsillo la cuchara que yo le acercara en la víspera. Con extrema suavidad la puso en mis manos, volvió a mirarme y sonrió. En mi imaginación lo escuché decir, en su modulación más dulce:

—Sindri.

No dijo nada.

Debí consolarme de esta nueva desilusión y comprender su incapacidad para un gesto, guardé el absurdo regalo en el bolsillo de mi abrigo, dejamos al lelo en la camilla y nos separamos un poco para organizar las siguientes acciones.

Ávida prorrumpió pregonando la necesidad de asearlo para disipar el olor inmundo y honrarlo con los derechos que porta todo ciudadano.

A pesar de lo inadecuado y atrevido de su participación, con el médico coincidimos en que era harto conveniente: pedimos a la asistente la rasuradora y los implementos para el baño —jofaina, aguamanil, grasa odorizada, alcoholes de bromuro y trapillos— y, al tiempo que ella abandonaba el cuarto, nos dispusimos a despojar al cuerpo de sus harapos.

Hay que reconocer que Gut colaboraba en todo, a pesar de los muchos minutos transcurridos permanecía en la misma posición en que lo habíamos acostado en la camilla; se dejaba hacer confiado.

¿Sería esa, entonces, la manera en que este salvaje expresaba

gratitud y reconocimiento?

Traté de imaginar cómo se vería el mundo desde su postura, en manos de tres personas con dedicación exclusiva. Los techos abrumadores y grises, los fulgores plateados de los aparatos, el biombo metálico con sus pabellones de moaré; la cara del galeno y la mía, verticales, escudriñándolo desde arriba.

No descarto que el conjunto de la imagen pudiera infundir cierto recelo, los techos son ciertamente sombríos, las bombillas no del todo suficientes y, por cierto, la humedad y el olor del río no alivianaban la gravedad del ambiente. Pero confío en que lo importante se haya hecho visible en el espíritu de nuestras acciones.

Al momento en que comencé a desabotonar el abrigo del enfermo, Ávida regresó con lo pedido y se ubicó en la cabecera de la camilla, otra vez estábamos los tres para arremeter contra todo y dar combate final a la miseria.

Completé la faena y la humillación se hizo carne ante nosotros, fue espantoso el espectáculo de esa contextura derruida por la mugre y la falta de todo signo de decencia.

El abdomen era un monte irregular de pliegues laxos, de una piel gris verdosa matizada por manchones escarlata y descamaciones blancuzcas: el rojiblanco se repetía, un pabellón flameando sobre pequeñísimos islotes de turba en un océano pútrido.

Era una existencia lampiña que no denotaba claramente ni formas ni género y que, a cada palmo, parecía contradecirse, degradarse a sí misma.

Siguiendo la ruta descendente del vientre di con una mata irregular, parda y grasienta, que dificultaba la visión de cualquier órgano que pusiera a este cuerpo en alguna concordancia con lo humano. Hube de recogerme para no gritar como en un suplicio, acechado por la tempestad moral que me abatía: ¡¿Eres varón o eres hembra, o qué clase de bestia malnacida eres?!

Blavatsky lucía espantado, en una actitud que delataba la corrosión con que la vejez somete al espíritu decidido. Sus manos colgaban a los lados del cuerpo y no acusaban movimiento: la pasmosa inacción de quien no tiene ideales.

Lo miré, me miró.

En ese instante un quejido sofocado viró nuestras cabezas hacia Ávida; la pobre mujer tapaba su boca con las manos para ahogar un sollozo de pavor. Cuando nuestras pupilas se encontraron, una tormenta de lágrimas se desató sobre la geografía escarpada de su rostro. Dio media vuelta y, ya incapaz de disimular el hipar de un llanto escandaloso, corrió a esconderse tras el biombo.

Presuroso, cerré otra vez los paños sobre el enfermo, dije a Blavatsky que resultaba imperioso despojarlo de ese vello inmundo y me dirigí a la guarida en la que Ávida se protegía del siniestro.

Encontré a la muchacha con los brazos desplegados como si colgara de una cruz, la cara transida por la ofensa y la cabeza virando hacia un lado y hacia otro como si no pudiese encontrar una posición que ayudara a tolerar tal desconsuelo. En la mano derecha apretaba un pañuelito de encaje que servía solo como un signo extremo de la belleza de lo femenino: un precioso entramado de virtudes incapaz de cumplir función alguna ante una experiencia que puede resultar abrumadora.

Me detuve frente a la silueta estremecida de la muchacha y, por un momento, no atiné a nada; la escena me provocó una especie de hipnosis parapléjica que despertaba en mí un hato de sensaciones del más diverso origen. Una mujercita llorando, que también era una asistenta de competencia indecorosa, subsumida en un delicioso ataque de histeria, me puso al borde de una nueva encrucijada.

No pude reprenderla. En cambio la tomé entre mis brazos y me di a su consuelo con susurros de aliento. Al tiempo que acariciaba su cabecita, que por cierto ¡me pareció de lo más pequeña!, Ávida fue calmándose de a poco, sus lágrimas rodaban en las tablas de mi guardapolvo que, de tan almidonado, no admitía que el agüita penetrara los poros del lino blanco. Pensé que era preferible no tener rastros de esa secreción para evitar todo roce con mi colega al momento de volver a encontrarlo in situ, pero comprobé que la capellada de mi zapato derecho contaba tres de esas insignias.

Mientras aún la sostenía, levanté el pie, lo llevé detrás de la pantorrilla izquierda y lentamente lo froté contra la franela del pantalón para liberarlo de la insignia inoportuna.

Tomé su cabecita entre mis manos, me acerqué lo suficiente para

que comprendiera la envergadura de lo que iba a decirle y la miré a los ojos mientras la sujetaba para direccionar su cara a la mía sin ambages: —Curar es dar lo que no se tiene a quien no es, le dije mientras los cantos de su mandíbula se clavaban en los montes de mis palmas.

La asistenta dijo: —¿Eh? —se echó hacia atrás y se separó de mi torso. Mis manos quedaron sobre su cintura, en una posición no del todo apropiada, fue menester que alejara la cadera para evitar rozarla. La mujer se deshizo del abrazo con gracioso pudor y enjugándose la cara balbuceó unas disculpas, se refirió a mí como un hombre íntegro, incomprendido y admirable. Acto seguido salió de la guarida dejándome, si no ruborizado, en medio de una singular excitación.

Cuando volví a mi puesto frente a la camilla el viejo seguía en la misma posición y no había adelantado en absoluto. Pedí a Ávida que entibiara un poco el agua para el baño y se me ocurrió entusiasmar al colega con el asunto de las placas fotográficas. El hombre pareció entender perfectamente mi estrategia, se alejó para buscar los implementos y se dio a alistar el equipo para cuando el enfermo estuviera higienizado.

Al momento de quedar a solas con el que yacía en la camilla me aboqué a la tarea de desnudarlo, pasé mi brazo por detrás de sus hombros y esa piel delgada y fría me repugnó. Terminé de sacar el gabán podrido y lo eché a un costado con la intención de quemarlo hacia el final del día.

Una vez que estuvo completamente desposeído ante mí, comprobé que era un organismo inusualmente alto y delgado, corvo como un arco de violín vencido por la praxis de un ejecutante espástico.

Los fémures eran tan extremos que bien podrían haber sido presentados al público acostumbrado a las extravagancias; eran piezas de una longitud desmedida, aunque francamente hermosas.

Puede resultar pueril para el hombre de a pie, pero para quien detenta el saber médico, la angustia existencial es una visita inesperada y, como el cuerpo de aquella hormiga derrotada por mi bota, la interrogante acecha. ¿Qué es la belleza y para qué es la

belleza? ¿Puede lo inmundo portar la encarnadura apolínea del ideal humano? ¿Por qué un idiota se sostiene en esos muslos fabulosos? ¿Por qué la fisonomía de un idiota es pletórica del misterio planetario? ¿A qué fin sirve que la ponderación de la forma eche su ancla divina en ese portador de la más abyecta corrupción humana?

Debo admitir, postrado ante lo incognoscible, acaso con humildad, acaso con honda pena: no lo sé.

V

Gut me observaba con una expresión distinta, era evidente que en su brutalidad sentía un especial aprecio hacia mí, buscaba mis pupilas.

Para mostrar que me imponía, me acerqué y tomé su cara entre las manos, mi colega y la asistenta no podían evitar la fascinación ante mi despliegue. Cuando lo tuve bien cerca el débil se laxó completamente y su hueso mandibular quedó colgando. Exponía una abertura de boca notable que mostraba la miseria anémica de la sangre estancada en esas venas. Me concentré en la sinhueso, un cetáceo flácido y moribundo encallado en aguas pestilentes; para mostrar mi pundonor, para enrostrárselo al galeno, en verdad, tomé ese músculo con mis dedos y lo extraje de la cavidad bucal al tiempo que soltaba: ¿Qué tienes aquí, qué tienes aquí? ¿Eh? ¿Qué tienes?

El bobo permanecía obediente e inmóvil, vi por el rabillo del ojo cómo Blavatsky y la sirvienta lucían al borde de un colapso genital, subidos a las puntas de sus pies y asomados a la escena para acreditar mi coraje. Retorcí un poco esa cosa entre mis dedos, la estiré hasta colorearla de plasma, enfoqué al loco a los ojos y le dije con gola aterciopelada y poseído: ¡Ah, lalangue, lalangue, lalangue!

Solté una risilla de puro goce, miré al médico y a la muchacha: seguían con esa expresión imbécil y deslumbrada, no me entendieron, es evidente y palmario: les resulto muy difícil.

De cualquier manera, para mi tranquilidad y como contrapartida, soy consciente de que para el pordiosero soy el gran exégeta. Dejé de manosear su cosita y volví a él, sus ojos secretaban líquido hacia las sienes, una corredera lenta, alimentada por constantes emisiones, perlas de fluido lacrimal que en mi ingenuidad prejuzgué como llanto.

¡Tonto de mí! Cualquier facultativo que hubiera echado un simple vistazo a ese rostro me habría puesto en la penosa tarea de contradecirme; nadie llora sin los adorables mohínes con que la cara

da cuenta del padecimiento.

Diagnostiqué una reacción, con riesgo de anafilaxia, causada por falta de limpieza, y alejé cualquier fantasía estúpida sobre las posibilidades de un comportamiento espiritual por parte del que no tenía siquiera verdadero nombre.

En ese instante Gut tomó mi mano y la sorpresa hizo que me la sacara de encima un tanto bruscamente. De haber podido, hubiera respondido de un modo menos intempestivo y evitado el contacto con mayor displicencia y sin exclamación alguna.

Con premura admirable, Ávida acercó los enseres templados y comenzó a frotar el cuerpo enfermo con un lienzo que enjuagaba en un aguamanil de porcelana. Su gesto y la elección de un cuenco de material tan noble la recuperaron del ahora nimio desliz de haber huido de su puesto unas horas antes.

Fue un minuto plácido y alentador, el médico había recuperado su instinto y ordenaba los materiales sensibles: cuidadoso y al amparo de la radiación, seleccionaba placas de yoduro y de nitrato. Los tres actuábamos en un mismo sentido, era el cauce natural de las cosas lo que volvía a encolumnarnos.

Por un hálito insospechado me detuve a observar a mis colegas en su desinteresada labor, los ojos se me llenaron de emoción y de ternura.

No pude evitarlo y, en voz audible muy a pesar de mí, solté uno de mis más agudos entresijos: —¿Tiene sentido que hagamos propio tanto dolor?

Nadie me escuchó, mi colega volvió con la cámara, la dispuso en uno de los flancos y se acercó para ayudarnos a terminar el aseo. El lelo estaba casi listo, aunque resultaba imposible lavar las uñas de sus enormes pies; la carroña que escondían esas membranas amarillas, duras como la cornamenta de las descomunales arpías que anidan en los picos del Utrishko, correspondía a años de abandono y a otro tanto de lasciva desnudez.

Concluimos en que era conveniente retratarlo de cuerpo entero una vez antes de rasurarlo y una segunda vez cuando estuviera imberbe, para así disponer del correlato temporal de nuestro trabajo. Ávida no se animaba a enjuagarle el vientre, entonces lo espolvoreé

generosamente con trituración de ácido bórico; es sorprendente su efectividad porque en los sitios en que la piel se descamaba formose al instante una espumita. El desdichado comenzó a quejarse, supongo que el ardor lo incomodaba, pero no había alternativa, de modo que me acerqué a su cara, lo penetré con una varonil estocada de ojos firmes y con voz recia le espeté: —¡Sindri!

La masculinidad de mi tono hizo que se tranquilizara al instante y hasta diría que le provocó una notable disminución de tono muscular ya que la piel de su rostro se tornó lívida y se humedeció por un manto de ínfimas gotas de sudor.

Pedí a la asistente un paño y me dediqué a secar aquel cuerpo para alejar todo prurito y aliviarlo de cualquier molestia. Entretanto Blavatsky anunció que estaba todo dispuesto y nos aprontamos a acondicionar el sitio indicado para tomar las impresiones.

Decidimos que las placas se tomarían con Gut erguido para sortear un registro de tipo cadavérico, así tendríamos fotografías del frente y de cada perfil, con uno de nosotros señalando, apuntador en mano, las partes que merecían ser resaltadas.

Blavatsky me indicó cómo operar sobre ese alucinante artrópodo de tres patas, capaz de capturar para siempre las diferentes refracciones de luz en los objetos; disponer las láminas de nitrato de plata, ajustarlas a tientas con los pestillos metálicos del cubo interior, sostener el relámpago portátil a un costado, meter la cabeza dentro del cubículo y cubrirla con el paño para enfocar y, en el momento cúlmine, contener la respiración y disparar.

Como ya estaba con las manos sobre el aparatejo propuse que la primera toma la sacara yo mismo; enfrentamos al desahuciado a la lente y lo ubicamos contra el gris de la pared. Quedó conformado un cuadro de poderoso encantamiento: otra vez el espíritu de nuestro trabajo se atravesó de paradoja: es increíble cómo lo inmundo, si la intención del que especta logra imbuirse de la libertad imprescindible para atestiguar lo hermoso, puede incluso trascender las leyes ordinarias y flotar suspendido en el espacio armónico que inaugura el rayo zodiacal de Libra.

No pretendo enrolarme entre quienes engrosan las huestes del arte, pero la percepción de lo bello es algo que mi espíritu se empeña en

descubrir. El gris tormentoso de la piedra se difuminaba en una tonalidad verdosa que contrastaba con ese cuerpo largo hasta el absurdo, vencido hasta la pena y, aunque en la distancia de mis dichos ahora no parezca indicarlo, lleno de bondad.

La separación entre el pobre, un faro derrotado por lo siniestro, y la pared de atrás, generaba un campo en que el misterio abría su portal hacia lo inexplorado.

La imagen me trajo a la memoria las hemografías de los hermanos Addington Symonds, o las escalofriantes acuarelas que Bronislaw Malinowski compusiera en su período de reclusión antes de ahorcarse con sus propios intestinos.

Sin que lo pidiéramos, Ávida trajo la capucha negra con que cuidaríamos la dignidad del morboso, trepó a un banquito por detrás y cubrió su cabeza con el mismo impulso maternal que le conocíamos. Blavatsky y yo nos revelamos conmovidos: era uno de los momentos más significativos de nuestra tarea y parado ahí en medio, desnudo y con su caperucita, el pobre evocaba la religiosidad de un nazareno.

Mientras Ávida le arreglaba las tablas del guardapolvo, mi colega procedió a peinarse correctamente, se posicionó junto al corrupto, aunque unos pasos más adelante, y direccionó el caduceo hacia la zona del pubis, una región protruida en exceso y cubierta de escamas y manchones de vello desperdigado.

Ordené a la mujer que saliera de cuadro para que no ensuciara la escena y estaba listo para disparar cuando esas rodillas extrañas hicieron tambalear a los fémures hermosos y nuestro modelo vivo se desmoronó sin hacer ruido y quedó tendido ante nosotros.

Me adelanté, un tanto ofuscado por la demora, y comprobé que había comenzado a temblar de modo incontrolable y su palidez ya no acusaba ese lirismo con que había logrado seducirme en mi afán por descubrir lo bello para lograr las placas fotográficas.

Me apresuré a calmar a Blavatsky, que quería arremeter a patadas contra el caído, y le sugerí que habíamos sido presas de un brutal olvido: entre todos los preparativos daban ya las cinco de la tarde y ninguno de los presentes había ingerido alimento.

Expliqué, con lenguaje llano y evitando términos médicos, que a causa de un imperdonable abandono en los cuidados mínimos de la

salud, era lógico que el reo aguantara menos que nosotros y que, por la debilidad de su constitución, no resultaba del todo sorpresivo que sufriera vahídos de ese orden. Era un organismo a merced de la melancolía, por entre sus células se intuía un piélago creciente de bilis negra que pulsaba anegando vísceras, órganos internos y presagiaba desbordar por los intersticios dentales y las encías infectadas. Nuestro deber era proveerle cuanto antes el fuego del estío para que aumentara la bilis amarilla y promover que la sangre le retribuyera algo de primavera.

Indiqué a Ávida que trajera algunas cosas de fácil digestión para nosotros y que recalentara la gordura de sopa para animar al pobre a seguir. La mujer salió presurosa mientras mi colega y yo lo levantamos y volvimos a recostarlo en la camilla.

Tomé la manta, le arropé los pies, las piernas y el torso y trabé franca cercanía con su oído izquierdo, puse mis labios casi rozando la maleza de su barba salvaje y solté mi voz para arrullarlo. —Sindri —le balbucí.

Para cuando Ávida volvió con los comestibles el olfa se había dormido. Nos sentamos en silencio y la mujer nos convidó con una copa de su delicioso aguardiente bávaro. Comimos algo de kréptele agridulce, pan de kummel, nos confortamos con un tazón de sopa y, sin decir nada, nos dimos a un leve descanso. Con la pretensión de abortar cualquier conato de charla de Blavatsky, soliloquio que me hubiera sulfurado sobremanera, tras una jornada en la que lo sorprendí en severas indecisiones que evidenciaban que su impostura no era lo firme que se requería, entorné los párpados y me dispuse, no ya a dormir por supuesto, si no a deleitarme con imágenes de ensueño.

Ávida se apareció ante mis figuraciones con la traza sencilla de quienes no necesitan la toxicidad del óleo para retratar la alegoría del amor blanco. En la metáfora mental se representaba un dorado atardecer en el campo vasto; ella estaba frente a mí y sostenía una pequeña bandeja con nudillos de kréptele braseado y una hogaza humeante. La sencillez del cuadro me invitó a una debida reflexión: ¡qué poco necesita un hombre cuando dispone del auxilio

indispensable y cuando cuenta con una mano ejecutora que sirve a todos sus fines!

Durante esa especie de hiato órfico me atreví a ir un poco más allá y forcé mi voluntad hacia la quimera, total, nadie habría de enterarse de aquello cuanto sucedía en los dominios de mi mente. Me acerqué entonces a la mujer, la honré con una lira dorada y un atuendo de gasas que evocaba la figura de Palas Atenea y recogí su pelo en trenzas que la elevaban por entre el resto de sus congéneres. En mi fantasía helena, los ojos de Ávida eran las fuentes del conocimiento y sin dudarlo me sumergí en sus pupilas que invitaban a bucear dentro suyo para recoger su ambrosía. Todo el acto era una especie de cópula espiritual en la que los opuestos por fin se correspondían y daban a luz al Hombre de raza superior.

A la valerosa actitud del varón, esa pasión por el sacrificio de lo propio en pos de conquistarlo todo y degollar a la bestia que impera en las sombras, se igualaba la natural intuición femenina, capaz de comprender orgánicamente la necesidad de un servicio sacrificial y sin condiciones.

No caben dudas de que es posible operar sobre los sueños según el antojo, de lo que no estoy tan seguro es de que se pueda penetrar el terreno fantástico y no sufrir las consecuencias de unas leyes extravagantes. La sola evocación caprichosa de esas figuras mentales puso a mis glándulas en el galimatías propio de lo que se desborda.

La hechura de los hombres, una complexión enemiga y consabida traidora, ostenta un detalle que puede llegar a somatizar una elefantiasis que, de no ser porque en ese momento permanecía sentado, me hubiera resultado imposible ocultar.

En fin, siempre la desilusión como resultado del sueño, la distancia que se abre entre lo que debería ser y lo que a la postre se manifiesta. La enorme soledad con la que el prototipo humano tiene que lidiar.

Y no me refiero tan solo a Ávida, cualquiera en su lugar sería lo mismo. No es ella, pobrecita, es solamente su condición, su género.

Aun así, como parte de las acciones que implementé para lograr despabilarme, al momento de abrir los ojos la miré y le dije:

—No sabe lo bien que me haría que aprendiera a ejecutar el arpa.

Cuando faltaban escasos minutos para las seis de la tarde emprendimos la marcha nuevamente, me aboqué a la tarea de despertar al loco y le acerqué una pequeña bandeja. Gut comió en silencio, dueño de una parsimonia que hasta lo hacía aparecer elegante, y no dejó una sola miga de pan ni una sola cucharada de grasa de sopa.

A estas alturas, se hacía evidente que el cansancio nos había ganado y me animé a proponer la total suspensión de las actividades hasta el día siguiente. Blavatsky me increpó diciendo que el material fotográfico podría corromperse y que tomar las impresiones era el colofón necesario para que la jornada tuviera un cierre irreprochable.

Luego de un amable intercambio concordamos en aprontar los enseres para dejar todo listo y no perder tiempo en la mañana. Calculábamos que luego del descanso el miserable se prestaría adecuadamente y que todo rendiría de modo ostensiblemente mejor.

Era imprescindible definir un tema en el que nadie había reparado: debíase confeccionar una tarjeta que indicara los datos técnicos de nuestro protocolo para que las placas fotográficas pudieran cumplir su función al detalle e inaugurar con honores el archivo que de seguro se abriría tras nuestro estudio.

Al momento en que expuse esta iniciativa, como un corsario prodigioso, Blavatsky se alzó en colosal vuelo ante nosotros. Fue mucho más allá de lo acostumbrado y logró pasmarme: propuso una idea que, aun cuando la presentara con el epíteto de descabellada, me recordó la osadía intrínseca de quienes están inseminados de futuro.

El colega, en una voz que se inició tímida pero que se fue imponiendo portentosa a medida que mi fascinación aumentaba, dijo conocer a un mandarín, especialista en técnicas milenarias, capaz de tatuar la piel de cualquier persona o animal con el diseño que se le impusiera y con tintas minerales indelebles.

Blavatsky proponía una solución final: hacer venir al oriental para que imprimiera su arte sobre la piel del opa y así portara, para siempre, los datos de la investigación médica a la que gentilmente se prestaba.

Una ecuación alfanumérica impresa en lo profundo de la piel

oficiaría de código para que los entendidos recuperáramos los datos de la intervención en los folios debidamente asentados.

El plan nos ahorraría el perfil demasiado artesanal que daría la confección casera de una tarjeta, alejaba las dudas acerca de si la cámara podría retratar fehacientemente la escritura sobre el papel pero, fundamentalmente, nos distinguiría en nuestro círculo y podría presentarnos ante la comunidad médica con un estilo de atrevimiento que nos ubicaría al frente de toda vanguardia.

¡Brillante! La propuesta de mi querido amigo me pareció abrumadora, portentosa, sencillamente brillante.

Hice saber al colega de mi admiración con total honestidad, la honradez es el recurso de los nobles, y mientras estrechaba su mano, en mi eterno afán por mejorarlo todo, la decrepitud que ofendía gravemente el rostro del galeno pareció dar paso a un novísimo rayo de dorada juventud.

Luego de mi calurosa aprobación el viejo pidió a Ávida una hoja de papel membretado y su mejor pluma para redactar una esquela al tatuador oriental. A los pocos minutos la carta estaba lista y el hombre pretendía enviarla con la asistente; lo previne de lo inconveniente de mandar la nota a esas horas.

Los embriones de la noche eran ya un céfiro de plomo que aumentaba la fatiga y pretendía reducirnos con su lírica nereida. Lejos del perverso afán de las sombras, nos hicimos dueños absolutos de una intuición unificada y decidimos abandonar el subsuelo para subir a la casa donde la boiserie, las luces tonales y el licor prometían devolvernos a nuestro verdadero sitio.

Me acerqué a Gudmundsdöttir y comprobé que aún dormía empuñando la manta a la altura de su pecho como si temiera que alguien se la quitara. ¡Pobre idiota!

Pedí ayuda a mi colega para desplazar la camilla hacia una de las paredes del laboratorio a fin de que hiciera tope, uno de los flancos sostuviera al extraviado y de esa manera, según los cálculos someros que pude efectuar en tan breve lapso, redujera al menos en un cincuenta por ciento la posibilidad de una caída.

Terminamos de acomodar las cosas y me encargué de que el doctor y la asistente comenzaran a subir la escalera para abandonar el cuarto.

Cuando me percaté de que no me oirían apagué las luces y, con cierto estremecimiento, musité a las sombras:

—Mi pobre Konrad, así te llamaré en secreto, compañero esperpéntico y doliente. Mi pobre Konrad.

El temor de quedarme solo en esa atmósfera de catacumba me impulsó a darme vuelta y encarar la salida prontamente. En esa última recorrida ocular vi por el agujero en el vidrio de la ventana cómo las moléculas del Tzäcjara que invadían el aire generaban una fosforescencia fantasmal. Mientras cerraba la puerta me estremeció pensar en las ratas hematófagas que podrían colarse por esa pequeña abertura.

VI

Cuando llegué a la planta alta, apenas decenas de segundos después, Ávida y Blavatsky recomponían sus caras y podía notarse cómo la amabilidad se instalaba y deshacía la adustez que se impone frente a la miseria. El ambiente olía a almendras y a madera, y a satisfacción y a conforto y a incipiente victoria frente al miasma; el ambiente olía a definitivo entusiasmo.

Estábamos fatigados al extremo.

Me tranquilizó la perspectiva nocturna: luego de una ingesta no muy abundante y una o dos copas de prínkula vulgaris, el sueño podría arrastrarme a su morada deliciosa. La tranquilidad de músculos y tendones y la paz mental pondrían coto a cualquier intervención cínica que pudiera asaltarme desde el inconsciente. Sentíame entero y en mis cabales.

Nos despojamos de los guardapolvos —¿las esplendentes armaduras de la modernidad, tal vez?—, y mientras la muchacha se dirigió a la cocina para preparar alguna cosa, Blavatsky y yo nos sentamos a la mesa. El mullido terciopelo de los sillones de la sala nos hubiera sumido en la descortesía de esperar a la mujer debatiéndonos, de manera desigual claro está, contra el sueño.

El colega me ofreció un cható de tónico de ortigas que calentó mi espíritu y logró abrirme el apetito, al momento carraspeó suavemente y puso el pulgar y el índice de la mano derecha en el bolsillo del reloj de su chaleco, el gesto en sí constituía un preocupante agüero y supuse que me esperaba lo peor: una de sus tontas latas.

A continuación, engolando innecesariamente y sin mirarme dijo:

—Bien hecho muchacho, bien hecho —en este caso, la escasez de recursos fue una sorpresa que agradecí en lo interno.

Ávida llegó como llegan las mujeres a atender a sus maridos y a sus padres, suplicando aprobación desesperadamente, llena de orgullo y

con una alegría que era necesario apaciguar un poco para no atolondrarse. Se la veía renovada y hasta solté unas carcajadas mínimas y casi inaudibles imaginando que tenía la nariz tiznada de harina. Dejó la bandeja y, en el momento en que se dio vuelta para sacar la vajilla del bargueño, noté que sus medias, a la altura de las pantorrillas, mostraban la irregularidad propia de las mujeres que salen del cuarto del baño con demasiada prisa y sin la delicadeza de estirar correctamente las prendas.

Un raro impacto. Justo en el momento en el que empezaba a relajarme. Di por sentado que estas eran las cosas que implicaba lidiar con la realidad de la convivencia, una masiva acumulación de mohínes ordinarios que degradan lo que uno ha idealizado.

De la cena no hay mucho que destacar, el apetito quiso que disfrutara bastante el kréptele sancochado y los filetes de arenque marinados en prínkula verde. A causa de una leve repugnancia preferí mantenerme lejos de la sopa y hube de suplir su falta con licor y comprendiendo que no había habido el tiempo necesario para que Ávida consiguiera esmerarse.

Cuando terminamos de comer, desechamos de plano tanto la sobremesa en el salón como el aguardiente bávaro y los cigarros. Era necesaria una buena pausa para recomponernos en virtud del día que nos esperaba.

Ávida se retiró con la vajilla sucia, mientras se iba no pude dejar de observar el insonoro acordeón de sus medias y en el momento en que me despedía del colega sentí unos desesperados deseos de salir a caminar para respirar un poco de buen aire.

Blavatsky, en un incomprensible intento por retenerme, dijo:

—En las últimas semanas corrió el rumor de que, dada la excesiva liberalidad de nuestro gobierno, los guardias no echan llave a los portones de los Blezinketz Pögrum. Nuestra ciudad se ha convertido en un sitio peligroso para el hombre decente; no se exponga innecesariamente, mi amigo.

A pesar de esas desafiantes advertencias, me puse el echarpe, el abrigo forrado en piel de crawfell, los guantes de cuero y la galera; sin embargo, cuando abrí la puerta y atisbé la soledad de la noche gélida, mi ánimo se contrajo un poco. De todas maneras, como no nevaba y

para contradecir al geronte, me enfrenté a la solidez del frío y cerré la puerta detrás de mí.

A poco de caminar unos cuantos metros comprendí todo lo que necesitaba este retraimiento, cuánto anhelaba silenciarme y abandonarme a la sinrazón de un simple vagabundeo. Era la mejor hora porque la crudeza del clima opera sobre los olores y los condensa a su mínima expresión, dejando el aire libre de pestilencias.

Decidí seguir camino hacia el Von Wernick para ver humear al Tzäcjara, el río nocturno, con sus plumas de vapor que danzan misteriosas hacia la cúpula celeste, se vuelve un espectáculo digno de apreciar y necesitaba que mis ansias no encontraran límite.

Caminaba y sentía al entramado de calles y a las constelaciones zodiacales en mi pulso, como si paso a paso mi voluntad me llevara a recorrer no solo la superficie del planeta sino el firmamento todo. Cuando llegué al pie del puente me detuve unos instantes para observar el cuadro completo: nada fue lo que esperaba ver.

De la imagen prístina con que mi ilusionario evocaba este paisaje no quedaba más que una postal que daba cuenta de una insalvable oposición entre lo rural y lo citadino. Ese borde cruel que enfrenta la determinación de la cultura con la brutalidad de lo natural, la prepotencia de lo salvaje. Briznas de un pasto insolente conquistando las hendiduras entre los baldosones de la acera y hasta en las junturas de la fragua de hierro del puente.

Sin amilanarme caminé sobre la arquitectura del hierro, una puntilla tejida al violento fuego de un crisol, una sucesión de placas encastradas a una estructura fabulosa.

Los puentes son siempre majestuosos, aun cuando las ciudades sean decrépitas, las construcciones que alzan al metal fraguado sobre el agua son monumentos magníficos al tesón del Hombre en su lucha contra lo sin forma, contra lo que no se define, contra lo maleable, lo perverso.

Cuando conté cincuenta y siete pasos me detuve, ese es el punto medio del Von Wernick, levanté la vista, como un gesto de reconocimiento a todo lo que me faltaba andar. Entonces viré la cabeza y contemplé lo que había transitado: una ceremonia de afirmación personal a mis labores concluidas; a mi entrega; a mi

altruista pasión por el prójimo.

Mi espíritu encorsetado por el cumplimiento del deber demandaba esto, este ubicarme en el punto medio, el milimétrico ejercicio de ecuanimidad, en esa otra dimensión en que las cosas no precipitan. Anclarme aunque fuera un rato allí.

Mi espíritu fue invadido por la fosca de una calma extraña, abrí los labios y supliqué: —Céfiro en el cielo de la noche, yo me pregunto, ¿es que mis lágrimas de duelo se hunden bajo el sol?

Espontáneamente recordé la advertencia de Blavatsky y giré sobre mis pies para mirar hacia el sur y tratar de divisar las casas de socorro, esas moles fabulosas, con sus torres vigilantes, han sido neciamente resistidas, pero finalmente nos mantienen a salvo.

De tanto en tanto, cuando la niebla se diluía un poco por las ráfagas alternas, podíanse vislumbrar las flamas en lo alto de sendos atalayas. Pequeños milagros de conciencia en medio de la vaguedad en la que aún se hallan sumidos la mayoría de los hombres.

Más hacia el sur solo se perfilaba la certeza de un polo lejanísimo, un espeso manto de hielos inmemoriales que de seguro preservaban los secretos mejor guardados del planeta.

Muy a pesar de la avaricia de la hora, sabía que estaban ahí: bellísimos Blezinketz Pögrum que hacen de Sbórnika una nación de salud, de seguridad, sitio en que la pérfida muerte encuentra una enemiga plena de fiereza.

Bellísimos Blezinketz Pögrum, salvo por las columnas de humo que marcan las siete de la tarde y por los ocasionales olores que llegan a la ciudad si sopla el viento desde el sudeste. Salvo por la putrefacción del río y por los chismes acerca del murmullo colectivo que algunos dicen escuchar cuando el sol se recuesta allende los macizos del Utrishko.

Es cierto que la idea de que los portones pudieran ser vulnerados era inquietante, al contrario de eso, la intemperie era un palacio mágico lleno de aposentos y cúpulas enclavadas en el mismísimo misterio.

Para sacudirme el embelesamiento de tales imágenes me acodé sobre el barandal; intuía el fluir del agua por debajo de mí, todo resultaba una paleta tan sombría que no podía distinguirse nada y era imposible precisar, más allá de la lógica seguridad de saber que efectivamente ahí estaba, dónde se hallaba el cauce del río. Podían ser

doce metros a partir de aquí, o podía estar creciendo a la altura de mis narices, a punto de arrastrarme a la entraña de su mole de licor umbrío.

Permanecí en la misma posición. De pronto, el aletear de los murciélagos que colgaban por millares debajo del puente, perceptibles por un arrullo tétrico y esas oleadas nauseabundas, agregaba una dosis más de patetismo.

La ráfaga de un aleteo sin par limpió la bruma y pude verlo manar, inmóvil, testarudo.

Un río negro.

Ante tan cruda y pavorosa visión retiré violentamente el torso unos centímetros y mis manos buscaron consuelo en los bolsillos del abrigo. Descubrí allí la cuchara que el loco me había ofrecido e, imbuido por un hálito rabioso, lloré como no recuerdo haber llorado. Una súbita angustia se llevó mi razón hacia remansos turbulentos, la cuchara aparecía ahora como una criatura de la luna, plateada por el reflejo de ese astro opaco capaz de enloquecer a los hombres y degenerar aún más a las mujeres.

Pero el pequeño bolsillo de mi levita contenía otro secreto olvidado, el pergamino del romaní, atado con un tiento de entraña que la humedad del interior de mi abrigo había comenzado a gangrenar. Un testimonio que conservé porque en verdad me inquietaba el pronóstico: que la luna se tragara al sol, que un satélite menor y sin luz propia, cargado de un hembrismo largamente relatado en las leyendas y epopeyas, ocluyera la radiación magnífica de nuestro Apolo, resultaba un acontecimiento pavoroso.

Me fulminó una secuencia de imágenes pesadillezcas que logró burlar la vigilancia de mi conciencia: Ávida acercándose con sonrisa creciente y perversa, sin pausa y segura, arrodillándose ante mí y sorbiéndome la luz desde el pico.

Un inusual aletear de murciélago me espabiló y logró disipar mi ensueño mortuorio, el pelo se me corrió de la cara y las solapas de mi camisa también volaron. No llegué a atisbar al mamífero pero su olor de células, de plasma y de hormonas en expansión no me dejó dudas: era una hembra encinta. Una hembra descomunal, por esa brisa fétida y espesa que me obligó a incorporarme; acaso una de esas hembras

albas que paren lechigadas ingentes según cuentan los relatos míticos, a juzgar por la atmósfera difusa que quedó en el aire sobre el puente.

Tuve que llamarme al orden y abandonar las imaginerías. Desaté el nudo y solté el tiento para que cayera al agua y tal vez alimentara a alguna de sus criaturas ciegas. Desenrollé el pequeño manuscrito romaní y con dificultad, asistido solo por esa luminiscencia remanente en las moléculas de humedad lunar, me di a leerlo. El panfleto era profuso en ecuaciones arábigas y diagramas de órbitas interceptadas por símbolos; culminaba con una pequeña proclama:

> *Se transformó el día en noche en el 26 de mes de Sivan, en el séptimo año del reino y hubo un fuego en el medio del cielo. Y vi, cuando abrió el sexto sello sobrevenir un gran terremoto, y el Sol se volvió negro como un tejido de crin, y la Luna toda ella se volvió de sangre.*
> *Babilonia, 1062 a. C.*

Al pavor al que me había dejado arrastrar por las supercherías le siguió una irremediable pudicia que se adueñó de mis mejillas, me reprendí severamente por haberme entregado al imperio fantasioso de las mancias, esos señuelos que conducen a la caverna y a la cicuta con los que los ignorantes pretenden disputarle a la ciencia los resultados de la investigación y de la empiria.

Debajo de mí corría el Tzäcjara inmutable: sentí unas ansias incontrolables de beberlo todo, de sorber cada cucharada de río con la intención de licuar un dolor insoportable, una vergüenza oprobiosa.

—¡¿Quién, qué cosa, qué entidad habla a veces dentro de mí?! —gemí en silencio.

No sé cuántos minutos permanecí en el puente, ni cuáles fueron las razones que empujaron ese llanto amargo. Sí sé que me deshice de la cuchara y del papiro inmundo, que desde el lomo de ese saurio invencible y venerable que es el Von Wernick los dejé escurrirse entre mis dedos, desagotarme completamente y descender para siempre al vientre de lo líquido.

Reconozco que fue un aria de emocionalidad un tanto exagerada: cuando estoy solo me permito actuar las escenas de mi vida con el dramatismo de la ópera. Libre como un niño ofrecí los objetos a esas

aguas sacrificiales invocando algún consuelo, no ya para mí, para el desgraciado.

Emprendí la vuelta hostigado por los copos que habían empezado a blanquear las aceras y por la certeza de que el olor, si bien enmascarado, trepaba riguroso sobre todo y se imponía omnímodo.

Lejos de amilanarme, la escena me devolvió a mí mismo y conseguí infundir a mis muslos de un andar tan recio que me sonrojaba de calentura a pesar de la opresión creciente de la nieve. Anduve a paso vigoroso y recuperé el tono; —La ciudad y el Zodíaco todo están bajo mi pulso —imaginé la voz del río mientras me replegaba y buscaba con inquietud creciente la seguridad de mi cuarto en casa de Blavatsky.

Cuando estaba llegando a la morada pasé por la acera que da a la ventana del laboratorio y reconocí el pequeño boquete en el vidrio. La nieve, que ya había mullido la calle, parecía torneada alrededor del orificio como si la mano del loco hubiera seguido trabajando incansable.

Era una imagen un tanto tenebrosa y la posibilidad de ver una caterva de ratas entrando o saliendo por el hueco era una contingencia harto razonable. De todas maneras, resultó imposible abstenerme y me detuve unos instantes para focalizar en el lugar exacto.

¡Diantres, qué extraña fascinación pueden ejercer los agujeros!

Me acerqué con pasos lentos que el colchón glacial silenciaba, lo que se distinguía era un iris negro bordeado del blanco de la nieve. Cuando llegué al linde de la casa me acuclillé para mirarlo más cómodamente y ahí decidí terminar de bajar, recostarme en la acera, apoyar la cabeza contra el suelo y enfocar directamente hacia el interior para ver si lograba identificar el cuerpo dormido sobre la camilla.

Permanecí unos segundos intentando delinear algo pero el hueco no demostraba nada; el perfil derecho de mi rostro estaba pegado al piso y la distancia con la abertura era prácticamente nula. Me percaté de que tapaba la luz del farol de la calle con la cabeza y decidí tomar cierta distancia, en ese instante tuve la sensación de que no estaba solo, retiré un poco el cuerpo y creí ver que del otro lado de la ventana algo acontecía a las sombras. Me incorporé intempestivamente y no tuve más remedio que aceptar que hallábame un tanto alterado, el

sonido de mi respiración entrecortada me hizo recordar el sueño e instintivamente giré el cuello en busca de un percherón desbocado a punto de embestirme.

Nada de eso. La calle seguía tan quieta y tan friísima como cuando había llegado. Me propuse volver a espiar por el hueco en el vidrio para asegurarme de que todo había sido producto de la excitación.

Cuando me recosté nuevamente en la acera y acerqué la cara al orificio, descubrí un globo ocular blanco, casi desencajado de la cuenca, una pupila oscura que se había acercado en el exacto momento en que lo hacía la mía y en igual instante se alejaba repentina.

Otra vez me eché hacia atrás aterrado, ahora sí era algo, ahora sí se confirmaba una presencia y ahora sí, aunque no pudiera comprender bien por qué, la sensación era de espanto.

Un agujero negro, circundado por el blanco de la nieve, esa especie de pupila de la casa que sugería la posibilidad de asomarse para descubrir finalmente que, del otro lado, hay otro orificio bruno, circundado por el blanco de la córnea, que me espectaba tal como yo lo había estado espectando.

El ojo no podía ser de otro más que de Gut, era obvio, pero ¿qué hacía ahí a esas horas y por qué se asomaba al hueco justo en el momento en que yo lo hacía?

Sentado en la acera, con la ropa tiznada de nieve, inmovilizado de sorpresa y alelado de frío, sentí horror al pensar que el agujero de la casa podía ser una especie de espejo diabólico y me acometía una tremenda ansiedad no poder responderme por qué mi sistema nervioso era humillado de ese modo. Por qué en el mismo momento en que un degenerado con las funciones cerebrales degradadas se ponía de pie y se erguía, yo reducía mi cuerpo para repetir, del otro lado, exactamente la misma acción, pero en reversa y acaso físicamente más deshonrosa.

Me levanté y mientras sacudía el abrigo me dirigí hacia la casa presuroso. Cuando entré, todo permanecía en un sepulcral silencio y las lámparas, salvo esa pequeña que consigna su tenue resplandor sobre la escalera que da a los cuartos, estaban ahogadas. Todo era silencio, pero una imagen no dejaba de presentárseme, el final de las

faldas de Ávida saliendo presurosa de la sala de enseres donde a veces se encerraba Blavatsky para hacer cosas de las que no rendía cuentas y no me participaba. Nunca hube de alcanzar a ver nada, pero no era la primera vez que daba cuenta de que una puerta se cerraba y unos tacones se alejaban con prisa, tampoco era la primera vez que percibía que la asistenta atravesaba los pasillos de la casa portando un estuche que, era evidente, pretendía ocultar de la vista de quien la cruzara. Por cierto, el único que podía cruzarla era yo, claro, en ese tráfico secreto ella entraba o salía de esa sala o del cuarto dormitorio de Blavatsky, donde el médico había hecho construir un pequeño laboratorio al que jamás me hubo de invitar y del que tampoco hablaba.

Subí las escaleras y una vez adentro del cuarto lamenté no haber tenido la posibilidad de echar llave a la puerta. Me quedé contemplando la habitación, y la inquietud que traía de la calle y se había acrecentado por esas percepciones gélidas se disipó completamente. La sola imagen de la cama estirada, mis pertenencias, el vaso con el pañuelito de encaje y la jarra con agua a su lado me devolvieron la seguridad de saber que estaba a salvo. Suspiré, comencé a desvestirme y decidí no hacer la rutina de ejercicios, estaba demasiado cansado y no necesitaba más que dormir. Abrí el lecho, doblé el edredón hacia un costado y descubrí que la ropa de cama estaba limpia, de la mancha de grasa del ungüento no quedaba un solo rastro. Me abochornó un poco comprender que Ávida lo había descubierto y que, sin que hubiera podido aclararle el origen del manchón, hubiera cambiado las sábanas y estuviera en contacto con mis cosas más íntimas.

Caléndula y cantharis, repetí mentalmente sin saber por qué; *caléndula y cantharis*, *caléndula y cantharis*, *caléndula y cantharis*.

Apagué la luz y decidí concluir una jornada, tal vez, demasiado intensa.

Mammal Somnium

Ya en la cama desenrosqué la bombilla y me dispuse a la ceguera del vahído, pero en una acción intempestiva me incorporé como un autómata. Después de unos instantes estuve del lado de afuera de mis aposentos. Pude escuchar a la distancia lo que acontecía al interior de las habitaciones: la respiración anémica del viejo y el diafragma histérico de la sirvienta. Pude escuchar a las arañas en los entrepisos sorbiendo metódicas las vísceras licuadas de sus presas y el rechinar cansino de la veleta en la cima de la casa. Alcancé a percibir un sonido denso e inaudible, los cimientos de la construcción acomodándose imperceptibles a la danza telúrica del globo.

Mis pies se pusieron a andar como si caminara sobre el lecho marino, me empecé a deslizar sin saber bien por qué, necesitaba despojarme de las ansiedades de la jornada, de tanto apetito moral, de tanta obligada pedagogía y de las tan altísimas expectativas que Ávida y Blavatsky y el mismo Gut tenían sobre mí.

Aunque viboreara tenue, la casa estaba quieta, completamente lóbrega, un animal enorme echado a su inconsciencia. Del mismo modo en que había empezado a andar, me detuve. ¿Qué hacía allí, en ese intersticio vaciado de funcionalidad a esas horas? ¿Por qué caminaba? ¿Hacia dónde me dirigía? ¿Quién?... ¿Quién?

Un vértigo incipiente se hizo de mis pasos y decidí volver, seguir camino a mi dormitorio. Enfilé con decisión, pero a poco sentí que mis piernas eran ajenas, la marcha otra vez era automática y el pasillo se hacía cada vez más largo. Una senda interminable se abría ante mí y fui capturado por un cansancio único, una embriaguez encantadora.

No conocía esa fatiga, ni que el pasillo camino a mis habitaciones no terminara nunca, ni esa congoja como una sed lejana. Una sed insaciable de escurrirme.

—Quiero morir —escuché a mi voz saliendo de todas partes sin que

yo la pronunciara; me detuve y el corredor era un puente de piedra, una empalizada, un cuarto como un cubo cerrado en el que cabían todas las tempestades y donde ninguna voluntad conocería el triunfo.

—Quiero morir.

Giré sobre mí como un can enorme para atrapar la cola de eso que se pronunciaba. Giré en el sitio mientras las tormentas se abatían, mientras la calma reinaba sobre el mar, sobre las tinieblas.

VII

Muy temprano en la mañana abrí los ojos plácidamente. El dormitorio era presa de su habitual pesadez, de todas maneras, dormí sin sobresaltos y me desperté en el instante en que estaba tendido boca arriba. Cuando en la calistenia hipnótica del sueño el cuerpo cambia de posición y elige pertrecharse con la frente apuntando hacia el cielorraso, mi espíritu se niega a permanecer en tal postura y ordena a los párpados izarse cual estandartes al inicio de la faena de un regimiento.

Prendí la luz, me levanté y me dispuse para efectuar la rutina física, músculos y tendones no parecían querer acompañarme con el ímpetu necesario debido a la falta de rigor de los últimos días, pero, en camisón como estaba, situé mis puños a los lados sobre las costillas y comencé a flexionar las rodillas enérgicamente para bajar y subir, en tres series de cuarenta, mis acostumbradas ciento veinte cuclillas matutinas.

Cuando estaba alcanzando la primera decena Blavatsky interrumpió la gimnasia, entró a la habitación y me encontró agachado de espaldas y con los puños cerrados al costado del cuerpo.

—Con usted no sabe uno a qué atenerse —dijo con su consabido tono de facultativo—, duerme o se levanta según le plazca. Son pasadas las cinco, lo espero en la cocina: es preciso delinear las actividades del día.

De pronto su voz sonó distinta, menos impaciente pero, a la vez, más desdeñosa:

—Esta habitación huele mal, estimo conveniente que mantenga las mínimas condiciones de higiene. Sabe que en ese punto no soy todo lo exigente que debería pero, en su lugar, yo actuaría de otro modo. No es posible cargar a la muchacha con todo el peso de los quehaceres. — Una nueva inflexión cambió el tono y lo volvió de una desagradable

intimidad—. Por cierto, Ávida lavó y colgó al fresco su ropa de cama manchada; no se abochorne, es una mujer de lo más discreta y después de tantos años ya la acostumbré a lidiar con el asunto.

Dio media vuelta y salió de la habitación dejándome con las rodillas a punto de explotar de dolor y la facie roja por la indignación que me provocaron sus palabras.

El impulso hizo que me levantara de golpe y la marea retrógrada de mis humores me obligó a sostenerme en el aparador que tenía el espejo.

Estaba demudado, en el reflejo descubrí mi rostro transfigurado, más allá de la cólera momentánea tenía la cara hinchada y los ojos inyectados.

Recordé la víspera sobre el puente y me percaté de que los rastros del llanto resultaban inocultables, la rabia se disipó corrida por la vergüenza.

Me vestí, me dirigí al cuarto de baño e intenté unas compresas con el agua del grifo que salía helada.

Era imposible revertir la situación en el poquísimo tiempo del que disponía y tampoco deseaba llamar la atención permaneciendo demasiado tiempo en el toilette. Suelo juzgar inoportunas las expediciones que se demoran innecesariamente en los cuartos de los detritos.

Blavatsky había conseguido herirme, no por la sarta de incorrecciones o por el tono de lo que había dicho, lo intolerable era su necesidad de someterme a una inferioridad moral a luces vista inexistente.

Salí del water decidido a enfrentar a mis compañeros de morada normalmente y a sortear cualquier pretensión de explicaciones.

Tengo para mí que el desayuno es la ingesta más importante del día. Es necesario preparar al organismo para enfrentar una jornada que, por definición, se presenta llena de horizontes.

En ese sentido, y tal vez por una excesiva sensibilidad constitutiva, frecuentemente me llena de dolor la actitud de los menesterosos que, por desidia e ignorancia, se niegan a observar las mínimas reglas de alimentación. Nadie pide que se nutran con alimentos costosos, pero la dignidad y el orden no suponen erogación monetaria alguna y nada les

costaría dejar un poco de lado esa ofensiva soberbia con que parecen querer desafiarnos permanentemente.

Una vez, a la salida de la ópera, en medio de la estampida de los más elegantes que subían a sus carruajes para perderse en la ciudad con prisa, me encontré en las escalinatas frente a una mujer miserable. Todavía se me figura muy bien ese rostro desdentado que esperaba con amargura frente a la fachada del teatro; recuerdo perfectamente que me detuvo una insoportable angustia, como cuando observo de lejos los sórdidos caseríos y la tarde pierde de un plumazo todas y cada una de sus promesas.

Me acerqué y casi me abismé a tomar entre las mías las manos de esa hembra a la que dije:

—¡Calle de una vez, deje de gimotear lastimosa, ahora va a escucharme! Ningún espectáculo merece las lágrimas de una dama por más oneroso que sea, por otra parte, mi señora, no hay más fiesta del arte que en la gratuidad divina de un atardecer. En esa constancia que parece arrepentirse a cada segundo de su anterior pincelada y renueva sus votos apasionados por una perfección que solo decae ante la obscuridad de la obtusa noche y sus embates. Como hombre de ciencia, señora, no creo en Dios, pero debe el buen Dios tener un corazón bien grande para ofrecerse así, sin restricciones, a todo aquel que quiera espectarlo. Esa es la esencia que los artistas se ufanan penosamente por traducir en sus obras y eso está allí, a su disposición, una vez por día, de cada día de los días hasta que la experiencia humana suceda…

La vieja fue incapaz de respuesta. Salí de allí aterido, otra vez decepcionado. Sin embargo, la honda modulación de mis palabras me acunó en todo el trayecto hasta mi cuarto. Allí, con los ojos húmedos y el espíritu trémulo de atrevimiento, me enfrenté a mi biblioteca y pasé suavemente las yemas por los estantes que atesoraban libros.

Acaricié el lomo de esas criaturas que dependían de mi cuidado, que encontraban su razón en mi lectura, y fascinado por sus auras busqué en mis bolsillos y dejé a sus pies un puñado de chelines. A mis libros, sí, un puñado de monedas.

Cuando llegué a la cocina me pareció que Blavatsky y la mujer disimulaban unas palabras. No tuve tiempo de comprobarlo, pero creí notar que Ávida cubría algo con uno de sus linos de cocina. Bien podía ser un estuche de madera con el laqueado con el que los más finos ebanistas abrillantan sus creaciones.

Saludé a la mujer que comenzó a servir la comida mientras nosotros nos sentábamos a la mesa.

—Voy a tomar un vaso de makretzel tostado, nada más, gracias —dije, tratando de que por el tono no pudiera inferirse el grado de mi malestar. La asistenta me replicó que debía alimentarme correctamente, que una ingesta completa no debía eludir el agregado de alguna de las prínkulas, que para un hombre que carga sobre sus hombros el peso de semejante tarea y no sé cuántas frases más que sonaron a pura cortesía. Aunque me asombró sobremanera que estuviera al tanto de la importancia capital del desayuno, omití obsequiarla con contestación alguna.

Mi colega no paraba de engullir, bocadilla de kréptele, pastas anisadas, tripa de oveja y requesón, panes de cebada con cuajada y un regio tazón de prínkula amarilla en el que flotaban y se sumergían, alternadamente, las migas grasosas de lo que se llevaba a la boca.

No comprendo que un hombre pueda comer tanto.

Después de exponer nuestras necesidades mutuas, convinimos en que tomaríamos la mañana para ultimar detalles personales. Quedamos en encontrarnos directamente en el subsuelo a las dos de la tarde para iniciar una segunda jornada que, aunque acotada, resultaría de óptimo rendimiento. Blavatsky se comprometió a que el tatuador se habría enterado de nuestra propuesta para esa hora y se sumaría al grupo para cumplimentar su tarea específica.

Me urgía, entre otras cosas, ir a la pensión a cambiarme de ropa y asegurarme de que mis hurones tuvieran provisión de agua limpia. Por lo general encomendaba esa función a la intendente de la pensión que atendía a mis mascotas, solo porque, según decía, era el morador más riguroso a la hora de observar las reglas comunitarias.

Es una dama bastante mayor, que quedó seca e incapaz de concebir, a la que de tanto en tanto ausculto y prescribo, tal vez innecesariamente, sales de cocaína. Nadie en el mundo goza de salud

más sólida, cierta vez me confió que en ocasión de su menarca, y por la muerte temprana de su madre, el progenitor la enseñó en una costumbre que repetían los hombres de la familia al momento en que las glándulas de las axilas comenzaban a heder. Desde entonces frota diariamente sus senos y su vientre con ortiga cruda.

Si bien la coloratura en esa zona de su piel acusa un grado de necrosis y la areola de las mamas muestra circunferencias de abundante y larga pilosidad, ya no sufre ni los ardores ni los edemas purulentos de los primeros años.

Pese a lo brutal de semejante indicación, no he visto cuerpo más resistente a la influenza y a la peste negra que el de esta anciana que apenas supera el metro treinta y siete.

Jamás se me ocurriría comentar este tipo de prácticas con las personas comunes, la mayoría de la gente no tiene somera idea de lo mortalmente riesgoso de tomar la salud por mano propia y no consultar a quien dedicó su vida al maravilloso estudio de la patogenesia, las constantes actualizaciones del vademécum y las preparaciones magistrales.

Blavatsky carraspeó, la vulgaridad de un llamado de atención al que me estaba acostumbrando y, mientras doblaba metódicamente la servilleta mancillada, balbuceó unas palabras finales. Ese ruido fútil me hizo volver al cuarto manducatorio y dejar la molicia de mis pensamientos; también me estaba acostumbrando a los discursos sin sentido.

Terminé el makretzel con una arcada, por un último trago de sedimentos tan agrios, el colega se excusó y salió de allí siguiendo a Ávida. Entre los platos que ella había dispuesto quedaban algunas raciones; sentí deseos de comer algo, pero la firmeza con que soy capaz de contener mis apetitos me sostuvo y preferí elegir el alimento espiritual: me entregué al disfrute del silencio matutino y de la calidez de un rayo que jugaba sobre una frutera llena de fulgurantes manzanas de piel firme y escarlata, moteada de pequeños manchones alargados que empalidecían a medida que se acercaban a la hondonada que la fruta reserva para el cabo. La temperatura del sol sobre las pomas

hacía expresar su hálito delicioso. El cuadro era sencillamente perfecto y llenaba de dicha ese cuarto ramplón. Mi mentalidad era atravesada por los destellos prometeicos del hombre de ciencia: ¿cómo puede un fruto de la tierra, esa suciedad apisonada por miríadas, producir semejantes coloraciones y sabores y aromas que, por cierto, además alimentan?

Mi cuerpo comenzó a experimentar los temblores de quien se anima a cuestionar lo incuestionable, una especie de éxtasis moral convirtiolo todo en una epifanía de ribetes fabulosos y este hombre, así de sencillo, se asomó a un devenir neptúnico y encantador. —¡Diantres! —musité—, sí que vale la pena estar vivo.

La dispensa de mis labios fue una especie de bálsamo que resultó de gran utilidad cuando Ávida regresó a la cocina y se arrodilló delante de mí tomando mi mano izquierda entre las suyas. Desde lo bajo de su posición enfrentó sus pupilas a las mías y dijo con voz muy queda: —No sé cómo decirle que soy su sierva. Soy su sierva, doctor, pero no sé cómo decirle.

Esa mirada traslucía devoción y su cabeza —que por cierto ¡me pareció de lo más pequeña!— era una invitación inapelable a la caricia.

Mi espíritu era capaz de ver lo que para ella permanecía en penumbras, en general suele sucederme que percibo aquello que los demás ni siquiera se atreverían a sospechar. Era consciente de la textura hormonal del momento y, sin dudas, quería hablar; aunque los parámetros de mi mente no resultaban del todo claros: debía contener cualquier exclamación que la muchacha pudiera interpretar según sus perversas apetencias.

Ella era una asistente y por más que se entregara a mí de modo tan ostensible no podía permitirme la desfachatez de su propuesta. La lucha interna fue tal, y en algún sentido, he decir, tan desgarradora, que mis labios consiguieron burlar el autocontrol y, sin la fuerza necesaria para articular palabra, dejaron escapar una especie de gemido corto que me traicionó y me dejó al descubierto. Para entender la significancia del gemido involuntario, tal vez sea preciso recordar que antes que médico soy hombre.

—¿Cómo? —inquirió Ávida.

No pude contestarle, la excitación hizo que mi mente fuera arrasada por las imágenes de uno de los miasmas más crueles que aquejan a la humanidad y para el que la medicina es aún impotente: la catalepsia.

Convocados por no sé qué monstruosa inclinación inconsciente, vinieron a mí los recuerdos de uno de los casos más desoladores que tuve oportunidad de atestiguar. El lívido rostro de una niña de doce surcado por ríos de embalsamado violeta; la sangre seca de los arañazos con que la desesperación dibujó el espanto. Malhadada púber, seducida por un sueño tan profundo que adormiló su corazón tempranamente, que hasta sumió en engaño a sus padres y al mismísimo facultativo, y la condujo a una cripta nívea, vestida con los encajes que las familias atesoran para agasajar a sus infantas cuando cumplen los quince y sus vulvas comienzan la temporada de palpitaciones escandalosas y sudoraciones excesivas.

La imagen de la novicia en su ataúd era la más acabada fantasía para un hombre: *blanca, de espuma, de nácar, como una azucena, sobre todas casta*.

Al volver mi conciencia a la cocina, aunque el apéndice hinchado otra vez me delataba, la sirvienta había perdido todo misterio para mí, razón por la que reaccioné de modo un tanto brusco.

En algunas féminas, la vida, y su guadaña constante que las hace viejas, no es más que un conjunto de muecas groseras que hieren la sensibilidad del varón que aguarda tan solo a una criatura que por lo menos no desentone con el mobiliario.

A pesar del desencanto dispuse unos minutos para reflexionar: si el deceso no estuviera seguido por el cruel cortejo de la corrupción de la carne, el sacramento de la unión con una fallecida sería ya perfecto, ya absoluto.

Me levanté intempestivamente y solté mi mano de las de la asistente, quedé entonces parado frente a la mujer que estaba arrodillada con la cabecita a la altura de mi bajo vientre. Por el gesto con que la miré, se levantó sumisa, se dirigió al fregadero y comenzó la vulgar faena de lavar los trastos del desayuno.

Para sacudir el esplín hice sonar las falanges y cuando estaba por salir

del recinto mi mano derecha birló del plato de Blavatsky dos de las bocadillas de kréptele que quedaban y las guardó en el bolsillo. Esa mano, a veces y contra mi voluntad, parece órgano malévolo al servicio de un cerebro degenerado y diabólico.

Por suerte, la mujer estaba de espaldas y no vio nada, tampoco pudo atestiguar el caso: serví un tazón con los restos de las prínkulas para que el reo desayunase.

Bajé las escaleras para ver en qué condiciones se encontraba y para acercarle el plato de pan remojado en cuajo. Después de trabar lucha contra la cerradura envejecida entré al laboratorio que se iluminaba apenas con la penumbra del día. El hombre estaba de pie frente a la ventana rota y, en esa perspectiva, su monstruosidad se manifestaba plena: de su perfil no podía aseverarse qué cosa era, qué clase de animal podía asemejarse tanto a un portentoso macho como a una pérfida hembra. Luché denodadamente para que mis pupilas sortearan la fascinación de escudriñar el bajo vientre de ese corpúsculo allí parado, pero la mirada del hombre de ciencia es pertinaz y me fue imposible.

Cuando el inmundo escuchó mis pasos dio media vuelta sobre los talones y me ofreció una sonrisa. Me acerqué solemne y dejé el plato sobre la mesa, cerca de la camilla, luego me ubiqué junto a él mirando la ventana y nos quedamos en silencio. A pesar de la aprehensión, me sentía muy a gusto y percibía que él también disfrutaba de mi compañía.

—Todo va a mejorar de aquí en más, mi pobre Konrad —dije sin mirarlo—, comienza una guerra contra el mal en usted, no se asuste, el higienismo es su infantería, llegó el tiempo de dejar para siempre el reino de las sombras, dar la batalla final contra el hembrismo e integrarse al mundo de los que vivimos según la ley. Todo va a mejorar a partir de aquí —dije sin mirarlo.

Gudmundsdöttir comenzó a tararear una melodía que yo no creía conocer, era dulce pero insólita y todo su cuerpo emitía una vibración profunda. Esa música rara trajo a mi memoria los fantásticos relatos de M. Langer sobre los cantos rituales de los cérvidos marinos que descubrió en su última expedición a los fiordos transutrishkanos, de la que volvieron solo algunos tripulantes enajenados que denunciaban

inexplicables desfloraciones masivas.

La densa amabilidad del sonido me movió a mirarlo y comprobé que la anafilaxia había recrudecido, mientras los movimientos de su boca no lograban abrir del todo un hueco en la barba pelirrancia, sus ojos volvían a secretar perlas de fluido lacrimal.

Estuvo unos minutos así, calmo, con el rostro empapado, hasta que abrió los labios y el acorde se transformó en una letrilla altisonante y sin sentido. Con una sintaxis escandalosa le cantaba a la nieve y rogaba por su enseñanza, como si en esa masa inerte percibiera una maestra capaz de instruirlo en no sé qué cosas. Exaltaba las cualidades femeninas de la escarcha y cada dos palabras inconexas su voz se oscurecía como en una letanía que clamaba la lección. —Derretirme en vos, derretirme en vos —rezaba el estribillo de la melopea del idiota—. Derretirme en vos —imploraba—, derretirme en vos —la gola cada vez más dulce y los ojos cada vez más extraviados.

Comencé a inquietarme, más allá de la ternura que me daba ese enorme dechado de inadecuación, me preocupaba la sospecha de que una simple canción pudiera terminar en un virulento ataque de histeria. He sabido de casos en los que la familia festeja las ocurrencias del más sensible o la más débil y después no alcanzan los gimoteos de la madre ni los lamentos del padre por no haber actuado a tiempo contra la perversión que obliga a aislar a los insanos o someterlos a curaciones mediante descargas de un ingente voltaje de electricidad.

Mi colega aún no sabía que había bajado al sótano y me preocupaba generar una situación que sumara malestar.

Tenía mucho que hacer antes de volver a encontrarme con el grupo de trabajo y haber visitado al enfermo constituyó solo un acto de la más pura y noble cortesía.

A su lado como estaba, tomé su mano con firmeza; abracé esa palma inmunda y flaca y pude sentir, por lo exangüe de su carne, la constitución de sus huesos bien delineados, encajados unos a otros con naturalidad y hasta diría, con exquisita perfección.

Me sorprendió la consecuencia de sujetarlo: el perverso pareció comprender mi angustia y dejó de cantar al instante. Fue reconfortante

comprobar que mi autoridad estaba firmemente consolidada.

Puede sonar inverosímil, pero llegué a sentir sincero reconocimiento por el enfermo; en ese estado me apronté para irme y pasadas las ocho y treinta salí a una mañana magnífica.

Una vez en la calle volví a entrar para acudir a un llamado interno que no terminaba de formularse, mi cuerpo resolvía su camino sobre la marcha y yo simplemente cuidaba que mis pasos no se escucharan, era evidente que me llevaba por las narices un plan subrepticio del que todavía no daba cuenta. De pronto me encontré atisbando desde la puerta de la cocina para confirmar que allí no hubiera nadie, que ni el viejo ni la asistente merodeaban por la sala donde se preparan los refrigerios. Mis pasos profundizaron el plan y me llevaron hasta la entrada de la pequeña despensa en el final de ese ambiente, allí, sobre el mármol blanquísimo seguía el lino con el que Ávida había cubierto lo que creí un estuche. Levanté ese velo y reconocí la perfección del mejor ebanista sbornikano, esa lisura deslumbrante inclinaba a reconocer el desbastamiento de esa gubia aún a tientas, aún debajo del mar. Ese estuche era obra de un anciano ciego, el más reconocido artista de la ciudad. Para mi sorpresa, no solamente eran mis pies los que sabían instintivamente más que yo de ese plan en el que estaba, también mis pulgares me obsequiaron una efectuación fascinante: presionaron los extremos a cada lado del estuche y esa cajetilla destrabó su seguro en una secuencia de tres golpecitos y se desplegó ante mis ojos. Del interior forrado de terciopelo color obispo me obnubilaron dos piezas, también de madera trabajada con delicadeza. Sendos conos cilíndricos, de pulido tan impecable que invitaban a acariciarlos, que terminaban en una punta roma, más gorda y de apariencia gomosa. Como si cada uno portara un capuchón en uno de los extremos del buen tronco; uno claro y otro definitivamente opaco. En el lado opuesto a la cabeza mostraban una muesca de alrededor de una pulgada que completaba toda la circunvalación. Directamente sobre la base, una esponjilla de tegumento que al instante en que los saqué de su cuna aterciopelada y los paré sobre el mármol, dos obeliscos de altura levemente dispar, aunque ambos de más de 12 pulgadas, y anchura sí definitivamente dispar, fungía como una sopapa que los adhería poderosamente a la superficie del encimero. Por

debajo del terciopelo descubrí una cinta color carne de africano, también de tegumento, que enlazaba una hebilla de metal, encajaba perfectamente en la muesca alrededor de las piezas y lucía como uno de esos cintos con los que los peones de campo sostienen sus calzones miserables. Hacia la base del estuche un círculo en hondonada sujetaba un cofrecillo circular, de estaño cristalizado, con tapa a rosca, que al abrirlo dejaba oler ese cebo de crawfell licuado con esencias con que las damas suelen embadurnarse las asentaderas. Nada de lo que veía era reconocible para mí y no supe qué clase de elementos eran esos. Ubiqué todo nuevamente en su sitio, cerré el estuche y volví a cubrirlo con el lino. Salí de la cocina y enfilé otra vez a la calle decidido a espabilarme. Parado en la acera llevé las yemas de los dedos a la nariz, inspiré profundo, qué olor de acritud irreconocible, un inextinguible olor a entrañas.

VIII

El coche de Blavatsky era todo lo que necesitaba, el jamelgo negro, brioso y brillante, de andar firme y ágil a la vez. Había conseguido no olvidar de portar conmigo mi buen cianómetro, para así poder solazarme con exactos cotejos de la instilación de color en el cielo de ese día fastuoso, a medida que el sol avanzara por la cúpula celeste. Tenía planeado parar cada vez que pudiera para medir todas las tonalidades del ciano sobrecogedor que nos somete y comenzar un registro que me atrevo a asegurar a ningún científico se le ha ocurrido hasta ahora y dispararía mi figura a lo más encumbrado del palacio académico.

Los más de cinco cuartos de hora fueron un paseo delicioso y me permitieron sentir la vitalidad que me provocan el sol y el frío. La ciudad estaba radiante y la gente parecía dispuesta a ser feliz costara lo que costase. ¡Ah, la luz del día, la luz del día!

Un solo evento contingente nubló por unos instantes el trayecto e hizo que al corcel se le enervara violentamente el lomo, diera un respingo de terror y de sus ollares saliera un vapor pruriginoso. La mañana era deliciosa como una manzana fresca y el andar de la calesa era un golpeteo rítmico y estimulante, firme y sincopado al interior de mis isquiones, cuando adentrados ya en el boulevard en dirección al centro, a la altura del hospital, aunque alejados unas cuantas verstas, un estruendo hizo vibrar grave pero contundente la misma cuadrícula de adoquines y las aceras. —Otra vez —musité amargo, pero al instante agregué sereno y para confortarme—: No tendremos miedo, no tendremos miedo, nunca más.

Un poderoso espíritu de lucha y una fe ciega en el orden y en el progreso hicieron que me sintiera uno con el animal que, parecerá extraño, sentí que en su bestialidad me admiraba emocionado y redoblaba el esfuerzo de un andar caballeresco y lleno de un estilo

digno de mí.

Para que me supiera a su lado y galardonando su nobleza lo honré con un azote, dos, en realidad, uno a babor y otro a estribor como a toda nave que se precie, en el que la cinta de tiento trazó una monumental S en el aire, un arabesco fulminante, luego pareció estirarse infinita y portentosa hasta contraerse y bajar a ese lomo renegrido para marcarlo con un sonido de tal solidez que inundó de minúsculas gotas rojas el dibujo que tatuó la piel del animal. Qué reconfortante.

Fue muy divertido pasar por el frente de la botica de la calle T. Reik y descubrir que las empleadas, cuando desde atrás de las vidrieras me vieron pasar conduciendo un carruaje de diseño tan elegante, se codeaban unas a otras y dejaban entrever miradas de fascinación.

Para aprovechar la contingencia, y deleitarme con los placeres a los que habitualmente tanto esquivo, detuve el caballo, bajé del coche ante los ojos deslumbrados de las dispensarias y entré al negocio con aires distraídos.

La mezcla de materiales con que está construido el establecimiento no podría ser más adecuada, a la porosidad de la madera de veclamen, que sugiere la idea de una textura que permite el ingreso del medicamento al cuerpo corrompido del enfermo, se opone la extraordinaria pureza del cristal que, a su vez, invita a pensar en la acción temeraria del bisturí, libre de toda molécula malsana.

Los naturales polos opuestos, que el caduceo que simboliza la medicina muestra dos serpientes liadas, se maridan deliciosamente aquí, para la admiración de quienes podemos descifrar el lenguaje oculto de las ciencias.

Es así, hay una arquitectura dispuesta para el bien, y si se piensa correctamente, si se logra reflexionar sobre el punto exacto, notifícase uno que todas las disciplinas son, a la postre, auxiliares invalorables al ejercicio de la medicina. El mundo necesita ser curado.

En esa exaltación de la justicia, me acerqué al mostrador con natural galantería y —¡a qué negarlo!— con cierta impostación en la voz, pedí a la señorita Bertha doce gramos de podofilium y una botella pequeña de alcohol boricado.

La empleada tardó unos instantes en procurar el pedido, parecía

inmovilizada por la idolatría que despierta una figura que se impone. A su alrededor, y como no había más clientes que el que suscribe, las demás señoritas también me donaban sus miradas, al tiempo que enfocaban su atención sobre la empleada, en intranquilo afán por despabilar a la compañera adormilada por el embrujo de un intempestivo enamoramiento.

Las fámulas eran la consabida Bertha P., más Fanny M. y Aurelia Ö., más Anna Von L. e Ilona E., ¡qué gracia me hacen las chiquillas enamoradas y cómo podría uno pasarse las horas reunido con ellas!

Es que en la botica se manifiesta un clima especial, ese despacho hace que me sienta realmente bien, es en sí mismo un tónico energizante y tantos recipientes con sus preparados, tantas sustancias que invocan a cual un reino, ya el vegetal, ya el animal, más ese olor mezcla de alcanfor y clavos de la India y el aire impregnado de alcoholes que se volatilizan.

La empleada me chistó suavemente haciéndome entender que me había dejado abstraer por mis cavilaciones y que estaba listo el paquete, el rostro de la joven se notaba levemente sonrojado y sus pestañas se me ocurrieron largas y rizadas; ¡tal y como si fuera la hembra de un toro!

Antes de salir de la botica pedí golosina de regaliz para mí y galleta de hueso para llevar a la intendenta de la pensión, pagué con cambio exacto y eché un postrero vistazo a las dependientes que, cada una, manifestaba síntomas tan femeniles como escarlatina, mohínes, escorbuto, párpados y cuellos hiperquinéticos al borde de la fractura, vahídos desmayantes, llantos repentinos, ululaciones y guturalismos de salvaje y a la vez mesurada animalidad.

Formadas en fila detrás del mostrador semejaban un ejército, dispuesto este a ruborizarme, todas sonriendo con la testa inclinada hacia abajo, todas iguales en su uniforme impecable, igualadas también por las trenzas recogidas en lo alto de la mollera, extensiones de pelo rubio dentro de la cofia, como un nido en el que el ave de la farmacopea podría posar su incandescente gobierno.

El último vistazo a las empleadas es una postal que guardo en el recuerdo, ansiosas en su embelesamiento, los labios cadmios, guardianes de esas perlas de marfil asomadas discretamente igual que

las agrimonias se insinúan desde el techo de las pérgolas al comienzo de la temporada romántica.

Cinco pichones palpitantes, de respiración trémula, con las gorgueras hinchadas de un plumón suavísimo y atisbos de una sofisticación que las denunciaba hembras; solícitas ante el deber, confiadas en su elección y, aunque la sumisión de mujer les asfixiara la silueta, inmensamente poderosas en su servidumbre.

Salí del sitio un tanto turbado, a veces resulta imposible, aun para el facultativo, arriar con firmeza hacia el retablo de la corrección a las caprichosas hormonas, esas ovejitas tontas que enloquecen ya por un pañuelito perfumado, ya por el aire embriagado de dulzura femenil.

—¡No podrán nunca hacerme creer eso del sexo débil! —grité admirado y con incontenible pasión para mis adentros—, lo que aquí se percibe es la insobornable elección de las mujeres por ser mujeres; esa parafernalia de complacencia siempre dispuesta, siempre abierta en dos exageradamente, siempre al servicio. Antiguas vestales nacidas para el sacrificio... ¡Saludad al mundo que las vitorea a medida que nacen a su obligación y las ubica en su lugar colmadas de laureles!

Subí al coche, regalé un brutal azote al palafrén que se echó a andar y la figura de una Ávida esencial se me representó futura, reconciliada, al frente del camino.

La mujer que siempre atiende, que calla, que se esconde, la solícita asistente que guarda su lugar frente a la Humanidad toda y se postra obediente ante la ciencia; ¡mi Ávida!, afirmé en el pensamiento y una ráfaga de pudor enrojeció mis mejillas.

No podemos más que triunfar, con este elemento que brota por doquier, estas muchachas dispuestas a la defensa irrestricta de la vida, ¡no podemos más que triunfar!

Seguí camino con el alma henchida de confianza hacia el porvenir.

Así, liviano y con sencillez, comencé a tararear una frase musical que improvisé ahí mismo. Nunca dije nada a nadie para no darme aires, pero, de vez en cuando, paso las horas componiendo melodías llenas de lirismo y chispadas de alguna nota un poco más fúlgida o más grave. La letra de mi creación era por demás austera, pero

¡encajaba tan bien esa dulce palabreja! Sindri, Sindri, Sindri, repetía y me enorgullecí de tener un nuevo vocablo disponible para describir al mundo y su circunstancia.

Cuando estaba saliendo del perímetro de la ciudad recordé que llevaba la bocadilla de kréptele en el bolsillo del abrigo, la idea me despertó el apetito y decidí disfrutar la ración mientras durara lo que me restaba de viaje. Metí la mano y el tacto confirmó que las bolitas conservaban la forma, tomé uno de los manjares y al momento de morderlo pensé en Rufus, mi compañero de cuarto, y en lo bien que le vendrían unos bocados de algo que no fuera raíces de krein y palominos silvestres. Intenté restaurar la exquisitez como pude, creo que lo logré bastante bien ya que la masa estaba realmente húmeda y la sangre no coagulaba del todo. Volví a guardarla en el improvisado refrigerador de mi capote.

El recuerdo de mi compañero de cuarto no resultó ocioso, en ese mismo instante me percaté de que debía pensar el modo correcto de revelarle los últimos sucesos de mi vida.

Por un lado, me asaltaba la necesidad de compartir con un amigo tan dilecto la alegría que me daba saberme elegido. Una especie de selección natural que el azar quiso mostrar como caprichosa y que confirmaba mis sospechas sobre las evidentes condiciones que siempre me destacaron por sobre la media. Por el otro, la responsabilidad que desde entonces pesaba sobre mis espaldas marcaba una clara diferencia con él, aun cuando la amistad fuese uno de mis más acariciados ideales juveniles.

—Querido Rufus —pensé—, siempre serás como un hermano para mí, en lo profundo del corazón.

¿Qué hombre decente no honraría esa víscera con la que, en conmovedor sístole y diástole, enerva con sangre nueva los capilares de un mundo cada vez más cruel, más sordo y ciego, más corrupto y domeñado por el mal?

Me eché a llorar. El potro aminoró la marcha como comprendiéndolo todo, entonces me susurré “Sindri, Sindri” y en un sollozo compasivo me di a enjugar el rostro transido.

Para desterrar la angustia abordé la tarea de observar las diferencias que exponían las fachadas —¡qué hermoso vocablo!— de las casas durante el trayecto; eran construcciones realmente importantes que, por lo general, mostraban las trazas de una época de decadencia. En los jardines de entrada, las familias cultivaban las flores del invierno; una especie de lirio de pétalos cárnicos, capaces de echar sus filamentos en el mismísimo hielo, inusualmente áureos y enclavados como con furia en tallos de un verde intenso.

La imagen de los diferentes blancos, la nieve, el cielo que se había cubierto de nubes —y frustraba mis investigaciones sobre el azul—, las corolas cultivadas era interrumpida por la clorofila de esa vegetación cilíndrica y fibrosa que parecía dibujar pequeñísimas celdas con barrotes de color.

Sbórnika es una ciudad hermosa aun en sus zonas aledañas; puede parecer inhóspita en un primer acercamiento, pero si se le concede una atención paciente, resulta conmovedor atestiguar un trazado preciso en una geografía que no hubo de ser para nada amable.

Lo que aquí había, antes de que nuestros colonos impusieran su voluntad a un paisaje yermo y desolado, era un cúmulo de turba y escarcha removidas por el viento húmedo que infestaba de hongos al escaso follaje y recordaba constante que este rincón olvidado de la Tierra era propiedad del tiránico Tzäcjara.

La travesía era la repetición del mito fundante, así como el alazán conducía el coche y el carruaje me transportaba hacia mis deberes, la génesis y los albores de esta vigorosa ciudad, ganada a la indiferente estepa, reflejaban la decisión del hombre de conquistar el futuro y dejar atrás la ignominia que siempre supone el pasado.

La línea recta de la vida, lanzada como una saeta hacia un cosmos pleno de verdad, mostraba el inocultable sesgo de la Mente Creadora y, en esa certeza cardíaca, pude relajarme al suave traqueteo del coche y a dejar que el sol acariciara mi facie.

Dormiens Diurnae Vespertilio

Giré en el sitio mientras las tormentas se abatían, mientras una calma absoluta reinaba sobre el mar, sobre las tinieblas. Parado en ese puente de piedra miré hacia abajo, por entre la bruma de mis pies se alzó un murmullo celular, desde un fondo de existencia inadvertida, inmemorial, se alzó. Magnífica.

Aleteando lenta y furiosa, ondulando esas inmensas láminas de carne translúcida surcadas de várices cerúleas, esas alas conquistadas por montículos de garrapatas gordas, tumores llenos de plasma a punto de explotar como estanques pútridos, movidas por brazos musculosos y cubiertos de un vello húmedo que se alargaban hasta una uña descomunal que arañaba las paredes para escalarlas. Aleteando magnífica, lenta y furiosa, una enorme murciélaga albina sacudía la testa y gritaba desesperación.

Su ceguera fija en mí, dos rubíes de brillo espeso exactos a mis pupilas, los belfos también ondulaban desorganizados por los alaridos en una boca de pelambre alba y ensalivada, de colmillos finos y oblongos.

Su cuerpo larguísimo ascendía frente a mí, un organismo blanquecino subía hacia una radiación mayor que habilitaba niveles de vitalidad o de carga mortuoria, una radiación que administraba permiso de supervivencia e inapelable agonía.

A medida que la mamífera se elevaba, aparecían las crías, pequeños parásitos de la misma carne que se sacudían por los espasmos suculentos de esa madre harta. Del pecho del animal, de clavículas salientes y esternón marcado, colgaba una docena de engendros que mordían con fuerza para sujetarse a los pezones de las ubres que las mantenían con vida.

Todo el orden mammalia ante mí, doscientos millones de años concentrados en el organismo de una madre furibunda y agotada.

Mamas y odio, alimento y odio, alimento y hartazgo, nutrición y venganza. Venus retrógrada, evolución inversa. Luna menguante.

La albina profería un grito silente, continuo, una frecuencia ensordecedora que hacía estallar los tímpanos de las crías con estertores descontrolados mientras el vaivén furioso las debilitaba más y más.

Primero empezaron a desprenderse una a una las garrapatas. Desde las profusas colonias salían despedidas y se estrellaban contra las paredes. Las alas de esa bestia ondulaban con una virulencia monumental que a la vez las lentificaba, todo el salón ondulaba, todo el puente ondulaba, el cubo, en cambio, permanecía. Yo permanecía.

Las alas se agitaban en cada embestida hasta el despliegue total. Brazos y hombros, trapecios y deltoides, bíceps y tríceps de ese monstruo eran construcciones mortíferas, capaces de sacudirse hasta los parásitos inmateriales.

Y los deseos. Y la necesidad. Y la carencia.

La masa de vástagos comenzó a emitir densa, sólida, inaudible, todas a la vez en el vaivén enloquecido mordían las ubres ya no para alimentarse, las mordían con la brutalidad del que bruxa por su vida, por sobrevivir a una madre arrojada al impulso de asesinar a su prole. Las crías sellaban sus mandíbulas con mordidas que desgarraban los tejidos proteicos de esos pezones y salían despedidas como las garrapatas. En la caída soltaban el bocado de carne y, por los agujeros, un reguero de sangre y leche fluía desde esa hembra liberada. Una a una las crías volaron a estamparse sobre las lápidas de esas paredes.

Cuando la última estuvo muerta y reventada, el motor iracundo que movía a la hembra comenzó a bajar las revoluciones y todo se hizo grave, ese cuerpo necesitaba detener la agitación para que el corazón bombeara con menor violencia y los agujeros en las ubres comenzaran a bordar las proteínas de su cicatrización e interrumpieran el desagote de plasma y leche.

La ondulación comenzó a serpentear más plástica y más amable.

Todo era una charca de humores y cadáveres. Todo quedó en suspensión.

Todo comenzó a orbitar alrededor del sueño.

IX

Al bajarme del coche frente a la puerta de la pensión, en un saltito de lo más gracioso por si alguien fisgoneaba tras las ventanas, la suela de la bota derecha dio de pleno en el barrial eterno de los suburbios. Traté de limpiarme como pude pero la ansiedad por ver a los míos ganó la partida.

Abrí la puerta sin llamar y con total suavidad para sorprender a la intendenta con las galletas; en la oficina de la planta baja no había nadie pero sobre la mesa, una taza usada y restos de codillo de cerdo en un plato denunciaban un desayuno reciente, supuse que la mujer habría ido al mercado o estaría fregando las letrinas como de costumbre.

Subí entonces a la planta alta para llegar a la habitación que comparto con Rufus y las tres mascotas; una vez adentro encontré a mi compañero sumido en una siesta tan profunda que parecía no sentir la puntera de oro, clavada en el mentón, del Manual de Teratología Moderna, que acunaba abierto sobre el pecho.

Aproveché su vahído para saludar a los hurones que también dormían, cómodos en su cajón, trenzados en una masa única de carne y pelos que parecía tener tres cabezas, tres hocicos y solamente dos patas visibles. Los animalejos despertaron, olieron mi mano y continuaron con su siesta demostrando que o no me reconocían y a causa de la domesticación habían perdido todo instinto, o les daba lo mismo quién fuera el que los acariciara, los alimentara, se ocupara de ellos. Murieron a mi amor en ese mismo instante y una bolsa de tela cargada también con piedras y echada en lo hondo del río me aliviará esta obligación incómoda y malsana.

Rufus comenzó a gemir regalón, dando a entender que me había percibido y tenía voluntad de incorporarse, era evidente que su sueño era una delicia difícil de abandonar porque sus gemidos se

prolongaron y se volvieron más dulces y más golosos.

Agradecí al cielo que hubiese sido yo quien lo escuchaba en su momento menos oportuno, el cuerpo de mi amigo viboreaba y de su gola salían sonidos que más que un hombre despertándose parecía una de esas babaliscas posesas de esa fiebre que las hace tan famosas en los expendios de prínkulas que orillan el Tzäcjara.

Dediqué al compañero unos instantes de atención en su despertar y me solacé pensando en cómo se pondría si supiese todo lo que yo sé de él por el simple hecho de espectarlo.

En un determinado momento Rufus abrió los ojos por completo y, para evitar que me reprendiera por sentirse malamente observado, me abalancé sobre su cuerpo y lo abracé mientras le ofrecía toda la cordialidad de mi saludo. Pude sentir el calor de su orejita izquierda cerca de mi nariz y el dulce aroma que lo caracteriza: una mezcla aromática que al principio es agradable y dulce y termina por impregnar de manera tan asqueante que repugna. Me sentí en casa, entre los míos, y me extrañó la sensación vigorosa que subía desde el bajo vientre y daba cuenta de que había pasado una larga temporada lejos de mis cosas.

El contacto entre nuestros pechos era entorpecido por la presencia del manual de tapas de cuero, aun así, contradiciendo los signos que parecían separarnos, el abrazo con Rufus fue un bálsamo energizante.

—Querido amigo —dijo mientras nos separábamos y dejaba a un costado el libraco—, has de saber todo cuanto ha ocurrido en tu ausencia. Comenzó a hablar pausado pero llevado por la urgencia de ponerme al corriente de sucesos acuciantes que terminaron por ser chismes de una puerilidad espantosa, situaciones referidas a los animales y los compañeros de la pensión que no encerraban interés alguno.

Debido a la instancia profesional en que me encuentro ya no me hacen gracia los comentarios de ese tipo.

Para expresar mi aburrimiento y, marcar la diferencia, hice notar a mi interlocutor lo precario de su traza, Rufus, que, a la sazón y por una de sus cuitas, estaba riendo, cambió su semblante cuando me escuchó. Su gesto se puso tan sombrío que hizo que me sintiera culpable de mi cualidad más destacable: sostener en alto un

escrupulario tan estricto.

Para evitar profundizar un ánimo innecesariamente grave, cambié el tono de mi voz, una operatoria fina e imperceptible para sacar a mi amigo de su melancolía, me acerqué a sus ojos demasiado claros para decirle la sorpresa que le tenía prevista.

—Querido amigo: he comido kréptele en todas y cada una de las ingestas de los últimos días. De las más variadas maneras, ya salado, ya escaldado en sirope de frágolas... ¿te imaginas?... kréptele, puro y delicioso kréptele, así sin más, kréptele, kréptele.

—¿Kréptele? —respondió él.

—Kréptele —mi voz pausada, serena, gobernanta.

—¿Kréptele, kréptele? —la pregunta de mi compañero, exageradamente ansiosa y demasiado anhelante para un caballero.

Respiré, hice una tournée de pasos seguros alrededor del cuarto, volví a enfrentarlo, y, con cierta displicencia repetí:

—Ajá… kréptele.

Rufus tenía intención de seguir un diálogo francamente mediocre para mis aspiraciones, por esa razón, cuando sus labios comenzaban nuevamente a modular el principio mecánico de la k, dispuse mi índice derecho suavemente sobre sus belfos humedecidos mientras lo miraba a los ojos y deslizaba un musculoso shhh.

Me sentía tan solvente ante la mirada atónita de mi amigo que tal vez alargué demasiado las pausas y, mientras metía la mano en el bolsillo de mi abrigo para rescatar sendas bocadillas, se me ocurrió que tanto tiempo muerto podía terminar conspirando contra lo imponente de mi imagen.

Al momento en que las puntas de mis dedos dieron con el interior del bolsillo descubrí que en algún movimiento inadvertido debí aplastar las dos bolitas y el estado del comestible fue transformado brutalmente. Ahora parecía más bien un blinitz pegajoso y sangriento o una de esas tortillas de harina de hueso y cuajo con que alimentan a los niños marasmáticos en el dispensario.

¡Qué desilusión, qué enorme contrariedad! Yo que solo quería agasajar a mi amigo.

Sabía que si le contaba lo sucedido, mi amigo era capaz de proponerme comer el kréptele marchito directamente allí donde se

aplastaba, de devorarlo todo sin preocuparse por la falta de cubiertos y la servilleta correspondiente. No iba a permitir semejante degradación, de modo que diseñé un plan urgente y dije: —Sufro una ligera indisposición, querido Rufus, me temo que tendré que ausentarme unos instantes. No, no, no, no temas, no es nada que un buen cordial de cocaína no pueda remediar al instante. —Di media vuelta y salí de la habitación para entrar al baño a enmendar lo que pudiera.

Una vez en el cuarto sanitario me di a la tarea de amasar y dar nueva forma al alimento que quedó casi perfecto y húmedo como recién preparado. ¡Qué excitante puede ser una tarea que otrora podría haberme provocado náuseas pero que a la que ahora me entregaba tan convencido! Amasar con fruición dos bolitas oblongas hacía que la boca se me llenara de la urgentísima agua del deseo.

Al momento en que volví a la habitación encontré a Rufus frente al espejo, con una mano sostenía el pesado manual y los dedos de la otra se daba a recorrer la prominencia de su curvatura nasal. Cuando me escuchó dejó rápidamente lo que estaba haciendo y permanecimos algunos segundos en silencio. Enseguida dijo:

—Querido amigo; necesito confiarte algo y es preciso que comprendas la magnitud del imperio que me embarga. —Sin que me permitiera contestarle continuó—: Somos ambos profesionales incipientes, ¿cierto?, siempre en la vanguardia de los últimos avances que nos permitan un enfrentamiento a la enfermedad más cabal y efectivo.

En ese momento su voz se quebró y dejó escapar un quejido no todo lo varonil que cualquiera esperaría; tomó el libro, lo abrió en una página que tenía marcada y, extendiéndolo ante mí con el mentón tembloroso, dijo: —Quiero que leas cuidadosamente esto pero que recuerdes quién es este que está a tu lado.

—Deja ya ese pesado manual, querido amigo —dije mostrándole mi palma con la bocadilla. Rufus obedeció y clavó sus pupilas en las mías al tiempo que comenzó a lamer las bolas como me gusta, lentamente, un verdadero enloquecido, directamente en mi mano. Qué delicia verlo gozar así, mirándome con hondura a los ojos y dejando que la natural sabiduría de su lengua, de sus labios, de su boquita toda, me llenara de satisfacción. Tanto deleite desbarató la firmeza de sus

rodillas y mi amigo terminó en el piso sin dejar de mirarme a los ojos un solo instante y llenando su boca con tal frenesí que temí por mi integridad.

—Cuidado con los dientes —me animé a decirle—, no me muerdas…

Mientras Rufus succionaba su alimento tomé el manual, bastante incomodado por lo aparatoso del momento, y leí en voz alta el título de la página 683: *Apéndice Primero - Generalidades Fisonométricas - Morfología Facial del Ladrón, el Asesino, el Uranista, el Semita - Rasgos Reconocibles en la Constitución Sifilítica.*

Tuve que dejar la lectura, el temblor me impedía concentrarme, bajé la vista y vi a mi amigo arrodillado a mis pies —espléndidamente arropados con zapatos de piel de crawfell de una capellada perfecta— saboreando lo último que le quedaba del manjar, la lengua velocísima y meticulosa arrastraba dentro de la boca hasta la última gota que corría por las comisuras.

Me dediqué por un instante a ver la cabeza de Rufus —¡que por cierto me pareció de lo más pequeña!— e inmediatamente mi mentalidad de científico empezó a trazar las concordancias corporales de ese cuerpo con el tomo que sostenía trabajosamente entre mis manos.

Casi todo parecía coincidir con las sospechas que siempre tuve pero que, por la nobleza constitutiva de mi espíritu, contuve y contradije con persistencia: semita, uranista, ladrón… comprendí cabalmente la angustia en el gesto de Rufus cuando me ofreció el libro con mohínes secretos de escarnio y de vergüenza. Como si en su ansiedad, mi atribulado amigo por fin confesara y asumiera: ¡La ciencia me ha descubierto!

Rufus pareció concluir su tarea y en el mismo momento di un suspiro tan agudo y a la vez tan grave como la contracción muscular que subía desde mis ingles. La virulencia del espasmo hizo que una de mis rodillas impactara de lleno en los labios de mi amigo e inmediatamente su boca se tiñó de un carmín perturbador. El libro, entretanto, soltose de mis manos y cayó en el breve espacio entre los dos.

Los ojitos de Rufus no dejaban de regalarme esa lealtad del amigo

arrodillado, pero muy pronto me avine a tomarlo de las manos y levantarlo como a un colegial distraído.

—Haz el favor de limpiar bien esa boca, le dije mientras Rufus se encaminaba hacia el lavabo y yo dejaba el tomo como a un rastro de aquello que es menester olvidar tanto como se pueda. Cuando apoyé el manual sobre el catre, algo de la tonalidad del cobertor de damasco y la tersura de sus flecos, el brillo opaco del cuero de las tapas, el brillo fúlmine de las punteras de oro me energizaron instantáneamente. De mi garganta salió una voz aguardentosa que no articulaba pero que ordenaba a mi amigo, con el imperio de una voz de macho, que hiciera tal o cual cosa o se pusiera de tal y cual modo.

Lo siguiente que recuerdo es la puerta entornada del toilette y un vaivén como de balandra que dejaba ver las ancas rubias de mi amigo y la transparencia de una trusa que, aunque evidentemente modesta, era intachable. Rufus frotaba suavemente sus redondeces con un lienzo, desde el cuarto de baño llegaban los vapores del savonette de lilas y unos ayes quejosos en la voz de mi amigo.

La imagen de la parte alta de esos muslos dorados por un vello iridiscente, la mano de Rufus con las uñas impecables, rosadas, exquisitamente perfiladas, la armonía de sus movimientos en redondo, el mismo susurro; mi estado era de turbación y una serena desesperación que se incrementaba.

De pronto me sentí desorientado, miraba a mi alrededor, quería ubicarme, recordar, recomponer al detalle la secuencia temporal de los últimos tramos de mi estancia en ese cuarto. Sin poder explicarme cómo había llegado hasta ahí me hallaba parado en el extremo del camastro de Rufus, con la espalda descansando sobre el ropero, agitado y con la respiración desbocada, la frente bañada de sudor, las manos húmedas, la levita desencajada de los hombros, el chabot arrancado y los pantalones arrollados bajo las pantorrillas.

Los hurones formaban una hilera perfecta en su cajón madriguera, habíanse parado sobre sus patas traseras y así alineados como estaban permanecían inmóviles mirándome con los ojillos descontrolados y moviendo las narices —¡mientras sus cuerpos permanecían inmóviles! — como olfateándome frenéticamente a la distancia.

Traté de componerme un poco y cuando terminé de arreglar mi

traza me di cuenta de que uno de mis escarpines estaba sobre la jofaina arriba de la cristalera. ¿Cómo diantres había llegado allí? Corrí para sacarlo y cuando llegué vi que por suerte estaba sin agua, que nuestra habitación disponga de un pequeño cuarto de baño hace que podamos darnos el lujo de usar esa antigualla de porcelana como decorado. El nuestro es el único cuarto de la pensión con esas comodidades, los chismes hacen creer que en otros tiempos era el cuarto que alquilaban los desposados para consumar el matrimonio en su noche de bodas. Me calcé y sentí un ardor profundo que subía por mi tronco, fue un momento extraño, me alegraba estar de vuelta, ver a mi amigo, pero al mismo tiempo sentía una repulsión profunda, el asco visceral de quien comete lo irrefrenable por una pulsión sórdida.

Rufus volvió de su aseo con la mirada gacha y cojeando, tenía los labios de un rosa renovado y brillante, mi involuntario golpe parecía haberle inflamado los belfos y ahora más que un estudiante de medicina parecía la dependienta de un almacén de pueblo.

Lancé una risotada que me acomodó los huesos, trabé cercanía con su rostro hasta que sin quererlo mi boca rozó su pequeña orejita y le dije:

—He de irme, mi noble Rufus, siento dejarte en esta bruma pero me espera una jornada llena de futuro.

Cuando salí de la habitación me pareció advertir que mi amigo rompía en un sollozo, una representación innecesaria, aunque comprensible, que marcaba cada vez con mayor precisión que pertenecíamos a mundos diferentes. El mío activo, solar, sólido, masculino, inquebrantable, lleno de promesa, el suyo pasivo, femenil, venéreo, regalón, atávico.

Bajé las escaleras y busqué a la intendenta en su despacho para saludarla pero no estaba, seguía allí, en cambio, el plato con restos de codillo en prínkula fermentada que comenzaba a burbujear. Lamenté mucho que todo continuara en desorden, pero cuando me daba vuelta para salir al vestíbulo que da a la puerta de entrada, la mujer me abrazó sin que pudiera componerme para evitarlo. Las gentes sencillas pueden ser ordinarias y brutales, ¡pero qué afectuosas!

Durante el abrazo, exageradamente largo, me sentí incómodo, pero para no desairar a la intendenta manifesté un entusiasmo y una alegría

que en verdad no sentía, ella parecía de lo más conmovida con mi presencia y la respuesta a sus excesos de contacto. A un cierto punto me interrumpió y salió de ese ambiente prometiéndome volver al instante; así lo hizo, con un frasco de frágolas en aguardiente, una cajilla de estaño cristalizado que contenía grasa de nutria para masajearme en caso de que las glándulas se me alborotaran y una botellita de dilución de ortiga. Por fingir una emoción que no sentía mis manos se manifestaron inusualmente torpes y al momento de tomar los obsequios la botellita se deshizo de mi gobierno, rodó hasta dar con el suelo y quebrarse ante nosotros. Me diluí en disculpas y llené el momento de lamentos de tono mayor porque noté que la intendenta no podía contener el fastidio. El olor de la loción era notablemente penetrante y, a medida que la mancha aumentaba de tamaño marcaba los listones del piso. En un momento mi batería de disculpas se desvitalizó y el silencio entre nosotros se hizo gélido. La mujer dejó de mostrarse amable y comenzó a rodearme con pasos cortos. Cuando estaba por detrás de mí se detuvo, inspiró de modo vulgar alrededor de mi abrigo, el vaho inmundo de su aliento me embalsamó la nuca; con la voz resumida en un murmullo dijo:

—No me engaña, huele a semen y a excremento.

X

Salí de ese edificio con la certeza de que alguien de mis quilates no podía tolerar volver a hundirse en ese fango, bordeé la acera para no enchastrar mis timbos y cuando llegué al apeadero me di vuelta para mirar a Rufus que, de seguro, estaría asomado a la ventana de la planta alta para ver cómo me marchaba.

Los cristales de la abertura estaban vacíos. Qué ordinario. Muestra cabal de que debía alejarme de allí para siempre.

Enfilé hacia mi calesa y cuando llegué palmeé el lomo de mi devoto equino, qué paradojal y qué triste, si se quiere, que el facultativo encuentre consuelo de la apatía general en la perfecta comprensión de ese animal de carga que aguardaba paciente bajo el sol del mediodía. Para evitar el esplín al que muchas veces nos vemos empujados quienes detentamos el saber, di un saltito de lo más gracioso y me ubiqué en el pescante con tanta hidalguía que el jamelgo comenzó su armónica marcha contagiado de mi garbo.

La marcha recompuso mi ánimo y retomé el camino de regreso lleno de renovado entusiasmo, faltaba un buen tramo en el sextante para que Febo marcara la hora del encuentro con el tatuador mandarín en la humedad del sótano. Tendría sobrado tiempo para una ingesta ligera, pastel de larvas, caldo de rata o chimorrera escaldada, una copa de prínkula fosfenada y hasta podría echarme un rato a reflexionar sobre los acontecimientos por venir si así lo indicara mi gusto. Me sentía bañado por el rayo acuariano y me ilusionaba saber que mi encuentro con Gut sería una rúbrica que me llevaría lejos, realmente más allá de toda esa vanagloria imbécil con la que deambula la mayoría de quienes se me pretenden iguales.

Estaba bien entrado en el boulevard, a unas cuantas verstas todavía de la botica, cuando tuve un irrefrenable deseo de desviarme, ¡qué sorpresa!, me sentía galante y dispuesto a dejarme admirar por las

dependientas en mi desfile de regreso, pero una urgencia se apoderó de mí. Mi buen amigo pareció importunado y hube de jalar la cincha con fuerza para que el tirón de la brida no le dejara dudas de quién iba al mando. Dobló en la calle que bordea el cementerio de Heilanstalt y algo más allá del Sanatorium Bellevue me detuve en una cantina a por un refrigerio, con la ilusión de almorzar entre colegas.

Nada de eso, cuando ingresé al reducto, una habitación de líneas de perfección deslumbrante —en su interior hallábase uno en un cubo absoluto cuyas directrices parecían rasgar el espacio hasta lastimarlo de muerte—, había solo una mesa ocupada por tres mujeres sencillas, de buena traza y mohínes mesurados, que hablaban amablemente sin levantar exageradamente la vista. Eran gentes modestas pero, debo decir, impecablemente presentadas y de aura irreprochable, en fin, un espectáculo lamentable. Frente a la desazón de que mis expectativas de rozarme entre colegas hubiesen sido así de desairadas decidí concentrarme en lo mío y disfrutar mi almuerzo. Estábame fortaleciendo en mis decisiones cuando me interrumpió el mozuelo, un cuerpo delgado y jovencísimo, con un mostacho ridículo y despoblado sobre el bozo, que me ofreció la especialidad del día: tripa en caldillos de requesón y coles.

—Y una gran copa de alguna de esas prínkulas que exhiben sobre el mostrador —retruqué tonante y altanero mientras señalaba el arco iris de botellas al trasluz que dominaba el despacho.

El mozuelo me devolvió un ajá apático, dio media vuelta y se perdió al costado del mostrador, rumbo a la cocina, por cuya puerta en vaivén pude ver, durante uno de los interregnos en que esta parecía desaparecer y ofrecía una vista completa del interior de esa factoría, a un hombre gordo y bien formado, con unos bigotones de brutalidad masculina y hombros, brazos y manos llenos del vello que portan los ejemplares más hormonales, que manipulaba una anguila descontrolada y la sujetaba con fuerza y ambas manos a la altura de sus caderas bajas. El animal era impresionante, desbordaba potencia y mostraba una fiereza embarazante en su lucha por zafar del acogotamiento y escupir vaya a saber qué blancas verdades en la cara de quien la estaba domeñando.

Vigorizado en extremo por esa imagen volví a sentirme en mis

cabales y me dediqué a representar mentalmente diversas versiones de mi próxima entrada a las clases de la Casa de Altos Estudios de Sbórnika mientras aguardaba la comida.

El mozuelo llegó con mi plato humeante y la copa con el fermento, la tripa olía deliciosa y el requesón salía generoso de la punta, caliente y corredizo, se me hacía agua la boca. Me dediqué a saborear con delectación y a beber moderadamente. El mozuelo me miraba desde atrás del mostrador y de la mesa de mujeres humildes llegaba un murmullo que, aunque ordinario, era suave y melodioso. Había logrado imprimir un ritmo perfecto a mi ingesta, tres bocados de comida, un trago de prínkula, todo era ideal aunque la tripa estaba exageradamente correosa —debo admitir que pedí que me la sirvieran casi cruda— y cuando lograba masticar cada bocado, la explosión de ese caldo delicioso me hacía atragantarme y babear un poco. La escena derivaba tranquila y esplendente, una embarcación sobre el Tzäcjara septentrional en cuya extensión una serie de pequeños diques naturales forman piletones en los que crecen esas margaritas peculiares: se multiplican y multiplican su pobreza, crecen orgullosas de su pobreza.

Mientras me di a la comida observé al mozo porque de su presencia allí había algo que resultaba curioso, si bien me miraba, no podía percibir la tensión que siempre suponen los ojos fijos de un extraño. Me miraba, es cierto, sin embargo mi facie parecía porosa, como si mi propia piel no hubiese fungido de límite para la expansión de sus pupilas. Me dediqué a espectarlo, entonces descubrí que a esa cabeza la orbitaba una mosca verde, una vez y otra vez y otra vez.

La mosca lo rondaba zumbando ondas magnéticas que explicarían la misma impavidez del mozo, quién sabe.

Pues, terminé mi plato, bebí mi copa, pedí al mozo que seguía mirándome impávido y asimilado al mobiliario que trajera mi cuenta y cuando estaba sonando las monedas en el bolsillo de mi chaleco me di cuenta de que necesitaba imperiosamente llegar al Hospital de Heilhimann, el sitio donde hacemos nuestras prácticas y donde de seguro desplegaré mi profesión para bien de la Humanidad. Pasar por allí, aunque más no fuera, pasar con la calesa y admirar el edificio, los parques alrededor, la extensión de verde que pulmona la casa de salud

desde las verjas del perímetro hasta las entrañas mismas de la curación.

La voz interna que habitualmente me habla lo hacía ahora sobre esas mujeres solas; qué penoso asistir a la decadencia y la soledad en señoras que arañan la veintena y a quienes la falta de hombres les marchita las mejillas, hiere la blancura de las dentaduras perladas. ¡Pero qué graciosas y estimulantes cuando todavía son bien chiquillas! me dije en voz alta para aligerar las sombras implacables del pensamiento recto.

La calle Einfühlung se adentraba en un barrial desolado que mostraba a cada palmo mayor elocuencia, las nefastas consecuencias del extrarradio se hacían notar palmarias. No hay nada para ver en lo que se aleja del centro, pensaba cuando un escalofrío me recorrió la espina con la potencia de una revelación: de seguro por debajo, por los costados, la cuadrícula citadina se transforma en una trama de innumerables madrigueras, otra vez la confirmación: allí donde no llega lo humano se alza el territorio de la bestia.

Resulta lógico que las más importantes casas de salud sean erigidas más allá de los bordes y estén rodeadas del oxigenante verde. El dulce traquetear del camino impactaba de lleno al interior mullido entre mis isquiones —un adentro afuera frenético y delicioso— y esa sensación tan energizante fue motivo sobrado para levantar la vista y darme a cavilaciones a las que el hombre de a pie no se asoma siquiera.

¿De qué color es el azul?

Palpé mi bolsillo para dar cuenta del cianómetro pero no quería distraerme; a medida que avanzaba la calesa transportaba mis ojos por la bóveda que era de nuevo celeste y volví a descubrirla como una paleta infinita, ¿de qué color es ese temporal cambiante que aparece imperceptible y acaso sea lo único que existe?

Había iniciado la marcha de esta jornada apenas después de que el sol desgarrara la cúpula nocturna y a medida que se sucedían mis pasos el espacio fue encendiéndose para entrar al mundo de las cosas.

¿De qué color es el lento frenesí que se deslee en lo alto y mis pupilas afanosas intentan capturar y, sobre todo, sobre todo, fundamentalmente y sobre todo: por qué la tierra es irremisiblemente negra? ¿Eh? ¿Por qué?

Al borde del abismo existencial comenzaba a divisar las primeras construcciones perimetrales que dan inicio a las verstas donde se emplaza el nosocomio; un intangible aroma alcanforado me recibía en el seno seguro de la medicina.

Si alguien de verdad gobernara esta ciudad, este verdadero jardín de la república, destinaría uno de esos trenes de carga para montar a todos los perdidos que deambulan y los llevaría. ¿Por qué deberíamos nosotros soportar estas vistas tristes? ¡Y con nuestros impuestos!

Para sacudirme el esplín de la imagen saqué mi cajita de estaño, la abrí mientras la marcha misma y jalé un generoso cordial que hubo de reubicarme en la sensibilidad de los que son como yo.

Así dispuesto, eché un chelín sobre mi hombro —lamenté no llevar un espejo para auscultar el momento en que el bulto se afanaba en recogerlo— y seguí mi camino con la certeza de que estaba en la senda correcta.

El paisaje volvía a instilarse de índigo y conforme los edificios al frente se agigantaban, la calleja comenzó a mostrar signos de civilización, la sequedad de la tierra y los manchones de nieve sucia dejaron paso a la traza de un elegante boulevard con árboles altísimos de copas señoriales y un cantero central de proporciones repetía los lirios azules por millares.

Pletórico de ínfulas llegué a la verja principal donde comienzan los apeaderos exteriores, los más lejanos, decidí parar allí y aprovechar para vagar por el verde hasta llegar al edificio. Bajé del coche y dejé a mi buen amigo al descanso sobre un manchón de avena silvestre que sería su merecido regalo.

Una vez tras la puerta enrejada me eché a andar sobre el camino de grava, lenta, parsimoniosamente, una marcha nupcial en la que percibía al firmamento como una totalidad que me abrazaba. No hay peligro en caminar por la nación de la salud, conozco esa senda de memoria y puedo dejar a la cautela de mis pies el norte de la marcha.

Me deslizaba hacia el edificio de mis prácticas y comencé a divisar el borde humano, las molduras que inician ese otro cielo, el raso, el cielo de la construcción, el cielo del triunfo de la voluntad. Las bovedillas del techo de la galería que anteceden al salón laboratorio, los mosaicos de estilo bizantino en los vivos alrededor de las aberturas,

el imponente dosel labrado de cada puerta, los cristales transparentes de las salas de estudio de las plantas intermedias, los ventanales añiles en el extremo superior de los pabellones de internación, las graciosas chimeneas sobre las dependencias y la gran construcción tubular por encima del edificio crematorio junto a la descomunal sala de residuos patológicos. Todo circundado por un perímetro doble de alcanforeros, una cuadrícula vegetal que separa a las construcciones de la casa de salud del bosque de abedules espinados sobre el que se recortan los fondos del nosocomio.

Sentíame a la vez portentoso y vulnerable, presa de una emoción moral que por un lado moldeaba mis muslos como las ancas indestructibles del centauro y por el otro me sumía en la emocionalidad abismal.

Avanzaba y una ráfaga de aire florado logró conmoverme aún más, pero a un cierto punto, no sé debido a qué, mis rodillas parecieron titubear. No tuve tiempo de comprender la razón de tal desperfecto porque una sensación de pavor comenzó a figurarse ante mí. Tampoco tuve tiempo de responder la pregunta sobre el origen de ese suceso porque en fracciones de segundos todo se resumió en un estruendo vibracional omnímodo, el mundo entero pareció ensombrecerse. En plena conmoción levanté la facie hacia los techos y pude ver el bólido que salía del edificio principal y surcaba el firmamento en una parábola final hacia el más allá de los alcanforeros, directo hacia el sotobosque, directo a la formación de abedules espinados. Veloz y tonante, la saeta humana salía de escena en un vuelo que presagiaba el fin.

El mismo tiempo que pareció inestimable ahora ostentaba una plasticidad que lo hacía emular lo eterno, el proyectil surcaba el cielo en una experiencia de bella horripilancia y de extasiada fascinación. Un espectáculo magno al que, aun cuando quisiera, no puede uno acostumbrarse, una visión que lo llena a uno de espanto, de gozo.

—Otra vez —musitaron mis labios mientras seguía con la mirada a ese cirujano que dejaba el hospital en un vuelo tan triunfal como imprevisto y desgraciado.

El éter… Otra vez estalló el quirófano. Es la tercera en los meses que van desde el comienzo de verano, al fin de la temporada de luces tras

el Utrishko.

No sé cuánto tiempo pasé echado sobre la gramilla, ni sé siquiera si el vahído que me poseyó fue ciertamente un desmayo, pero la inconsciencia en todo caso tuvo razón en un profundísimo descreimiento, una esencial apatía y un nihilismo constitutivo. Todo entusiasmo, toda voluntad, toda confianza en lo imperioso y menester de aunar esfuerzos en pos de la ciencia volaron de mi junto a ese cuerpo sacrificial que nos dejaba para siempre. Era tarde para el encuentro acordado con Blavatsky en el sótano de su casa; me levanté presto y enfilé hacia la calesa. Encontré al animal demasiado relajado, con la lengua fuera de las fauces y del manchón de avena no quedaban rastros, me acerqué a su testa cuidando de no dejarme infundir con la expiración inmunda de sus ollares y le dije:

—Quieres agua, pues deberás ganártela. ¡Despliega tus alas míticas, Pegaso!

Trepé al pescante e inicié una frenética danza de chicotazos para volar de allí y llegar pronto a destino.

La luz de la tarde era cristalina pero también melancólica y esa cualidad lumínica es, por cierto, indescifrable: una temporada otoñal en cualquier estación, a esa hora el sol se entrevera con las formaciones nimbadas en la cima del Utrishko y desde allí emite unos rayos catódicos que alteran la velocidad de las cosas en movimiento de manera inexplicable. Una calesa en dirección contraria puede desacelerar y pasar delante de nosotros sin detener nunca el movimiento, pero mostrando un detalle de sí con una particularización exasperante y hacer de ese punto, ese evento mínimo, una eternidad tan detallista que sobrepasa la misma duración de todo el tramo. O mostrar la secuencia de manera dislocada: ahora está entrando en el Von Wernick al paso de un trote amable y al segundo siguiente salir del puente por el extremo opuesto sin ninguna alteración de velocidad aparente, hecho que hace a quien especta el suceso proferir: —Diantres, ¿en qué pliegue del gusano del tiempo quedó impreso el relato del recorrido intrínseco?

El prodigio es que a esta hora uno nunca sabe qué hora es y siempre

olvida recordar a qué hora tiene lugar el suceso que regularmente acontece a esta hora para, cuando se repita la hora en el día de mañana, por caso, o en el día del mañana de mañana, también por caso, recordar que es esa hora que uno no olvidó, esa hora que uno se empeñó en recordar, la hora de esa hora.

En estas cavilaciones me encontraba cuando como un meteoro imprevisto una punzada cruzó violentamente la extensión de mi bajo vientre, sin mediar reflexión mi mano gobernanta se hizo de mi apéndice que manifestaba un picor incómodo y, mientras me solazaba con el alivio mecánico que la sabiduría natural de mis dedos impartía, la imagen de Rufus se impuso insolente en las representaciones que se me figuraban. Completamente esclavizado por una especie de fiebre perversa que me sometía a la cara de mi antiguo amigo, que ahora me repugnaba, conforme se instalaba, íbase transformando con la lentitud y la sensualidad de una serpiente. En esa alucinación producto del prurito inguinal reconocí la imagen que me subyugó a uno de mis momentos menos varoniles: la cara de Rufus tornó la de la bella muchacha velada que pasaba en el tren de mi pesadilla en el lúgubre cuarto en casa de Blavatsky. ¿Qué invertido hálito malsano se atrevía a poseerme?

La misma velocidad del trayecto hacía que el viento frío astillara mis mejillas y que esa glaciación personal me auxiliara para no caer en esas calenturas que lo hacen a uno pretender desnudarse. El lomo de mi buen corcel también me prodigó su desinteresado consuelo, llegué a destino completamente en mis cabales a fuerza de rebenques, chicotazos y latigazos de una violencia descomunal que me reinauguraban hombre frente a la bestia.

La contundencia de un viaje tan apretado, en esa velocidad animal que se metió intrépida al interior de mis isquiones, renovó mi espíritu y devolvió la felicidad y la lozanía a la piel de mi rostro. Sentía que llegaba con un estupendo masaje al interior de mis vísceras, que los órganos de mi abdomen, el mismo diafragma, los mismos pulmones, el corazón y la tráquea misma y la garganta eran bañados por un fluido enervante y se ubicaban cada uno en su lugar, redomadamente amancebados.

Bajé del pescante con una elegancia que me hizo sonreír y mientras

Ávida me invitaba a pasar me pareció ver de soslayo que el equino sufría un leve surmenage y caía muerto sobre el empedrado.

La asistenta cerró la puerta con sus modos asordinados, esperé para dejarla pasar y noté que evitaba mirarme, la tomé del brazo y se deshizo de mí con premura, vi que se llevaba la mano al mentón y de sus labios se escapaba un quejido lastimoso. Volví a tomarla en mis brazos pero esta vez con una firmeza que no iba a poder rechazar con su histeria femenil; cuando la tuve frente a mí la miré con tal intención que no tuvo más remedio que levantar la testa y mirarme. Sus párpados inferiores ondulaban, una lágrima comenzaba a desbaratar ese dique natural, el carmín de sus mejillas viraba pálido y yo comencé a soliviantarme.

—Blavatsky está demudado —dijo mientras comenzaba la corredera de lágrimas.

La tomé con más fuerza y no me importó que la parte baja de mi vientre la rozara e incluso la frotara dándole a entender que a mí nadie me deja en las ascuas de una media palabra o una media frase.

Un sollozo rompió la mesura silenciosa de su llanto, Ávida agregó:

—Explotó el quirófano, otra vez…

Solté de improviso a la mujer y la dejé caer en su pantomima, entré a la sala con grandes pasos, en el extremo posterior divisé a Blavatsky y me dirigí hacia él, que parecía aguardarme sentado en un canapé doble junto a alguien que no reconocía.

—¿Pour quoi, pour quoi? —comencé a soltar mientras me acercaba al viejo; no sé bien por qué lalangue se me figura ideal para las lamentaciones mortuorias, como si ese idioma me hiciera sonar no solamente elegante y ubicuo, no solamente soberbio y soberano, sino también que la fluidez con la que suelo soltar esos vocablos pudiera dejarme en la antesala de una certeza en quienes me escuchan: esa dicción perfecta no puede más que deberse a que es nacido en tierras galas.

Llegué a la penumbra del fondo de la sala, iluminada solo por una lámpara de aceite y, cierto, Blavatsky lucía demudado, como si una apoplejía parcial le impidiera manifestarse como corresponde a un hombre.

A su lado sonreía un cuerpo gordo y vestido con prendas

estrafalarias, caí en la cuenta, debía ser el mandarín. Blavatsky se levantó y pude estrecharlo, en el abrazo percibí un inocultable olor a vejez y abatimiento, para no desairarlo con un gesto de repugnancia hice un guiño a Ávida, que se encolumnaba detrás de nosotros, y dejé al hombre en su salsa.

Mi cercanía funcionó como un bálsamo porque el médico se compuso y señalándome al gordo a su lado dijo: —Piu Ling Tzú, el tatuador mandarín, está aquí aguardando desde el mediodía, hora en que habíamos quedado en que nos reuniríamos para marcar al enfermo. Supongo que su usual demora se debe a los acontecimientos funestos de que somos víctimas en la comunidad científica de Sbórnika. Razón por demás desesperante que otorga un cariz comprensible a su falta, espero que se deba al hermoso bólido y no a su inconsistencia.

De mis narinas apareció un resoplido que bastó para arrinconar moralmente al viejo a su guarida de decrepitud e ineficacia. Para evitar responderle con palabras agrias miré al gordo, un cuerpo que rebosaba un brillo aceitoso, sonreía imperturbable y manaba el olor rancio de sudor de ajos y esas raíces de inmundicia con que se alimentan los asiáticos.

—No pretenderá que lo toque —dije a Blavatsky por lo bajo y Ávida soltó una risotada de características histéricas. Los dos miramos a la mujer reprochándola y ella enmudeció al instante.

—Tengo todo organizado —dijo el viejo—, vendrán a buscarnos para asistir a la ceremonia velatoria en la sala magna del hospitalete y dejaremos que el mandarín vuelva a su vivienda en las afueras. Quedará para mañana lo planificado para hoy. Este retraso —ahí el viejo comenzó a engolar la voz innecesariamente— no debe mortificarnos, será un tramo que le ganaremos a la luz en cuanto despidamos a nuestro colega con los honores que corresponden a un valiente.

Volví a mirar al mandarín, era un gordo inmóvil y sonriente, una especie de personificación de ese dios idiota y ordinario del que son devotos los amarillos. Quise referirle unas palabras, me adelanté hacia él y volví a quedarme tieso porque de la voluntad evidente de mi movimiento no surgió ni el más mínimo efecto: esa bola de grasa

seguía con la sonrisa de muerto y no se dignó a mirarme.

Abrió levemente un hueco entre sus labios para decir unas palabras extrañas pero perfectamente recortadas que podría reproducir como:

—Zu San Li, divina indiferencia, terrestre y creativa.

Dejé esa escena ridícula excusándome de que debía subir a mi cuarto a echarme dos soplidos de aguas tónicas para refrescarme y estar listo para la larga noche que nos esperaba.

En la habitación me enfrenté a la cama prolijamente estirada y mis rodillas comenzaron a flaquear; quedé hincado con la cara sobre el edredón y los ojos en tormenta. Me dejé estar unos minutos así para desagotar el llanto con que el hombre de ciencia, muy de tanto en tanto, da cuenta de un corazón atribulado frente a la ignominia de la adversidad que circunda la nobleza de una tarea inconmensurable.

En esa especie de vahído se me representó el mandarín y hube de reconocer que su sola presencia me inspiraba miedo, un sentimiento que, dada mi habitual temeridad, desconocía. Eso agravó un poco el trance y las lágrimas ahora estaban acompañadas de una a desmayada que salía de mis fauces sin que pudiera evitarlo. No quería ser presa de una enfermiza ansiedad pero la situación era por demás peligrosa, no sabía si en la eventualidad de que me escucharan gimotear podría reponerme del escarnio. Comencé entonces a gatear alrededor de la cama para consolarme y pasó algo curioso, un rayo cruzó mi entrepierna de derecha a izquierda y me puso como un felino doméstico en alerta: duro. Al instante se me figuró la imagen de la muchacha del sueño, esa que viajaba en tren velada por una gasa que bajaba en cascada desde su sombrero, esa que parecía sonreírme en un gesto que podía ser tanto de ternura como de burla y cinismo. La misma imagen parecía invaginarme y succionarme entero, hacia ella iba sin que pudiera resistirme, cuando llegué a enfrentar la cara de la mozuela ella se percató de mi presencia y dirigió su testa orlada hacia mí. Ahí mismo cesó todo, pero en ese desbarrancamiento en el que me encontraba apareció ¡otra vez! la imagen de mi amigo Rufus, amigo a quien había decidido no volver a ver. Su cara refulgía en mi memoria, me quedé tieso y en cuatro patas. Un rayo atravesó mi bajo vientre —¡otra vez!— y se metió por detrás, por donde se ubicaría mi rabo si fuese una cabra, no sé cuántos minutos permanecí esclavo de ese

éxtasis.

XI

Estábamos en silencio en el vestíbulo, ambos de levita negra. Ávida, solícita, se esmeraba en servirnos, aunque no había nada de lo que ella hubiera podido hacer que tuviera lugar en un momento de tal envergadura. Aguardábamos la calesa fúnebre que recogería a los médicos de Sbórnika para llevarnos a la ceremonia previa al sepulcro. Surgía un dato incontrastable que circulaba entre nosotros, esos tres cuerpos databan un futuro innegable: Blavatsky era un viejo, Ávida una mujer; de esa tríada de organismos uno, por la lógica triunfal del evolucionismo, perviviría a los otros. No permití siquiera que la más mínima nube moral echara su sombra sobre mi espíritu y estreché el antebrazo del galeno con la mano izquierda al tiempo que agarré a la mujer de la nuca con la mano derecha. Quedó así otra vez conformada una tríada de voluntades capaces de desoír el sino propio en pos de quien era, a todas luces, el más apto. La mujercita sollozaba en silencio, una invisible centella atravesó mi espina y exprimió las glándulas sudoríparas de quienes me acompañaban, la traza de Blavatsky se mostraba deslucida por una oleada y ese cuerpo decrépito exhaló un humor pruriginoso que casi me hizo estornudar.

La calesa fúnebre llegó precedida por el sonar inconfundible de los cascos de dos mohínos relucientes de crines recortadas según los usos de la moda mortuoria, saludamos a la mujer, agravé mi gesto al hacerlo, y salimos a un atardecer de plomo.

En el interior del vehículo ya se ubicaban Garma, con esa boca ridícula como de soplar pertinazmente una tuba, el Dr. Levys, un profesional que detentaba siempre una mirada como de estar perdido en selvas meridionales y mostraba un andar como de arrepentirse con cada paso, y un hombre de aspecto vulgar y discordante, que acompañaba a Garma, sentado entre ambos.

Blavatsky no pudo evitar soltar un quejido al momento de ubicarse,

aproveché para carraspear fuertemente con la intención de obliterar esa involuntaria confesión de senectud y, por añadidura, mostrar al desconocido la potencia de mi semblante.

Cuando llegamos al hospitalete el coche nos dejó después de los apeaderos especiales, en la misma entrada al pabellón principal donde estaba la sala que oficiaría de claustro de despedida. Allí mismo, bajo la imponente balaustrada del arco mayor bajamos y de a uno en fila entramos el edificio en medio del murmullo asordinado. La boiserie del ambiente avainillaba el aire ahumado por los habanos y los presentes, la flor y nata varonil de las ciencias sbornikanas, deambulaban hasta ubicarse respetuosos en torno al ataúd. Conforme nos acercábamos a la capilla ardiente comprobé que, escoltado por sendos candelabros de puer uris rematados con crespones de carbono, el cofre estaba sellado.

Las rodillas me temblaron y me desbaraté por un instante sobre las solapas de Blavatsky que enmudecía ante la vista: —¿Es que acaso Gardes era un judío para que su cofre se cierre cruel sobre su rostro? —grité sin poder contenerme. Un revuelo inaudito se manifestó a mi alrededor, aunque lo único que se escuchaba eran los frotamientos de las telas de las levitas que afanosamente se acercaban para tranquilizarme.

Pronto la ceremonia se trasladó a la sala anterior donde, después de tres cordiales generosamente ofrecidos por la plana mayor de la institución, un hemiciclo de doctores me enfrentó para anoticiarme de lo acontecido. El extraño personaje que acompañaba a Garma parecía hablar brevemente con unos y con otros y, de pie, su estampa era de lo más ordinaria, un levitón gruesamente arrugado y una galera de incomprensible color pardo le daban un aspecto que ofendía y obligaba a bajar la vista. Al ras del piso encontrábase uno con un par de botuelas de pezuña que ubicaban al atuendo en una escala demodé alarmante.

Hube de concentrarme en la voz pausada de uno de los galenos que me hablaba sereno como un padre y llamaba mi atención con intención penetrante. Al comienzo del discurso sus palabras me

resultaron desleídas y solo me sentía atrapado por la red de sus ojos azules que viraban al dorado y al verde, como un cardumen capaz de ahogarse en lo profundo y revivir en lo claro mientras el relato avanzaba. Cuando pude concentrarme lo escuché decir:

—Para cuando horas antes habíamos ido a buscar el cuerpo caído en el bosque de abedules no tuvimos más remedio que recurrir a los servicios quirúrgicos de los practicantes. A la altura de las copas, las ramas plateadas son agujas vegetales de un entramado que lo atraviesa todo y de una solidez más perfecta que el fósil. Cuando luego de escalar los troncos sedosos, de esquivar las puntas afiladas, llegados a la cuna mortuoria en la que yacía el médico, los practicantes trataron infructuosamente de tirar de una de sus manos —ya blanca como un fantasma— para traer el cuerpo hacia nosotros. Todo lo que consiguieron fue desgarrar el hombro izquierdo del cuerpo; es notable lo que la máquina humana logra incluso instantes después del deceso: un hematoma malva y tímido al principio, aunque pronto violáceo para terminar en una tormenta interior de impudicia negra, colonizó la piel de ese brazo y acabó por inyectar de cianótico escarlata las cuencas descontroladas de los ojos frenéticamente abiertos del difunto.

Fue entonces el momento de una decisión temeraria y fuimos nosotros, los mismos cirujanos, quienes nos despojamos de los vestuarios y trepamos los abedules fríos para despostar el cuerpo.

La imagen se me impuso como una de esas coprografías halladas en los claustros hundidos en el mar de Boring de las ermitas nórdicas: la foresta invernal de troncos plata en una cuadrilla perfecta, en suave huida a una espesura infinita y angustiante, la opacidad de la luz que refracta un brillo extraño en las partículas de humedad del aire denso al interior de esa selva oscura, los cuerpos pálidos de esos viejos calvos haciéndose a la altura con sus hernias y sus pieles en colgajo y sus testículos translúcidos llevando la luz de un atardecer atrapada en esas gónadas mortecinas pendiendo en vaivén. Las manos en garra sobre la corteza finísima de los abedules portando bisturíes de gris acerado y en lo alto, el eclipse penumbral anunciado por los romaníes. El astro rey abdicante del invierno, una insignia de armisticio congelado, hasta llegar al cuerpo enhebrado en las agujas botánicas que tejieron la estola final de esa muerte gélida.

Llevado por la excitación dejé al viejo hablando solo y me acerqué a Blavatsky con la mente fija en la imagen de esos husos vegetales con postas de carne macilenta y coágulos negros. Mi mentor guardaba el semblante apesadumbrado y cuando hube de tenerlo muy cerca lo tomé del brazo y comenzamos a andar hacia los jardines.

—No podría asegurar que en su finísimo ataúd de sigillaria no se hayan colado, junto a las rodajas de lo que quedó del galeno y debido a la impericia de nuestros colegas y sus estudiantes, esos pequeños bermellones que ahuecan los troncos del bosque, se reproducen frenéticos y elevan la temperatura del cadáver hasta deshuesarlo de tanto patalear con reflejos de espasmos incontrolables.

Blavatsky me miró alelado y abrió la boca para prorrumpir, pero a cada intento quedaba atascado en vaya a saber qué pérdida mecánica o cognoscente de sus facultades que lo hacía aparecer como una oca moribunda. A la postre se compuso y soltó una de sus sandeces universalistas y anodinas, aunque cargada de una verdad trascendente.

—Injusto final para un adalid: que su cuerpo sea guarida para alimañas y cumpla el destino común de los organismos que deambulan por la vida sin ningún propósito —concluyó Blavatsky.

El personal de aseo y servicio del hospitalete, un hato de siervas insignificantes pero impecablemente vestidas, insistió en arriarnos hacia el vestíbulo para impartir las indicaciones con las que el sitio nos ofrecía hospedaje hasta la mañana siguiente en la que se llevaría a cabo el enterramiento. Decidimos la pertinencia de nocturnar sin vela en las instalaciones preparadas a tal fin y recibimos, a guisa de refrigerio, junto con las toallas de lino, la pastilla de savonette y la botellita de loción bucal, un tarjetón para el restaurante donde servirían panecillos embebidos en cuajo y un regio tazón de grasa. Cuando entrábamos al salón comedor volví a cruzarme con el estrafalario y no pude contenerme: —¡¿Qué es eso que va a sentarse a nuestra mesa?! —inquirí a los galenos que me acompañaban. El menos reprochable me respondió por lo bajo: —Un italiano, especialista en ablación de glándulas y toilette de muñones gangrenados. Así como lo ve, se comenta que es un experto seccionador de caderas y una

eminencia en espina bífida. Su nombre es Angelo Paolo.

—¡Qué grasa! —gritó uno de los presentes atraído por las mozas de servicio que llegaban desde las entrañas de la cocina con los cuencos humeantes con el caldo de gordura prometido. La modesta muchedumbre de galenos corrió a sentarse a la mesa.

Durante el breve servicio fúnebre, y particularmente en el entierro, no pude evitar especular acerca de cómo podría haberse precipitado la tragedia. La chispa por el roce de un escalpelo con una tijera de sujeción malamente depositada en la bacinilla metálica, un error común entre las enfermeras, seguramente fue la génesis del primer fulgor. Una chispa inflamando el ambiente del quirófano saturado del éter para domeñar a la bestia enferma y permitir a los colonos de la ciencia su tarea.

¿Habrá sido una inmensa y translúcida flama añil sobre las caras incrédulas?

¿Habrán alcanzado a mirarse una última vez los integrantes del equipo, las facies azuritas en un medio gesto, justo antes del envión hacia un vuelo mortal y expulsivo?

¿Habrán podido asomarse a lo que se avecinaba?

¿La habrán visto… ínfima centella creciente, mientras la enferma tumorosa pasaba del sueño anestésico al sueño eterno?

¿Habrán divisado las escamas garzas de un Orfeo que los bienvenía con mueca triunfal y esa sorna con la que a veces el destino parece burlarse de los científicos?

Una palada de tierra en los zapatos me devolvió al parsimonioso descenso del ataúd en la entraña del planeta; Blavatsky me chistó, obstinado en sacarme de mis cavilaciones que se atrevía a considerar inútiles.

Habíamos logrado el permiso del consistorio municipal para que los restos de los profesionales muertos en cumplimiento del deber tuvieran descanso dentro del perímetro del hospitalete, algo que lograba diferenciarnos del resto. Un camposanto fulgente para los adelantados, una tierra privada que acogería a sus hijos más celestes y celestiales, a su linaje más sacrificial y más noble. Una verdadera

parcela infundida de verdad cósmica. ¡Qué paradoja insoportable, la inmaterialidad del firmamento pudriéndose bajo la inmunda tierra!

Los organismos de los médicos descansaban seis pies bajo una lomada verde, una colina sembrada de gramilla traslúcida que parecía comprender naturalmente su ubicación y crecía sin desmadrarse, sin exagerar brotes ni echar flores petulantes sobre ese estrato sepulcral.

Por no disponer de un lugar específico para las féminas, seis de esos cuerpos caídos en la malograda cirugía, a las enfermeras interfectas las despeñamos tras la alberca de piedra en la que antiguamente se desangraba a los enfermos en desahucio. Era un sitio sombrío y en lo alto, nuestro pequeño acantilado sobre el Tzäjara, un sitio tapizado de colonias fúngicas de azul pálido que los jábíbalos salvajes, que aprovechaban los descartes humanos para copular sin medida, salivaban hasta saciarse.

¿Será un resplandor enceguecedor la muerte médica; una iluminación final y superior?

Los terrones se deshacían en la capellada de mis botas y amenazaban con hundirme si no sacudía mis pies y daba mis manos a la paleada común que cubriría el féretro.

Al rato del saludo final, en medio de las salvas portentosas, los profesionales compartíamos un cható de prínkula morada en la sala reservada a los médicos. Un estuporoso silencio atravesaba el ambiente y hacía orbitar nuestros cuerpos como alrededor de una estrella magnética y fascinante: no había nada que decir pero tampoco había lamento. Podíase entrever en los gestos una perspicaz manera del orgullo, una raigambre de confirmación de clase: muérense así los que son contados.

A medida que pasaban los minutos íbanse yendo los varones reunidos, acabé de un sorbo mi copa y descubrí a Blavatsky al otro lado del salón, su mirada insistente sobre mí, haciendo girar obtusamente el licor en su copa. El pobre parecía mansamente desesperado: el italiano no dejaba de hablarle en una disposición corporal absolutamente impropia, como echado equívocamente sobre el viejo, que parecía resignado a escucharlo pero librando una batalla

espantosamente cruel contra el muermo. El anciano perdía como en la guerra, era evidente que necesitaba mi ayuda, e intentaba llamar mi atención con la mirada reconcentrada para participarme así de su desasosiego, su gesto mostraba el esfuerzo de quien intenta que sus pensamientos se articulen más allá, con la voz mental del espíritu. Otra vez, claro, Blavatsky fracasaba.

A pesar de mi fabulosa voluntad de escucha nada llegaba a mí más que la interferencia de una mente demasiado anhelante y de recursos evidentemente precarios. Decidí ir en su auxilio ante la vista de todos y, modulando yo mismo los gestos ordinarios de la italianidad grosera, lo saqué de allí dando brazadas al grito de vini, vidi, vinci.

Atravesamos la sala de cristales con hatos de caléndulas en desmayo y salimos al hall. Nos sentamos al costado de las escalinatas y, por unas voces que ascendían desde las bodegas, nos enteramos de que, en efecto, el paciente huido había logrado burlar la custodia después de la explosión. Por escuchar el rumor que parecía secreto bajamos a fisgonear por la ventana del subsuelo de la que salían las voces: un grupo de enfermeras reunidas en su oficina tramaba una explicación a las autoridades mientras bebían del pico de una ordinaria botella de prínkula parda que se pasaban unas a otras.

Abochornados pero satisfechos, Blavatsky y yo nos alejamos en silencio y nos enfrentamos a la foresta perimetral, desde allí podíamos distinguir, sobre el fondo, la primera circunvalación de alcanfores, árboles de copa extensa que parecían titilar un brillo extraño conforme las bocanadas de brisa helada bajaban del Utrishko hacia el final del paisaje. De allende las primeras líneas, del sotobosque mortuorio de abedules espinados no lográbase divisar ya nada.

Lo silvestre fue cediendo obediente por el avance de una oscuridad radiante sobre el musgo, una media sombra llegaba rítmica inyectando aún más tono a los azules, la naturaleza revelaba su génesis real, su plasma lóbrego. El aire se llenó de partículas brunas venidas de un enjambre espacial que zumbaba por encima de nosotros. Alcé la facie y pude ver la danza macabra en el momento exacto, la culminación del eclipse que ocluyó la luz y nos dejó a merced de una noche en pleno mediodía. Lejos de la amenaza cíngara, ese chismorreo atávico sin visos de seriedad ni de decencia, los vaivenes del clima resultaban

inquietantes y cambiaban la cualidad de lo que concebíamos como intemperie. La cúpula del cielo parecía habernos abandonado completamente y dejarnos a merced del espanto asfixiante del cosmos, el espacio sideral como tumba de lo humano, la asfixia lenta y angustiante de todo ideal apolíneo, de todo resguardo de las ciencias duras.

Volví la vista a la superficie y miré en derredor, resultaba oprobioso ver a los cuerpos bajo el dominio de la devoración que ocurría en el cielo: Blavatsky y más allá las enfermeras seguían moviéndose cerca de mí pero me parecían cuerpos echados a una kinesis sin espíritu, máquinas que desempeñaban una labor intrascendente. El evento continuó durante algunos minutos, elegí atreverme y desafiar con mi intención insobornable al espacio donde las órbitas se cumplían rigurosas. Los pájaros habían enmudecido de golpe y parecían bandadas de ánimas retraídas en sus nidos; la llegada de las tinieblas hubo de anestesiarlos como a las bestias que solo obedecen al mandato de lo orgánico: si hay claridad se manifiestan, si se apaga se pudren.

Percibí el silencio galáctico, supe de seguro que ese era el fluido entre los cuerpos opacos en la bóveda celeste. Tuve noción del pánico como uno de los caminos que se abrían ante mí, esa mudez espacial era en realidad un rugido ensordecedor, la voz de una fiera que habitaba el confín de los confines, el hielo ulterior adonde llegaremos todos.

Espectar el firmamento puede resultar pavoroso, los sonidos se disuelven y lo que queda es la composición de un litófono perdido en un planetoide que suena por el viento solar y hace que las personas, salvos algunos, claro, actúen como autómatas al compás de un ritmo inaudible, de sepulcro. En la oquedad de mi mente resonó un verso que inventé ahí mismo, o tal vez llegó como recuerdo desde una latitud lejana y futura*: La vida es una cueva / la muerte es el espacio / y que ha de deshacerme / con calma lenta y suma / como en la playa de oro se deshace la espuma*.

Solo pude recobrar la certidumbre de mis pasos cuando me sentí ante un umbral y pude sacudirme el espíritu de la mácula perversa del lirismo. Me autopercibí como un testigo atravesado por el tiempo en su concepción doble, la línea histórica, que va desde acá hasta allá —

la cronología que ordena el caos—, y la particularidad meteorológica que define los estados vitales y les otorga cualidades determinadas, momentáneas, que otorga oportunidades transversales. No siempre se está ante la gran cópula, no siempre se está en posición de recibir el semen universal que fluye entre los cuerpos opacos y se derrama sobre los que podemos atisbar el quantum que nos toca. No siempre se está ante el umbral de Kronos y Kairos que ofrece el eclipse —¡oh, entrañable mugre romaní!— me permitió entrever, colarme más allá de lo aparente.

De pronto, una brisa ínfima insufló mis narinas, una María Auxiliadora de aire me devolvió a la vida y logré recuperarme completamente, volver al bosque que pisaba, a las amapolas como coronas fértiles, a los rododendros encapsulados, al minué ridículo de las enfermeras en su faena modestísima.

Cuando enfoqué mi atención en Blavatsky noté que parecía dispuesto a interrumpirme, me adelanté sin pensarlo y pregunté, arrastrado por la marea de una inconsciencia fabulosa: ¿En qué siglo estamos, doctor? ¡En qué siglo estamos!

XII

Llegamos al domicilio cuando el céfiro se avenía sobre nosotros cargado de las partículas del Tzäjara, el consabido olor nauseabundo que a la hora del ocaso es una advertencia que urge resguardarse dentro de las habitaciones y echar mano de cuanta llave material e inmaterial se disponga.

Ávida nos esperaba detrás de la puerta, como de costumbre, qué tonta; la encontramos adormilada sobre un banquito con la boca malamente abierta y la mandíbula descontrolada sobre el canesú de su vestido gris. ¡Bú! grité en su oído para espabilarla y tanto Blavatsky como yo recuperamos el aliento y el anhelo de una buena mesa que confortara nuestro día de penurias.

La sirvienta dejó caer el manojo de llaves y eso la sobresaltó de tal modo que el doctor y yo soltamos una risotada sonora y ciertamente curativa, por asistirla a incorporarse yo por el frente y él por la retaguardia la hicimos hacia nosotros. Tanto mi cara como la cara del profesor quedaron tan cerca que un impulso nos obligó a sellar nuestra amistad encabalgando profundamente los labios.

La mujer soltó un quejido y cuando separamos los cuerpos dio una bocanada de aire de tal exageración que parecía que hubiéramosla estado ahogando en el río. Qué chiquilla desmedida y loca.

Ávida nos invitó a asearnos y sentarnos a la mesa para disfrutar del merecido alimento; una vez en el cuarto de baño lavé meticulosamente mis manos y froté con sales de amonio mis dientes, mi lengua, mi paladar, mis carrillos, mis amígdalas, el piso todo de mi boca. Todo lo mío. Cepillé con tal fruición que mis encías comenzaron a sangrar profusamente. Resultó casi imposible sacarme de encima ese regusto a viejo que me había dejado Blavatsky, pero qué nobleza la mía. A veces pareciera que me obstino en olvidar la mera verdad: Blavatsky es un viejo, no es otra cosa más que un viejo.

Permanecí un rato mirándome en la placa de nitrato para demorar mi llegada al comedor y dar tiempo a la perfecta coagulación de los cardenales en mis encías. Como estaba allí dediqué unos instantes a auditar mis uñas: qué impecables, qué tecnología deslumbrante de extraña materialidad pero de perfección impepinable. Como si esa extensión insensible de mi cuerpo, translúcida pero a la vez resistente como el más calcáreo de los tegumentos, fuese una extensión de la maravilla anatómica con la que fui diseñado. Levanté la vista y me miré directa, profundamente en el reflejo: —Qué uñas, señor, qué estilo, qué uñas —dije antes de salir del toilette para dar con la sala donde nos esperaba el piscolabis.

Enfrentarme a la mesa prolijamente puesta en un ambiente acogedor y seguro me devolvió la calidez y la percepción de una Ávida de ensueño, servicial y pulcra, a total disposición. Mi ánimo se relajó y pude sentarme en paz en mi lugar mientras Blavatsky ubicaba su sitio en la cabecera e indicaba a la mujer servirnos. Aproveché para llenar las copas con agua de roca y deleitarme con el diminuto arco iris que el bisel del cristal y los fuegos de la chimenea estampaban en las paredes del cuarto. Di un enorme trago de esas aguas y dejé que mi interior recibiera ese prisma secretamente advertido, todos lo átomos de mi constitución parecieron encolumnarse en una nueva organización, una estructura de aritmética admirable que de seguro me distinguiría en lo sucesivo.

Ávida sirvió al galeno y luego se acercó a mí con una bandeja humeante de lonchas de kréptele irradiado y guisantes perforados. Antes de servirme la miré a los ojos y la tonta se ruborizó; sus piececitos torpes dieron una pequeña zancadilla que casi hace desbaratar el momento. Los tres soltamos una carcajada y la escena pareció dinamizarse del más espléndido modo. Cuando probé bocado felicité a la cocinera calurosamente, pero luego me contraje; tal vez porque sé en lo profundo, todo hombre sabe en lo profundo, que la traición de una mujer, la maldad de una mujer, es todas las traiciones, todas las maldades. Sin embargo, en términos estrictamente culinarios, puedo afirmar sin ambages que las manos de esta mujer son verdaderamente las manos de una mujer.

No sé bien qué quise significar con esa reflexión acerca de las

manitas pero lo dejé estar sin reprocharme, porque la salsa de cobalto entumecía mi lengua a la vez que le hacía dar ínfimos respingos y la espiralaba de manera frenética para luego soltarla en una lisura que hacía aparecer a esa calistenia lingual como una ordalía física. Mi lengua parecía una babilónica entregada a la lujuria de la que ni siquiera un espíritu tan instruido como el mío estaba dispuesto a librarse.

Dejé el tenedor sobre la porcelana, repasé mis labios con el lino blanco de la servilleta, bebí un trago mesurado de aguas y me manifesté:

—Ávida, Ávida, Ávida… n'est pas mal.

Parada junto a la puerta que llevaba a la cocina la muchacha se detuvo turbada y preguntó:

—¿Cómo?

—Venga para aquí —le retruqué—. Besaré sus mejillas.

Ávida corrió hacia mí con una velocidad impropia, pero cumplí lo prometido y besé efusivamente los flancos huesudos de su cara. La mujer no cabía en sí y era muy gracioso ver cómo el sur de su cuerpecito se irrigaba con los humores de una indignidad demasiado efervescente.

—Qué chiquilla —le solté.

Blavatsky se notaba ajeno y comía en silencio, con la vista clavada en el trayecto del bocado en el tenedor desde el plato hasta su boca; era penoso ver cómo se abiscaba cuando el utensilio llegaba a sus fauces temblorosas.

En su contento pueril, Ávida se mantuvo cerca de mí, miró al doctor como para comprobar que no prestaba atención y acercó sus labios a mi orejita: en una modulación digna de la pureza de Deméter me confesó:

—Me mantuve incólume aun a pesar del pavor, aun a pesar de estarme sola en los ambientes de esta casa sabiendo que el loco come alimañas y nieve en el sótano, que me siento insegura y a merced de no sé bien qué bestia. Deambulé por los salones y por los pasillos y a un cierto punto me detuve por un horror que me atravesó la espina desde la cintura baja. Hube de darme vuelta enloquecida para atestiguar los aullidos que llegaban desde el sótano; aullidos de los que

no pude dar fe si eran reales o fruto de la varia imaginación de un ser de capacidades ubicuas que nadie advierte.

—No comprendo una sola palabra de lo que dice —me permití decirle para ahuyentar sus malos pensamientos, me dirigí a su rostro con intención y seguidamente observé mi entrepierna: la mujer, transida en su relato, había depositado su mano muerta sobre mi apéndice y ese peso me energizó de modo harto extraño durante su relato.

Blavatsky interrumpió el momento con una de sus carrasperas que anunciaban el engolamiento de su necedad, logró sorprendernos, terminó de aclarar su garganta y habló solemne como ante un auditorio:

—Esta noche, mi estimado: libación solemne.

En la envergadura del momento mi colega debe de haber advertido un brillo superior en mis pupilas porque mantuvimos la mirada en alto hasta que se dirigió a la mujer y le indicó:

—Preste atención y sumo cuidado, abra el bargueño y saque la botella que usted ya sabe. Ponga a templar la ampolla de prínkula de burbuja central.

Esas palabras sencillas causaron un revuelo inmaterial en el aire de la sala, en una especie de nubosidad devocional sobre nosotros, como si voluntades invisibles se concentraran, tomaran un tono grave y nos atravesaran con la impronta de galaxias.

Blavatsky volvió a hablar a ese auditorio y repitió:

—Esta noche, libación solemne.

XIII

Terminamos las vituallas y ambos coincidimos en que esta vez no fumaríamos y que cada uno se retiraría a su cuarto en orden de esperar a que la muchacha lavara los trastos e hiciera los arreglos necesarios para la ceremonia. Una ceremonia austera, digna de los anacoretas de las cuevas sulfurosas de la cadena del Utrishko, pero no por eso menos importante.

Ávida tenía la costumbre de entrechocar los platos cuando los lavaba, ese sonido me resultaba una penosa grosería y esta noche, apurada por la inminencia del evento, se la escuchaba más torpe que de costumbre. Esperé a que el médico se retirara con su cada vez más notoria cojera y fui hasta la cocina donde la sirvienta se veía desprovista de toda gracia, me acerqué a su espalda.

Permanecí unos instantes mirando fijo el nacimiento de su nuca, la estructura que se adivinaba de su cuello y subía a su frágil axis, su atlas, el mismo inicio del cráneo —que por cierto me pareció de lo más pequeño—, y proferí mentalmente órdenes muy precisas para que ese cerebro se sometiera al dominio de una voluntad sobrecogedora.

Ávida resultó conmovida por la masculinidad irreprochable de mi presencia y se dio vuelta de manera subrepticia, al ver mi rostro espléndido soltó un breve suspiro y dejó caer parte del agua que contenía la jofaina en la que estaba lavando. La incompetencia de sus extremidades hizo que el líquido salpicara mis botuelas y diera a la capellada de mi calzado, de un finísimo cuero de crawfell con botones de córnea de marsupias de aquende del trópico, la apariencia de esos botines ordinarios que suelen llevar los trabajadores del hospicio de alienadas irredentas.

Sin lograr evitarlo la tomé de la nuca, pude sentir esos occipitales famélicos temblando como crías de estorninos, clavé puñales de piedra en sus ojos opacos y dije con el tono de los que somos capaces de

gobernar sobre las sombras: —¡Qué criatura estúpida!

Salí presuroso de allí para llegar a mis aposentos y procurar algo de calma con un cordial que, esta vez y por la ordinariez de lo acontecido y la excitación de lo por venir, sería una viborilla mucho más larga y mucho más gorda que de costumbre.

Cuando llegué al salón, la asistenta estaba concentrada en sus quehaceres y vestía el atuendo correspondiente a la ceremonia, para mi sorpresa sus zapatitos, con ese crespón de apariencia cárnica, lucían impecables. Me conmoví, y, otra vez, mi constitución sensible dio paso a una marejada de perdón con la que olvidé las ofensas proferidas.

—Ávida —dije con la voz dulce de los niños cantores. La asistenta pareció no escucharme, estábamos solos en el cuarto, un salón de dimensiones importantes pero revestido de la boiserie y las alfombras habituales en una casa burguesa, de modo que era improbable que el sonido se escapase.

Insistí.

—Ávida —dije con la voz dulce de los niños cantores. Nada, la mujer seguía reconcentrada en su rutina con la facie larvada por un velo de gasillas de color topo que esmerilaban la evidencia de cualquier gesto que tuviera su rostro.

Noté que no era natural su disposición, y antes de optar por donar mi voz una vez más me acerqué a ella para poder espectarla sin el obstáculo de la distancia. El despliegue de la asistenta era irreprochable, ubicaba los enseres en el lugar exacto, la demarcación de la estrella basal con uno de los candelabros ceremoniales en cada vórtice, en lo que sería la arena del evento y contenía los dos sillones en los que nos enfrentaríamos Blavatsky y yo, el buró de tres ancas en el centro, las copillas sobre los posacopillas a cada extremo, los candelabros pequeños de puer uris y amatista con la correspondiente bujía de cebo negro, el polígono de cobalto para posar la ampolla con el brebaje primordial oculta por una caperuza de paño denso, los sahumadores de artemisia, los diminutos aguamaniles ornamentales con aguas del Tzäjara.

Ávida se mostraba impertérrita, impecable, inmaculada. Conforme trabé cercanía pude avizorar su rostro y me atreví a levantar el velo que lo cubría: comprobé que no podría haberme escuchado, bajo la cofia y la gasilla que encapsulaban su cabeza tenía un gorro frigio de un material metalizado, con un cableado de electrodos que se pegaba a sus sienes y vaciaba su mirada y su gesto como si fuese una autómata.

La muchacha dejaba entrever que no percibía ningún cambio sensorial que delatara mi presencia y se movía ante mí con la certeza de quien, aun ciego, confía en un instinto superior que podría hacerlo caminar por las cornisas heladas del Utrishko a doce mil verstas de altura.

Su rostro había tornado fascinante, acaso por primera vez me digné a posar un veredicto de delectación sobre ella con el esmero con el que el hombre de bien pone al observar las figuras en el mármol y descubre belleza en la piedra. Comencé a caminar lentamente a su alrededor, cuidando de no entorpecer sus movimientos, y vi que del costado derecho de la conexión del electrodo con el gorro, supuraba, lento, un continuo de gotas de mercurio. En el cuello, a la altura media de la aorta, una vía metálica de gran calibre, engarzada en un coágulo brillante, hincaba esa arteria y anegaba el costado de un plateado que se disgregaba a medida que saturaba el acceso al torrente sanguíneo.

La mujer no olía, quiero decir, la mujer no hedía ese aroma de fémina que portan de ordinario y las emparenta con las hembras de crawfell que se huelen a gran distancia en las pocilgas y en los mataderos.

—Ávida —probé una última vez al tiempo que en la vía del cuello de la asistenta el metal líquido terminó de embarazarse en una nueva secuencia y parió otra perla que se disgregó sobre la solapa de su atuendo.

—María —me sorprendió Blavatsky, con la dicción calma de una renovada senectud, cerca, por detrás de mi espalda, sin que hubiera podido percatarme de su llegada.

Al momento en que la voz del galeno soltó el nombre, Ávida, que mantenía la cabeza gacha con la vista vacía pero fija en los objetos que manipulaba, levantó la testa y la alineó como una diana metálica sobre

su columna, una espina colosal. Entonces torció el cuello levemente hacia el llamado del médico que dejó salir el aire de sus narinas en una clara manifestación de victoria. La mujer retomó sus quehaceres naturalmente, los ojos vacíos, la cabeza gacha.

Un repelús me recorrió la espina y hube de contenerme para que mi propia cabeza no diera un chicotazo final con alarido y el médico pudiera disfrutar de mi momento aterrado.

—¡¿Cómo?! —lancé sin proponérmelo.

—María —soltó el facultativo con un gesto que no le conocía, una media sonrisa que parecía formarse virtual un poco más adelante de su misma boca.

—María Lang —dijo y salió del cuarto para regresar enseguida.

XIV

Sentado en su butaca frente a mí, Blavatsky lucía como un argonauta, creo que nunca había tenido una visión tan irreprochable de mi maestro y esa imagen puso a mi espíritu en una conmoción que no esperaba. Me volví hacia María, que terminaba de disponer lo último y cambiaba la disposición de las pantallas para que la luz tonal de las lámparas, que usualmente era cenital como exigimos los científicos que necesitamos observar la materia con verticalidad, hiciera el camino inverso, se arrojara por encima de nosotros y diera, ahora sí, la cúspide inadvertida de un ambiente que propendería a visiones de altísimo vuelo.

La materialidad del salón cambió notablemente, en efecto, todo se hizo más alto, menos definido pero más excelso; María misma era ahora como una especie de coloso delicado, una alteza mercurial indiscutible, de sus tibias radiantes se lanzaba un cuerpo plateado y de movimientos secuenciados de precisión perfecta. El modo en que sus manos retiraron la capucha negra de la ampolla en el centro de la mesilla entre Blavatsky y yo me dejó atónito, era, definitivamente, una nueva mujer.

De la Ávida ordinaria y pastoril no quedaba la más mínima traza.

Quedó así expuesta la ampolleta de prínkula de burbuja central, no lo había confesado, pero nunca había visto semejante cosa, era mi primera vez en una ceremonia de este tipo. El líquido era parduzco y viscoso y mostraba vetas que denotaban un movimiento prácticamente inapreciable pero constante, como si una bestia difusa durmiera en esa amniosis miasmática.

María dobló sobre sí el paño de la capucha, de un modo calculado en el que las puntas coincidían en cada pliegue, y se lo llevó consigo hasta la mesilla donde ubicaba sus enseres, en el costado de la puerta que daba al pasillo que llevaba a los cuartos de servicio para quedarse

parada allí, inmóvil, un centinela incorruptible.

—María —se escapó de mis labios como un susurro que nadie atendió; el médico frente a mí seguía imponente. Los lomos de la biblioteca detrás de él eran mi cuadrícula de referencia y el borde de su hombro izquierdo en ocasiones coincidía con la tercera palabra del nombre de, título *De los preparados y los poderes de los remedios simples* —el tomo de hilarantes rudimentos de Galeno—, pero a veces se movía hasta la novena.

Un zumbido lejano acompañaba la vibración y se acentuaba o disipaba conforme sucedía o dejaba de suceder. De la estampa pretoriana de María podía percibir lo mismo y, ante la angustia por no comprender cabalmente el fenómeno, intenté explicarme, con voz interna y paternal, que la propia ceremonia, incluso antes de la ingesta de la sustancia que le otorgaba razón de ser, podría provocar algún tipo de alteración sensorial a la conciencia.

Miré mis rodillas, del cuerpo sentado en el butacón de terciopelo marino con brazos de strelitzia labrada y de mi contorno no había dudas, una estampa que manaba luminiscencia natural. No había nada en mí que me pusiera en la frecuencia ondulante de lo que veía en mis congéneres en la sala.

Blavatsky comenzó a emitir un sonido de base, imperceptible pero tan sólido que descubrí que lo había estado escuchando hacía rato, aunque no podía precisar desde cuándo; era una entidad gutural que ya estaba entre nosotros, circulando de incógnito. De su boca no sabría qué decir, no se movía, pero, igual que antes, sus labios se yuxtaponían adelantados a su osamenta fijos en una media sonrisa extraña. El sonido era continuo.

A un cierto punto cerró los párpados, pero sus globos oculares comenzaron a moverse frenéticos de un lado a otro hasta quedar clavados en una diagonal violenta sobre el ángulo ascendente de la derecha. Allí dejó de cantar, dejó de emitir esa onda corta, interrumpió de golpe esa vibración que se había impuesto. A unos metros hacia su costado estaba de consigna Ávida, quiero decir María, y la fijación de los globos oculares del galeno fungió como una orden para la autómata que comenzó a avanzar hacia nosotros con movimientos fascinantes, tan perfectos que no parecían impactar en el

aire a su alrededor. María se avenía pero nada del ambiente daba cuenta del avance de ese cuerpo hacia el centro de la sala, donde estaba la mesilla con el brebaje. María se acercaba intachable y desde sus pies, desde sus mismos tobillos se refractaba una sombra gigante sobre el aire ascendente del ambiente; una lobreguez que terminaba impactando en los techos con una definición que nunca había atestiguado. La autómata venía con un convencimiento absoluto y su propia negrura proyectada, como una de esas acuarelas que los alienados hacen con humor de bilis en el hospicio, era un esquema autónomo que reptaba por los altos como si ostentara una sobrevida, una potencia extra, una radiación más densa, liberada de su anclaje corporal.

Blavatsky se despertó y me miró esplendente, su gesto era la mar de amable, pero esa mar era un océano incomprensible y acuciante para mí, una mar que también avanzaba y, persistente, disolvía los diques de mi seguridad y de mi estima. Blavatsky sonreía suave y completamente inmóvil en su butacón mientras María encendía las bujías de los pequeños candelabros de cebo negro con una cerilla larguísima. La fosforescencia particular de esas flamas modestas dio al escenario una profundidad inusitada y el vaivén ondulante de esas miniaturas de fuego montó una coreografía indescifrable en el rostro del médico sentado enfrente de mí. Con cada oleada de esa onda mortecina su nariz tornaba monstruosa como un navío que ora se hundía vertical en el fluido negro, ora se elevaba hacia el cenit, para por fin sucumbir plástico y veloz al fin de la tragedia.

Sus cuencas eran pozas de las que manaba un humo que serpenteaba y luego las pupilas tornaban blanquecinas de cataratas como las de las cérvidas utrishkanas cuando ascienden para despeñarse, a la altura iridiscente de los hielos.

De la biblioteca quedaban mareas más oscuras o menos oscuras que alternaban una profundidad variable, y de María, un ente que se recortaba en el vendaval con un andar sin mácula, refulgía a medida que avanzaba encendiendo los grandes candelabros que dibujaban la estrella que nos contenía.

Cuando hubo de inflamar todos los artefactos, la autómata comenzó a retirarse, pero al momento en que pasó junto a mí sentí un deseo

irrefrenable de mirarla y percibí en ella un titubeo que creo que en verdad nunca ocurrió.

Sí aconteció algo curioso, vi su mano gobernanta elevarse hasta rozar el coágulo y la vía hincada en su cuello, el tejido edematizado alrededor de su aorta, creí escuchar un quejido lejano cuando pasó sus yemas por el agujero y tocó suavemente la piel herida por la aguja. Vi que recuperaba un gesto como de dolor ausente, vi que llevaba sus dedos a la boca, plateados de mercurio, y que en ella ahogaba ese ardor que seguramente la consumía.

Quise corroborar la visión y comprobé que mis párpados estaban sellados y que lo que alcanzaba a percibir tras las cubiertas de mis retinas era solamente la danza del fuego de los candelabros. Junté a la tropa de mi espíritu en potencia y me impuse: ¡Abre los ojos! María no estaba donde la había percibido, aguardaba inmóvil en su lugar original, de consigna junto a la puerta, impertérrita, desconectada.

El sillón de Blavatsky pareció elevarse unos milímetros y darle a toda su figura la levedad y la imprecisión de lo que flota, el médico seguía enfocándome pero en su mirada no había nada de lo que yo conocía, una tensión creciente se hizo de la escena, un trepidar imposible de constatarse en lo real, la potencia fantasmática de una contundencia moral que nunca me hubiese animado a contradecir o a poner en duda.

En un instante la escena se fijó, todo, cuerpos, butacones, candelabros, las mismas flamas que hacían arder los pabilos de las bujías, el resplandor con sus mareas de pliegues y despliegues y repliegues en los muros y los techos de la habitación. Todo se hizo quieto. Desde la techumbre, desde los contornos de las paredes, desde atrás de las aberturas, en los goznes de las puertas, desde el mismo fondo del piso sobre el que se posaba la construcción entera comenzaron a llegar oleadas de murmullos crecientes. Un ruido de diez mil pezuñas, miles y miles, millones de pezuñas que rascaban las superficies del cuarto que nos albergaba, insistentes, insistentes, tan insistentes. Pezuñas pequeñas, capaces de horadar la piedra, de menoscabar los estucos y agujerear los tabiques hasta permitir la entrada a hocicos rapaces, a garras ansiosas, a manos mínimas de horrorosa similitud con lo humano con uñas de roedor.

El ruido cesó de pronto, se retiró como una bajamar instantánea, y el butacón de Blavatsky se posó definitivamente, también mi vista se situó sobre él, definido ahora, leve pero contundente. El médico tenía la cara un poco más pálida, un poco más seca, un poco más tirante, estaba observando la transformación paulatina de ese rostro cuando descubrí un movimiento que no había advertido: la mano de María sostenía una de las copillas con el dedal de brebaje que me correspondía a escasa pulgada de mi cara. ¿Cuándo hubo de avanzar así, secreta y amenazante? Alcé la mano para recibirla y comprobé que al mismo tiempo su siniestra hacía lo propio con la copilla de Blavatsky, se la ofrecía al médico. Me acomodé mejor en la butaca para el momento de la libación y caí en la cuenta de que era imposible que la mujer hiciera eso al unísono, los sillones en los que nos enfrentábamos estaban a una distancia que de ninguna manera habilitaba que un cuerpo, por más extendido que estuviera, alcanzara a ambos. Debía de estar equivocado, levanté instintivamente la testa para comprobar cómo se producía el fenómeno, qué efecto aparentaba semejante destreza: María otra vez y en el mismo segundo ocupaba su lugar junto a la puerta y lucía como si nunca se hubiera movido de allí.

Blavatsky me semblanteaba hondo, capaz de adivinar mi desconcierto, sonreía con esa media mueca que resultaba una burla entera y se dibujaba más allá de la carne de sus labios.

El médico levantó su copilla y sin hablar me indicó que había llegado el momento, era un ser atemporal, joven y anciano a la vez, un Blavatsky nuevo para mí. Llamado por una presencia ansiosa torné mi cuello, la cabeza de María estaba junto a la mía, a mi altura sobre el lado derecho, sus pupilas maquinales se posaban fijas en mí, sin gesto, penetrantes. Quise gritar pero estaba inmóvil, quise soltar la copilla y tomar a la mujer con ambas manos para estrangularla, intenté aullar con todas mis fuerza pero solo logré un quejido que dejó caer algo de baba de mi boca.

La cabeza del médico estaba ahora frente a la mía, casi rozándola, su lengua por poco me lamía, ese cuerpo seguía sentado en el butacón pero su testa se inclinaba hasta casi devorar la mía y auscultaba cada uno de los imperceptibles espasmos musculares de mi facie. Torcí el

cuello para ver a la mujer, seguía allí, a escasa pulgada de mis carrillos. La mandíbula inferior le colgaba laxa, con una laxitud extraña, como la boca de una boa cuando se disloca para tragar una pieza que dobla por diez veces su tamaño. Por entre los incisivos centrales del maxilar superior le asomaba, ínfima, la punta de un perno plateado que crecía a medida que el metal líquido se derramaba sobre sí, una estalactita de avance indetenible. Resultaba evidente: era cuestión de segundos para que ese colmillo metálico desgarrara la piel de mi cogote. Estaba a punto de suceder cuando de pronto la escena recuperó la normalidad. El espíritu de Ávida tornó al cuerpo de la autómata y el galeno recobró su aspecto decrépito en el butacón, un violín lejano donaba su melodía armoniosa al tiempo que las luces tonales retrotrajeron el ambiente de la sala a la calidez burguesa que tanta calma me ofrecía.

Blavatsky carraspeó y dijo:

—Verá el efecto que produce la prínkula de burbuja central con solo mencionarla, trate de reponer los acontecimientos del día desde el momento en que anuncié la ceremonia y notará que en todo se evidencia un sutil corrimiento.

Un olor fétido fue antesala de un aletear ingente que provocó un tifón en la sala, todo fue arrastrado por el vórtice que tras una revolución volvió a depositar cada pertrecho en su lugar. El olor se disipó instantáneamente.

—Observe ahora los techos, descubra qué hay detrás de las usuales bovedillas. ¿Qué ve? ¡Dígame! ¿Qué ve? ¿No es acaso la cara de la Esfinge?

Mientras el hombre hablaba, Ávida me sonreía desde su lugar, disponía la mano en vaivén como las muchachas en los espigones cuando saludan a los navíos que se internan en la mar. Con la otra arreglaba su falda con esos movimientos carentes de gracia y feminidad con que la tenía en habitual estima.

Levanté la vista y los techos de la sala dejaron de existir, no era el firmamento lo que nos cubría, era una sucesión interminable de inmensos arcos ojivales, uno tras otro tras otro, uno sobre otro sobre otro. Como si la sala de pronto se hubiese convertido en la nave de una catedral gótica de techos a la altura de los cielos, de techos

diseñados para estructurar el peso de una pretensión absoluta: acceder a lo esencial por gobierno del terror.

—Dirija su atención a la ampolla sobre el polígono de cobalto —me interrumpió Blavatsky.

El contenido ahora se despedía de su viscosidad y tornaba de una transparencia prístina; un ámbar líquido que bullía sin actividad aparente, en la base del recipiente palpitaba una burbuja que viraba de tono y se hacía cada vez más azul.

—El color más escaso y extraño de la naturaleza —dijo el médico y torció el cuerpo para balbucir en el tono de lo inconfesable—, azul, como el mar azul.

Pronto recuperó el estilo y donome otra vez su acritud.

—Mire ahora su copilla —dijo.

En estado de perplejidad atisbé el adminículo en mi mano y noté el mismo evento en el interior de ese vaso diminuto, un ámbar que clamaba inmanencia y que podía sentir trepidar en lo hondo de los dedos con los que lo sostenía.

Sobre la mesilla, en el receptáculo, la burbuja central se desprendió del fondo e inició la ascensión, cuando tocó la superficie de la ampolleta comenzó a derramar su añil sobre la ladera circular de vidrio que contenía el líquido, sobre la mesa, sobre el piso de la sala. Estaba pronto a ganar mis zapatos cuando el ámbar de mi copilla comenzó a hervir y quedó convertido en un humo denso.

Blavatsky llamó mi atención:

—Comienzo de la mareación —dijo mirando a María, enseguida empezó a modular algo que parecía dirigido desde una voluntad allende la sala, de pronto sus labios parecieron ungirse de gran tono y entonces el médico se levantó del butacón, alzó los brazos y la cabeza y gritó con una voz cavernaria y pletórica:

—¡Spaltung! ¡Verwerfung! ¡Unheimliche! ¡Unheimliche! ¡Unheimliche!

Tronó dos veces más esa voz y quedó en suspenso.

Tras un instante, recuperó la posición original y aspiró el humo de su copilla con ambas narinas.

A mi vez, sin gritar, completamente aterrado, aspiré el humo de mi copilla con las dos narinas.

Al tiempo de hacerlo me vi haciéndolo y pude verme haciendo siempre exactamente eso, proyectado hacia el porvenir con imágenes que me mostraban incluso desde antes de la llegada a Sbórnika de mis choznos vergonzantes, criados por acerodones salvajes en las estepas transutriskanas.

Algo interrumpió la proyección de esas heliografías fractales en la bóveda ojival de la sala: María deambulaba en un recorrido irregular, en un principio caótico, aunque de andar perfecto, entre nuestros cuerpos echados en los butacones.

La secuencia se repetía exacta, sin solución de continuidad, y segundos antes de terminar volvía a comenzar maquinal, translúcida, cada vez menos nítida, cada vez menos presente. No sé cuánto pasó desde que inició esos ochos por el perímetro exterior entre el profesor y yo, pero sí sé que mi atención sobre ella se interrumpió cuando algo desde el vientre del médico se impuso a la imagen de todo cuanto en la sala acontecía.

¡Vetusto, decrépito, viejo indecente, Blavatsky ostentaba una descomunal apendicitis!

Album Vespertilio Surgit

Dejarme ir, gota a gota, células de osamenta y células de vísceras, células de líquido intercelular y células de nervio óptico y células de toda la parafernalia sensorial, células del tronco y células de hipotálamo. Hélices y contrahélices de información génica sueltas de todo sistema. Dejarme ir hasta desagotar la máquina proteica, el microscópico batallón mitocondrial escurrido lentamente, todo disuelto en este abrazo, este abrazo.

Dejarme ir, lento, instilado por goteo en el más allá, aéreo y ascendente en la cúpula celeste, como los difusos celajes sobre la primaveral Mariëtzinka.

No recuerdo tanta intimidad, y este recuerdo no es una imagen, es un suceder que se pierde, una especie de amniosis en la que me dejo estar porque el abrazo es cálido y total, la espina deja de sostenerme, se deshace, se licua en médula y cuelga, se entrega gota a gota, se desmaterializa.

Soy una cría invertida, un murciélago hematófago recién aparecido, embebido en los jugos vaginales de la madre que me pare, recién echado a la sombra de la sombra, parte de una lechigada mayor en la que permanezco indiferenciado, célula y célula y célula. Cría de la noche, tengo los párpados sellados, recién irrigados por estuarios de arterias y de venas que los infunden, gota a gota. Como el licuado de la pupa cuando se hace oruga y bombea sangre en su sistema de una sola dirección para desplegar las alas y ser mariposa o secarse en una muerte achicharrada si fracasa ese despliegue.

Voy en el camino inverso, verstas inimaginables hacia lo anterior al tiempo, me dejo estar hacia la involución, avanzo hacia atrás, voy hacia después, a lo anterior, a lo anterior de antes.

Que todas las formas se licuen en este abrazo del que no tendré imágenes ni ecos, del que no atesoraré una retahíla de memorias

porque me adelanto al oscuro porvenir sin tiempo.

Que la ontogenia repita entonces la filogenia, que se quede allí, sintética en la frecuencia inmanente y yo pueda descansar tanto, de tanto. Estarme con el hocico siempre humedecido por esta leche que gotea muerte, por estos orificios fecundos de pelos que huelen a vientre. Estarme así, sin luz en las pupilas, sin intención.

Húmedo y oscuro, disgregado y de proteína corrompida, suelto, disolviéndome, derramándome metódico por saturación desde la vía en la aorta de un organismo mayor hasta agotarme, hasta que las últimas viborillas luminiscentes de vitalidad se hundan en el río tenebroso de la nada.

En estos brazos que sujetan, en esta piedad en la que una virgen joven y bella me sostiene muerto hay una comodidad eterna.

Llega desde la nada un viento en reversa que echa a andar la maquinaria que lo traga todo y despierta al apetito que comienza a edificar una necesidad hasta ahora inexistente. A tejer el perímetro circular de la falta.

Quiero ver, palpar con los ojos la cara que portan estos brazos lánguidos y pegajosos, estos brazos infinitos que aseguran la vida de mi muerte. Este que ahora sospecha dualidad comienza a danzar, una suave fricción por darse vuelta y erguir la cabeza diferenciada, erguir las cuencas direccionadas, la intención de saber.

Ahora empiezo a ser con la punta de unos pies que hasta hace instantes no eran más que células de un cuerpo mayor en la que nada era extraño, nada era.

Ahora recuerdo que soy yo y que eso me dispara, me trae el borde, una sucesión de desgarros y coágulos de un abandono que no cicatriza.

Pura voluntad, puro triunfo, voy a gobernar naciones. Ahora soy yo. Ahora es yo. Voy a gobernar naciones.

De la laxitud, del engrudo de estos mismos brazos, surge el impulso que me irgue, estoy parado en un plano de existencia y de pronto puedo leer, abrir los ojos, darme vuelta. Puedo levantar el cráneo levemente y escuchar la calcificación creciente de mi espina. Puedo ver su cara, la cara de esos brazos que me sostuvieron muerto y chillando mudo.

La cara de mi piedad. Axial, moral, potencial, virtual, espectral,

ideal, antinatural, presencial, sobreexistencial, trascendente en una condensación de planos, inmanente en una cuadrícula anafórica de existencias.

Ahí está él. La virgen joven y bella que me sostiene muerto.

Mi piedad.

Ahí está Sindri.

El salón oscurísimo se vuelve angosto, crece cada vez más alto y hacia el techo se dibujan los arcos ojivales que sostienen la idea de los arcos ojivales y la instauración de la idea de esos arcos y todos los modos en que esas ojivas existen y hacen más vertical el plano de esta existencia. Ojivas ideales, atómicas, ojivas para la destrucción. Terror y devoción.

No hay nadie más que la ausencia de mí. Nadie más que la piedad frente a esta miseria que aguarda.

Sindri con sus fémures como arcos de violín, sus pómulos esplendentes, con su maraña de pelos desde la cabeza y hasta las plantas, entre los dedos de esos pies extraordinarios, monstruosos, esa apariencia suave y brutal. Sindri enfrente de mí, el único cuerpo presente anudando planos de existencia, encadenando uno a uno los diferentes modos de instaurarse.

Sindri el existente. Sindri el respondente. Sindri que me sostiene muerto. Sindri que me sonríe.

Y me habla:

—He soñado contigo, pero ¿hay lugar para ti en el mundo real, o el ser que te encarna, por su manera esencial de ser, es indigno de ti? ¿Eres, en tu sustancia, un ser de ensueño y hecho de la estofa de la que están hechos los sueños, por ende lábil y precario; o bien, procediendo en mí de causas profundas y de razones verdaderas, eres un ser necesario? ¿Es simplemente una fermentación fisiológica lo que te sostiene? ¿Eres lo Eterno Femenino, lo Eterno ideal, o la Eterna Mentira? ¿Eres una necesaria y constante presencia, o hay que buscarte del lado de lo que jamás se verá dos veces?

He soñado conmigo, un yo mejor que yo mismo, más sublime. Y sin embargo, era yo, yo más real. ¿Ese yo sublime es verdad o ilusión; de vida objetiva trascendente o de vida psíquica contingente y subjetiva? ¿Una esencia, una entelequia o la extrapolación ilegítima de una tendencia? ¿Y de qué manera sería yo más sabio y más positivo, diciendo eso no existe, o

apegándome a eso para vivirlo?

Me incorporo en completa soledad, Sindri supera mi dirección y es Sindri quien triunfa. Sindri ahora es menos que nada y yo me elevo enceguecido hacia el más allá de esos arcos demenciales, esas esfinges que observaron inmemoriales todo el suceso.

Mi boca habla, mi voluntad se sorprende como si despertara de un sueño eterno.

—Puedo responder por la ciencia. La ciencia no responde por mí.

Silencio.

—La ciencia no responde por mí. ¿Por qué hago esto?

El silencio se organiza, dice:

—Adivina o serás devorado.

XV

El olor del Tzäcjara fue montándose a mi cara como un sol de galope creciente, la mañana era todavía un buco, pero su tropilla arreciaba a las sombras y me traía a la luz del día victorioso.

Mis párpados se abrieron y salté de la cama en un acto que reunió una deslumbrante gallardía, una humildad sin límites y una destreza que ciertamente logró turbarme, como si me hubiera visto, como si hubiese podido alejarme de mí en una perspectiva equidistante entre mi condición humana, tal vez mi costado más brutal, y mis altos estudios.

Hube de recomponerme al pie de la cama, hube de morder el aire con mis molares antediluvianos para contener las lágrimas de la conmoción de ser yo mismo y de contemplarme al mismo tiempo. Qué espectáculo divino.

Una vez completamente despierto dediqué unos breves minutos —qué breves suelen ser los minutos breves—, para pasar revista a mis articulaciones. Ese es un ejercicio de reconocimiento que ideé en mis años de cadete, no es preciso someter con odio para lograr obediencia, puede implementarse un método más sutil: una estocada de intención firme asegura el mando a quien lleva bien puestos sus atributos, suave piel rosada y el vello discreto con que se reconoce el cuerpo de un burgués.

Tras el momento de requisa me dispuse, así en calceta como estaba, a la rutina de calistenia que cualquier hombre debe observar para mantenerse fuera del alcance de la enfermedad y la miseria.

No cabía en mí, al amable despertar se agregaban ahora batallones de entusiasmo hormonal y cuadrillas de optimismo lumínico; debía repasar presuroso el rasuramiento de mis gónadas, peinar y recortarme el bigote, calibrarme al dedillo con una finísima capa de cebo de crawfell, unos soplidos de agua florida y bajar a encontrarme con mi

colega y su asistenta para iniciar una jornada.

Mi levita esplendía, la suela de mi calzado chistaba elegante sobre la piedra de las escaleras y así entré, triunfal, a la cocina en la que me esperaba Ávida con una sonrisa buena y unos ojillos soñadores pero tan sumisos que, sin esperarlo, me energizaron de tan extraño modo.

No me contuve, di a la muchacha dos besos sonoros y en la distracción la abracé; de resultas comprobé que el entusiasmo de mi apéndice no se había esfumado por completo. Le acaricié la testa, solté un "¡Qué chiquilla!" y me hundí en el regio tazón de makretzel tostado lleno de pólipos y venillas que la sirvienta había dispuesto para mí sobre la mesa.

Hube de sorber hasta el más recóndito papiloma en lo hondo del plato con tanto ruido que la muchacha soltó una graciosa carcajada y salió del cuarto de ingestas como llevada por una sólida nube de cumplimiento del deber femenino, admirable, convencida de sus obligaciones. Parecía deslizarse sin tocar el piso.

Aproveché su ausencia para rellenar mi plato con pastas anisadas, y mandíbulas de morena que descubrí macerándose en prínkula vulgaris en una jofaina sobre la encimera. Para mayor frugalidad cogí una pera que tenía la fisonomía de uno de esos muchachitos tan jóvenes que se prestan a ensayos de anatomía interior y comparada contra los muros, detrás de la vieja estación de coches de Sbórnika.

Una vez terminado mi desayuno salí de allí dispuesto a no perder un minuto más y prepararme para, ¡por fin! llegar al sótano junto a Blavatsky.

En el pasillo me topé con el galeno que se dirigía al cuarto de baño al paso de esa penosa cojera, me chistó, esa manía de viejo que a esta altura era ya una costumbre acendrada. Me acerqué para que pudiera hablarme, con un gesto de la mano insistió en que trabara mayor cercanía: dispuse mi orejita a la altura de sus labios malheridos de vejez.

—No se ha cruzado con Ávida ni se cruzará con ella en todo el día, habrá de prodigarse usted mismo las vituallas para el desayuno, dispénsela, he debido permitirle reposar en sus habitaciones como si no tuviera deberes puesto que está algo indispuesta —carraspeó incómodo y se corrigió—: Se siente algo débil. La constitución

femenina no resiste fácilmente una libación solemne.

El médico se perdió tras la puerta del cuarto de los detritus. Quedé en el rellano de la escalera, perplejo y presa de la nebulosa imposible de dilucidar —¡¿quién era entonces la mujer que me había servido?! —, dudé qué hacer, pero concluí que la evidencia era elocuente: el viejo envejecía mórbida y velozmente. Decidí cambiarme y llevar un atuendo más cómodo para la jornada con el bobo.

Frente a los peldaños tuve la sensación de que ascendía, que mi vida toda podía resumirse en esa síntesis kinética y, aunque no me correspondiera a mí sugerirlo, alegórica.

En el vestíbulo distribuidor torcí imprevistamente la dirección de mis pasos y me dirigí a la escalerilla del fondo que llevaba a las dependencias de la mansarda donde se emplazaba la recámara de la sirvienta. Pensé en ir a comprobar si estaba allí y despejar la misteriosa cuestión de su presencia.

Un reguero de perlas plateadas en los listones del piso marcaba el recorrido a la chambre de la muchacha y se concentraba en el lugar donde —sobre una buchaca abierta en la misma pared— depositaba los paños en sangría de sus días perversos.

La constelación plateada que bordaba el piso se convertía allí en un enjambre tridimensional de moscas enormes y frenéticas.

La náusea volvió a modificar mis planes y comencé a retroceder para volver a mi cuarto, imaginé el cuerpo lívido de la sirvienta sobre los trapos sudados de su litera y me pareció escuchar unos gemidos lejanos y un sonido que, no podría asegurar, sugería un sorbido ansioso y desesperado.

Apuré mis pasos perseguido por ese tañido cárnico y soez.

Aterido pero firme decidí esperar a Blavatsky en el vestíbulo de la planta baja.

Pasaban ya más de veinte minutos de esos minutos que no son breves y la impaciencia comenzaba a soliviantarme; para no enfurecer con el viejo subí a buscarlo y me detuve ante la puerta del cuarto del water para golpear.

El silencio a mi llamado era una respuesta que me intranquilizaba,

volví a golpear, solícito.

Ninguna onda parecía perturbar la frecuencia del silencio frente a la puerta del water, el médico no estaba allí, era evidente. A pesar de esa constatación de empiria absoluta, y no sé llevado por qué moción espiritista, permanecí escudriñando el espacio sonoro detrás de la puerta.

En el escaso colchón de aire entre la puerta y mi pabellón auricular se instauraba una inmaterial caja de resonancias y todo cuanto ocurría en el excusado me era transcrito, denunciado, traducido, delatado.

Descubrir las más tenues ondas de origen incierto, dibujar mental, parasimpáticamente el esquema de esas líneas circulares casi inexistentes que se avienen al oído.

¿A quién podría yo anoticiar que había sido así, que fue con esa ingeniería perfecta y tal vez demencial con la que organicé mis sentidos tan solo para oír, para ser receptáculo de ondas de materia despreciable con las que a la postre terminé por descubrir a Blavatsky desvanecido junto a las aguas servidas del water desbordado sobre el piso del baño?

A nadie, lo sé. Acaso a alguno de esos perros sarnosos que cada tanto pateo con furia sanitaria en mis caminatas nocturnas por las inmediaciones del Tzäcjara.

Intenté abrir la puerta pero la disposición del cuerpo ejercía resistencia, tuve que empujar con fuerza y el médico quejose en su estado de semiinconsciencia. Mi otrora admirado profesor yacía en un charco de inmundicia con la boca entreabierta y los labios moviéndose espasmódicos pero lentos, como si la usina de ese viejo estuviera ya tan maltrecha que no podía siquiera generar energía para el colapso.

La flexión de las rodillas, la contracción del torso y de la cabeza sobre sí hacían ver al organismo como un signo interrogante. Decidí que no iba a ser yo quien se aviniera a un socorro en medio de heces y olores nauseabundos. Por suerte el médico había conseguido volver los pantalones a su lugar antes de desvanecerse, un último gesto de hombría que me liberaba de ver la decrepitud pasmosa.

La situación se presentaba compleja: un viejo moribundo y una

sirvienta indispuesta; pasé unos instantes caminando mentalmente en círculos y una iluminación repentina me obsequió el panorama inmejorable: podría pasar el día a solas con Gut y ejercer mi ciencia y mis artes sobre él sin interferencias.

Ni viejos ni hembras. Solamente Yo.

Grité: —¡Pequeño tubérculo para el periquito! —mi eureka personal, y me avine a salir del cuarto inmundo y a tirar unos pasos, de lo más graciosos, en el rellano de la escalera.

En la cocina llené profusamente una bandeja con todas las vituallas disponibles para poder quedarme en mi cuarto el resto del día a planear mi entrada a la cueva del monstruo. No pude contenerme: apenas me encerré devoré todo lo que había conseguido y me recosté sobre la cama. Quedé tendido con la respiración acortada por una excesiva presión sobre el diafragma, pero con la tranquilidad absoluta de que nadie me vería en ese estado. Caí en un sueño profundo que se llevó la tarde pero me dejó insomne hasta altísimas horas, a escasos minutos del fracaso del día.

Humetatis Lacrimae

La mamífera se hizo densa como una melopea medieval, goteaba incesante y desprendía una calma que alteraba el ondular de la escena y la volvía reversa.

Yo estaba ahí, de frente. No sé por qué. Ni sé por qué nunca había sido tan feliz. No sé por qué nunca había sido feliz, no sé por qué. Hasta la imagen de esa madre malherida de muerte no había sido feliz.

La murciélaga bajó la cabeza áurea y dejó que su hocico colgara con la boca abierta, la mandíbula se imponía como un artefacto tremendo, la lengua se extendía mucho más allá de sus fauces. Todo en ella era languidez, necesitaba descansar, salivar sin control para restañarse, desatar oleadas de sudoración purificadora y anestesiante. Durante las miríadas en las que permaneció quieta la miré con una conmoción y una ternura desconocidas.

Con la conmovedora plasticidad de la renuncia inició otra vez el despliegue de las alas. Cuando esos pabellones estuvieron completamente abiertos clavó las uñas finales en la piedra para empezar a trepar y elevarse cada vez más veloz hasta el techo. Para colgarse desde allí ante mi devoción, ante el goce más espantoso que jamás había experimentado.

Me vi caminando por la orilla de ese mar que volvía persistente, un océano de angustia que se elevaba por encima de todo. Me miré los tobillos sujetados al lecho marino por tentáculos y abrí la boca para respirar, para intentar bocanadas que huían de mí antes de que pudiera atraparlas. El océano se tensó en mi pecho como un nudo que bramaba por desbordarme, una acumulación que crecía, enloquecida por desbordar y escurrirse, por inundarlo todo, por abandonarme a una suerte seca. El arsenal oceánico se concentró en el medio del pecho, se hizo esfera galvanizada en mí y comenzó a rotar para subir por mi garganta hasta hacerse una marea de reconocimiento, para

donarme una memoria que no creía poseer. Guiado por un recuerdo absoluto empecé a gritar, a llamarla desesperado:

—¡Ornellaaaaaa...! ¡Ornelllaaaaaa...!

A cada llamado ella se retorcía y enrollaba las alas como un capullo que se desvanecía. ¡Ornellaaaaaaa...! ¡Ornellaaaaa...! y cada grito se hacía los tientos y las ruecas de un potro de tortura transtemporal que se materializaba. La murciélaga se retorcía colgada en la altura encima de mí, sus crías se licuaban en el pavimento de esa sala lóbrega y cuando percibí que mis llamados la perturbaban de modo tan insoportable dejé de gritar y ella acompañó mi comprensión con calma creciente y agradecida.

Su lengua inmensa se dejó caer como un pendón imperial y me acarició para siempre. Me succionó con dulzura para siempre. Como una autoridad que alejaba el mal y lo retraía a su cueva ignota más allá del infinito.

Ornella ondulaba leve y goteaba, lenta desde el cielo de ese cuarto sobre mí, goteaba, caía en gotas enormes de leche sangrienta sobre mi cara, gotas de un líquido sacrificial que me ofrecía por fin a una vida verdadera.

Permanecimos en esa misa quieta no sé por cuánto tiempo, Ornella me bautizaba de sí misma y yo reverdecía quieto, humectado con las células líquidas como savia de su cuerpo. Ornella se disolvía por encima de mí, sobre mi cara y sobre mis manos y sobre mi pecho y sobre todo mi cuerpo. Ornella caía. Como el ángel.

En medio de la caída me nombró, retumbó su voz en el silencio adentro de mí, un tono telepático, voz mental recortada como el primer acorde del violín en la obertura. Del crepitar de los cadáveres de sus hijas e hijos devorados por las garrapatas que habían sobrevivido a la estampida no se oía más nada. Todo había cesado, todo era una marea interminable que se alejaba, cuando por fin susurró:

—Amor, date prisa, no puedo resistir, si tú no llegas yo no existo, no existo, no existo.

Escuché su respiración como un suspiro largo, larguísimo. Ornella clavaba sus iris rojos en los míos y suspiraba largo, larguísimo.

Ornella suspiraba. Ornella me enseñaba a suspirar.

Ornella se disolvía para siempre sobre mí. Ornella se moría. Arropada por su velamen de carne delgadísima y velluda, acunada por la tibia humedad de su sangre y de su leche que se escurrían y chorreaban fuera de sí, vaciándola. Ornella respiraba en un pentagrama de notas difusas ganadas por la apnea, su inspiración era cada vez más lenta y lejana.

Yo nunca había sido tan feliz. Aprendía a suspirar. Nunca había estado tan malherido. Suspiraba. Me moría, colgaba sobre mí, me disolvía por el ácido de esa madre moribunda que chorreaba por encima.

—Amor, date prisa, no puedo resistir, si tú no llegas yo no existo, no existo, no existo.

Me moría.

—Amor, date prisa, no puedo resistir.

Yo me moría y Ornella me moría.

—Si tú no llegas yo no existo, no existo, no existo.

Me moría.

Me iba agotando de a poco.

XVI

Permanecí en el lecho sin lograr el sueño, hacía por lo menos una treintena de vueltas del faro de los lejanos Blezinket Pögrum —la unidad de medida temporal que disponía durante las noches cuando el poderosísimo haz cortaba la oscuridad y entraba por la lucerna al vestíbulo de la planta alta y podía yo atisbarla por debajo de la puerta de mi cuarto— que había desenroscado la bombilla y dispuesto el organismo de costado para dormir cuando, en un conato, decidí dejar la cama. Me eché la bata encima del camisón y salí de mis aposentos; bajé presto al cuarto de las vituallas. Abrí el botellón de prínkula escarlata que Ávida retiene oculto tras frascos de ubres en conserva. Comencé a beber en ese espacio embrutecido por la opacidad, comencé a libar en esa bruma.

La copilla de cristal labrado se vaciaba y se llenaba conforme los humores de mi espíritu se arrebolaban, ya como un mar tempesto, ya como una plataforma armónica. Al momento de vaciar la séptima, un aullido de lobo aturdió mi corazón y decidí hacerlo, decidí dejar de sostener la construcción fabulosa de mí mismo y entregarme a una deriva amoral guiada por la ceguera y el descontento.

Cogí el botellón, la copilla, ajusté la martingala de mi bata y puse proa hacia el submundo en el que vivía nuestra prenda. Por fin serás mío, Gudsmundöttir, voy a poseerte, por fin serás mío.

El silencio de la casa era total, lo mismo que mi percepción, me demoraba para deambular por los salones, los párpados cerrados a propósito. Incrementaba la velocidad donde sabía que se emplazaban los muebles para solazarme con mi agilidad y el modo deslumbrante con el que reinaba entre las sombras. Daba vueltas en el espacio como un derviche y al mismo tiempo lanzaba conjuros mentales invocando los poderes de la morfina para que el sueño del viejo y la asistenta fuera incorruptible.

Bailaba armónico y propietario de una apendicitis marmórea, inigualable, una apendicitis de acero que ni la garra más afilada de un gato podría arañar. Bailaba enloquecido en medio de sollozos de una felicidad extraña, era mi momento, era el momento universal de la verdad y de su humilde operador, su suave operador.

Comencé a pisar uno a uno los peldaños de la escalera de piedra, el pasadizo al hades privado de la mansión, cada paso que daba era la confirmación de que estaba investido tanto del espíritu plutónico como de la delgada voluntad de Perséfone. Cada paso que daba era un desliz, la marcha total era un deslizamiento sobre el espacio, una traslación de cuerpo celeste, la explosión de una nova lejana que capaz de cambiar el curso de la Historia, estirar las cuerdas del espacio y las partículas elementales; hacer viborear al gusano del tiempo.

Me detuve ante la puerta gris y el peso de lo que estaba por hacer —no sabía yo qué era lo que estaba por hacer— me tumbó en la piedra del suelo. Me quedé allí, sentado de manera desorganizada y sin moverme, en una semiinconsciencia, hija natural de la perplejidad. Tal vez estaba aventurándome demasiado temerario, tal vez estaba adelantándome demasiado al futuro y era el futuro mismo el que me tumbaba en el piso, el que me hacía tumba, el que me sometía para acoplarse, para acompasarse, para no quedar rezagado por mi impulso varonil, para intentar ponerse a la altura de mis aspiraciones.

Me levanté con una irrefrenable necesidad de mirar mis palmas: de ellas salía un brillo constelado en pequeñísimos cristales, como si hubiese estado trabajando febril en una cantera de mica. Me quedé un instante admirándolas y luego me sacudí y las apoyé sobre la hoja del metal helado de la puerta:

—Sos mío —musité.

Pasé el umbral y en el primer rellano me enfrenté a tientas a los interruptores, accioné las palancas, al momento, las luces del sótano se encendieron, pero el sonido grave de una onda que hizo estallar el tensiómetro anunció la nueva oscuridad.

El filamento implosionó con un siseo mudo y un vapor tóxico que, por fortuna, se reabsorbió enseguida; el sótano se iluminó por una centella tan fugaz pero tan potente que quedaron tatuadas en mis retinas los perímetros de cada cosa que apareció por la delación de la

luz; por pequeño que hubiera sido, cada elemento, cada rata o alimaña sorprendida en la estampida de su fuga. Mis ojos palpitaban imágenes que se sucedían y, aún cerrados, saturaban mis posibilidades de reconocimiento, de traducción. Como en una imposición espectacular, cada cosa que aparecía se sumaba a la anterior, cada objeto, cada silueta, cada forma secuenciaba el movimiento de un folioscopio que a medida que las imágenes se superponían construían una silueta mayor.

Mis globos oculares parecían a punto de estallar por la presión de esa inusitada cantidad de imágenes, parado en la total negrura como estaba, mi cabeza se elevaba y mi cara buscaba orgánica una fuente de energía —un sol antimatérico— en el centro de la sala.

En un momento fue evidente, la figura que se estaba completando en el fondo de mi amo gris, en el entramado calloso de celdas lobulares y pasadizos vesiculados en el que se encendía la hipertelia de neuronas, la silueta que se erigía en el fondo oscurísimo de mis ojos no era otra que la de Gut, mi prenda.

Cuando lo vi, cuando pude percibirlo, cuando cada parte reconoció su pertenencia al todo, la actividad en mis ventrículos cerebrales pareció desactivarse, la estampa del enfermo disipó el vendaval eléctrico que se abatía al interior de mi cráneo y me ponía al borde del colapso.

Jamás me había sentido más joven ni más dispuesto, tampoco me había sentido así de elegido; si bien siempre me sospeché un destino de grandeza, no había tenido esta confirmación tan contundente.

Mi cuerpo era un cúmulo de elongaciones capaces de moverse sin fricción, era por fin el atleta que siempre había intuido en mí, mi organismo, por fin, era el vehículo acorde al espíritu portentoso que lo subyugaba.

Me di a las escaleras para encontrarlo, mi adorado príncipe de las tinieblas, mi sostén, mi monstruo dedicado, mi propio natural, mi pobre Konrad.

Una luminiscencia creciente llamaba mi atención y me empujó a levantar los párpados, tan pequeña acción me resultaba penosa, no recuerdo haberme resistido así a nada. Entonces mis ojos se abrieron convocados por un fulgor que, en medio de la negrura del sótano, resultó más opaco que la guía de visión inmaterial que me había traído

hasta aquí.

Gut estaba parado junto a la camilla en la que lo suponía inconsciente; irradiaba un resplandor opaco, una especie de inmanencia fulgurante que no emitía. Llegué hasta él con ceguera nueva, completamente calma, completamente efectiva, ni un solo pliegue de mi ceño se tensaba, mi visión era perfecta.

Antes de dar con su cuerpo largo lo rodeé, mi cerebro seguía acumulando datos, celdillas y celdillas y celdillas se almacenaban naturales en lo interno, unidades ínfimas de un saber nuevo se organizaba. El mapa de una memoria que se actualizaba a la velocidad del rayo se desfragmentaba exponencial sin que pudiera detenerlo.

Una súbita angustia apareció cual marea indómita, en ese instante el reo me mostró una de sus palmas que invitaba a ubicarme frente a él, muy cerca. Así lo hice, aunque su cara no tenía gesto, la ocasión definitivamente sonreía.

Algo sonó lejano y una ráfaga de energía muy tenue pareció transir todos los filamentos de las lámparas del subsuelo, como si la bobina no se hubiera quemado en realidad, pero en el apogeo de plenitud se disipó y volvió a imperar la noche encapsulada del sótano.

No sabía yo por qué estaba allí ni qué pretendí al momento de iniciar la avanzada que me condujo hasta este nocturno andante, un staccato pletórico de sentidos que fugaban hacia el misterio.

Sindri llamó mi atención; su cuerpo había empezado a moverse lentamente. Se echó a andar hasta el centro exacto del habitáculo, el mismo sitio al que mi cara se había dirigido naturalmente en busca del fulgor de ese agujero negro cuando estaba en el rellano.

Lo seguí desde atrás y volví a ubicarme a su frente, nuestras pupilas se encontraron en un puente aéreo indestructible, un filamento capaz de sostener, sin fundirse, el gran amperio universal.

—No —dijo, aunque sus labios no se movieron.

—¿Cómo? —me ocupé de modular fehaciente.

Sindri no respondió.

—¿Cómo “No”?

Sindri permaneció en silencio.

—¡¿Cómo: No, qué clase de bestia dice, así como así, semejante cosa?!

Sindri resplandecía una oscuridad silente y yo comencé a soliviantarme, mi tálamo nervioso se irrigaba de una electricidad que me hacía crecer, mis talones se afanaban por trepar para ponerme a la altura del monstruo indolente.

—¿Qué clase de esperpento moral me trae hasta aquí para donarme impunemente su idiocia?, ¿qué es lo que No, acaso, qué podría ser lo que No ante el poder de la ciencia, ante mí?

Sindri seguía mudo, resplandeciente.

—¡Yo sé muy bien lo que no! ¡Lo sé muy bien! ¡No eres varón! No eres persona. Eres una hembra feérica, un informado, una secuencia cromosómica interrumpida y degenerada, un fenómeno deshabitado de las gracias. ¡Ni humano, ni animal, ni cosa; un bólido infecto en una órbita despreciable vagando por el espacio!

Sindri seguía. Impertérrito.

Las partículas de humedad se abrieron como flores fúngicas en el aire estancado del ambiente y el Tzäcjara recuperó su dominio absoluto. Ahora el mismo cuarto era el fondo del río, el lecho sobre el que se descompone todo: internos de los Blezinketz Pögrum, experimentos fallidos de nuestra altísima casa de estudios, partes corruptas seccionadas a cuerpos que por fortuna de la medicina siguen vivos, animales viejos, pruebas de laboratorio de cruzas degeneradas, nonatos y crías de jabíbalos, embarcaciones naufragadas atestadas de niños expósitos.

El sótano ahora no era solamente un depósito de ansias, el sótano ahora era una máquina voraz que podía tragarme.

También yo quedé en silencio. También recuperé mi estatura y un dulzor de espíritu que me iba anegando. Cuando quise darme cuenta estaba braceando desesperado en un desahucio que me llevaba lejos, lenta y dulcemente devorado por el tragadero de la noche.

Ese natural en silencio fue mi apego, mi afecto sustancial, mi amor a la vida, mi recuperación, la llegada a una isla nueva en una nueva Tierra.

Ese natural me rescató, me hizo volver a vivir. Me ofreció, sin más, la potencia de la dulzura.

Magna Regina Splendor

Blavatsky peina, con una carda de cuerno labrada, una larguísima cabellera sostenida en lo alto de la piedra con un clavo arropado con liencillos y cordeles de seda y cáñamo. Peina meticuloso y lento con una mano, después de deslizar el artículo repasa con la otra palma, tan suave, para evitar que los mechones se enerven de electricidad.

Es pelo blanco, completamente albo, pelo blanco y larguísimo. Es el pelo de dos albinas que fueron criadas para ofrecer su pelambre como una diadema, dos albinas que fueron decapitadas y cuyas cabezas fueron conservadas en urnas con paraldehído y soluciones melíferas para promover —después del seccionamiento— aún más desarrollo, más longitud y más materia. Para que los manojos resultaran más largos y más gruesos para trenzar el pelucón imperial.

Blavatsky peina y es un hombre nuevo, un oficial triste, orgulloso de ser parte. Mientras tanto, Ávida enjuga sus lágrimas y las deposita en una mesilla de patas labradas que parece suspendida en el aire, a escasas pulgadas de la piedra en el cubo en el que transcurre la escena sucedente.

Todo aquí está labrado, si se mira bien todo lleva la marca de los surcos en la superficie, por mínima que sea, todo aquí está labrado. Todo aquí es un campo yermo al que se le insiste una intención de preñe, una voluntad exagerada y desesperante, todo aquí es la ciencia miserable, todo aquí se labra.

Ávida esplende, por alguna razón que no alcanzo a atisbar, esta mujer esplende, en ese cuerpo hermoso todo es naturaleza y afección, Ávida esplende y deposita joyas lacrimales en la faz de una mesilla labrada. Esas perlas parecen encajar perfectamente en los surcos inadvertibles; gemas traslúcidas que encajan. Eso hace suponer que también son parte de la materialidad labriega de esta escena. Las perlas también están labradas.

Todo es un surco embarazado y en latencia.

Camino en este salón atraído por el más allá. El médico y la asistenta entran lentamente en la succión de un horizonte de sucesos que se abre en el pasado. Blavatsky peina y llora, humilde y orgulloso. Ávida esplende y sonríe mientras deposita joyas. Ambos se van. Los dos. Se van yendo.

Mis pies se adelantan y avanzo. Voy sin decisión, con un desaforado entusiasmo por la incertidumbre de una entrega total.

Todo se angosta y llego. Sindri me recibe y me muestra las instalaciones y unos fabulosos jardines colgantes y habitáculos con ventanas y entradas a las galerías y escalerillas a los aposentos, al infierno desde el que mil cien hombres desnudos mantienen el hogar encendido, a las terrazas y los balcones, a los cubículos escondidos, a las torretas.

Habla. Comienza a narrarme la historia y su articulación, se demora particularmente en su manera de puntuar el relato, me lo muestra todo. Todo es sorprendente.

Sindri en verdad no se ha movido, su cuerpo está a la vez echado y erguido en un taburete mientras la acaricia, la espera con alientos, la acompaña paciente. Trenza los dedos en la cabellera de Ornella que se desmaya sobre su falda.

Sindri me habla al oído:

—Muere, se agota, se está muriendo.

Alrededor de palacio y en los sótanos de la reconstrucción todos apuran la ceremonia en la que van a ungirla. Antes y después y durante el trayecto en el que Ornella salga de su cuerpo van a coronarla con los honores de la diadema albina.

Todos estamos reunidos para eso. Todos estamos en este campo de labranza para eso. Todos somos labriegos. Ninguno de nosotros puede ver el cuadro total. La menina que mira al espejo. Nadie comprende. Coronación y labranza. Todo lo existente.

Todo está muerto. Todo murió hace eras.

Por fin, por fin… el sueño no es posible. Ya sucedió y no termina de suceder. Los aliados van a incinerarlo todo aun cuando la guerra ya esté definida. Van a escribir la Historia.

Sindri la acaricia y llora, me mira y llora. Sindri pasa sus dedos y se

mete por entre la cabellera de ese vientre desde el que saltan piojos gordos y satisfechos. Piojos que se llevan la vida de la reina a otros huecos, a nuevos linajes de igual alcantarilla.

Sindri llora y tararea.

Me detengo en un momento sombrío, quiero acompañarlo en la melopea de la nieve, pero en mi memoria vuelve el Lied: Amor, date prisa, no puedo resistir, si tú no llegas yo no existo, no existo, no existo.

Sindri me ordena:

—No hay tiempo para eso.

Con dulzura extrema se lleva mis ojos a mostrarme la cara de esa murciélaga que desfallece, está encaramada sobre sus piernas y esconde la cara, avergonzada por el final que se impone. Ornella se muere, se agota, se está muriendo.

Sindri detiene mi marcha y fija su intención en mí como advirtiéndome, de sus pupilas mana la fuente de la compasión, muy lejos, adentro de mí, vuelvo a llamarla en alaridos angustiosos: ¡Ornella...! ¡Ornella...!

Ella vuelve a retorcerse como antes, vuelve a suplicar compasión. Me suelto de la atadura de Sindri y voy a buscar la cara de ese cuerpo albino en el borde del evento. Voy a dar con ella y la encuentro.

Belfos y belfos y belfos y más belfos de saliva moribunda. Enroscada por detrás de los muslos, Ornella mama con desesperación y cansancio enloquecido la ingle de Sindri, sorbe descomunal mientras él la acaricia. Me acerco más a ver esos colmillos enrojecidos, a oler el plasma y la humedad ensalivada de esos pelos alrededor de un hocico que se desmaterializa.

Me acerco.

Mamo de esa ingle con desesperación, con cansancio enloquecido.

Sindri llora y me acaricia.

Me veo mamar, lloro.

Me acaricio.

XVII

A solas en el sótano. Por fin. Después de tanto, sin interferencias de ninguna índole, el cuerpo del miasma frente a mi incorruptible voluntad de curación. Contrastado con el fondo de piedra, Gut tenía una presencia que no había visto, era una presencia absoluta, una fulguración vertiginosa. Titilaba como Antares. En sus palmas vi galaxias de cristales pequeñísimos, microdiamantes facetados por la perfección. Llevó sus manos hasta el ruedo de su camisón como si fuese capaz de estirarse fenomenalmente. Allí comenzó a enrollar, prolijo, la tela inmunda, el planisferio de sudores, emanaciones, supuraciones de datación diversa.

Ritual, Sindri subía el camisón y descubría sus muslos portentosos mientras yo lo percibía sisear en acorde místico, él me miraba del modo en que recuerdo los ojos de mi madre cuando a los dieciséis me alimentaba de su pecho.

Me sentí desnudado, no digo desnudo, lo que sentí fue la ráfaga de una verdad que me desnudó de cuajo y se llevó cualquier afeite que me sujetara, cualquier identidad que se construyera sujeto. Él, mientras tanto, se imponía a todo y se descubría. Se despojaba del cobertor de las categorías.

No sé si hube de arrodillarme o si el cuerpo del loco creció por lo alto, pero a un cierto punto mis ojos, los míos propios, esas máquinas que otrora me confiaron el mundo seguro de la Medicina y de la Ciencia fueron subvertidas en filtros nuevos, máquinas novísimas que veían lo distinto. El fin de la dualidad. El reino de un amo completo. Un único amo más allá del mundo de las apariencias.

Ya por la dispensa defectuosa de mis rodillas o por la fábula de su engrandecimiento mi visión quedó a la altura de su bajo vientre. Sindri se abría con las manos, despojaba uno tras otro, de pliegues de tegumento descamado y enardecido que dejó al descubierto un choto

descomunal. Un tronco magnífico con un cuerpo cavernoso imponente, surcado de venas rítmicas del grosor de una media pulgada, coronado por un glande de belleza fascinante cuyo ojo final terminaba abriéndose en dos y se extendía a los labios ondulantes y lubricados de una vulva tremenda, honda y palpitante.

Llevado por un impulso allende mis voluntades mientras abrí la boca dirigí los dos dedos más intrépidos a esa vagina almibarada para hundirlos suavemente allí y sentir lo imperioso. La vagina comenzó su efectuación, un ir y venir de contracciones mínimas que me succionaban con una intensidad muscular inaudita. Ese mismo frenesí moroso excitó la frecuencia y los espasmos se multiplicaron, mi mano chorreaba líquido pero también se derramaban centenas de huevas carmín, las huevas que el loco había birlado a la hormiga y había conseguido masticar. El enormísimo pene invaginado se irguió y comenzó a cachetearme con ferocidad creciente, nunca antes me había infatuado de violencia, un sentir supremo. Por esos chicotazos impetuosos mi cabeza se hacía a un lado y hacia otro y mi mano no paraba de entrar a esos bajos. A cada embate, un centímetro más de mí se perdía adentro mientras mi boca tragaba; las comisuras se abrían de tajos enrojecidos por los golpes a medida que el sabor metálico de la sangre me acorralaba.

Lo que me ocurría era total. Me friccionaba desaforado hasta lastimarme contra el que me daba una felicidad moral y orgánica inéditas. Me lastimaba contra ese mismo que cercenaba mis posibilidades de lograr una felicidad moral y orgánica completa.

En mi interior imploraba frenético:

—No basta que sirvas de soporte a la función de Tiresias, también es necesario que tengas tetas.

Las luces del sótano se encendieron de repente y los filamentos de todas las bombillas soportaron la radiación de una ceguera final, todo era el blanco fúlgido de las vírgenes y yo no lograba distinguir nada, todo era blanco, menos el ruido sordo de una tensión eléctrica infernal que llevaba al borde de una masividad de supernova la materia despreciable del sótano y de nuestros cuerpos.

Gudsmundöttir, Gut, Sindri, mi pobre Konrad, el que se fecunda a sí mismo, el hijo de Hermes, la hija de Afrodita, se hizo buco en el espacio y caparazón de piedra se hizo.

Empezaron a formarse cúmulos de tinta que se arremolinaban sobre el caparazón y se conformaron imagen. Y apareció y lo vi: a Rufus deambulando, perdido en un bosque lleno de trampas para lobos, a Ávida llorando, sentada en el water con las medias caídas en miseria, a las enfermeras del hospitalete buscando inútilmente entre las gradas de madera oscura sus cofias desgreñadas, al tatuador mandarín que perdía contorno y se freía en su propia grasa, a la intendenta de la pensión fermentando en prínkula ambarina, a las dependientas de la botica ahorcándose unas a otras, a las comensalas ordinarias servidas en bandejas de plata, a mis hurones con los hocicos carcomidos y las cuencas vacías flotando en el río, al mozuelo bobo orbitando eterno alrededor de una mosca, al cocinero de la anguila desflorado por un urso, a Blavatsky embarazado y sangrando un óvulo a la vez, con una lengua bífida y una mordedura de cascabel en la frente.

Esas fulguraciones ectoplasmáticas cobraron el volumen de lo que parece vivo pero es femenil; vagaron unos segundos con gesto alarmado hasta que todas, algunas por voluntad y otras por fuerza centrípeta, entraron a la cueva y se perdieron en lo hueco para siempre.

XVIII

Otra vez en mis habitaciones, al amparo del edredón y de la penumbra, pude empezar lentamente a volver a mí. Evité amonestarme a pesar de las arcadas pero supe, de seguro, que los sucesos del sótano habían estado a punto de tragarme. Me sentía embadurnado aun después de haberme fregado piel y mucosas con agua y jabón boricado casi hasta la herida, sabía que esa misma percepción, que la dinámica de un arrepentimiento y la náusea por el olor indeleble eran también la estrategia del demonio. El malsano necesitaba de esas mareas para ahogarme y yo no lo iba a permitir; iba a imponerme la calma y solo en la calma iba a poder decidir con temeridad lo que debía hacerse.

En la tercera vuelta del haz del faro bajo la entrada torné para ponerme de costado y dormir, ahora sí, por fin, dormir para recuperarme, para que la analgesia del sueño calmara el sometimiento y los tejidos en inflamación y en trauma. Para permitir que las ondas orgánicas que regulan los ritmos reparen y conserven en forma el arreglo orquestal del organismo todo. Una frecuencia para el cerebro y su materia blanca subcortical, otra para el cerebro y su materia gris neuronal, otra para el corazón en sístole y diástole, otra para el torrente directo de la sangre, otra para el reverso, otra para el sistema linfático, otra para los riñones y el hígado y la vesícula, otra para las vísceras excretoras, otra para las gónadas y todas las glándulas. En esa percepción maquinal decidí imponerme sobre el insomnio y ubicarme sobre el costado derecho, darle descanso a ese costado superior y, fundamentalmente, a las vísceras, que pudieran colgar por un rato y darse ellas también a la reparación y al drenaje de los humores.

Cerré los párpados y pude escuchar la estampida cerebral, las hormonas del sueño que partían de los puertos neuronales para hacerse a la mar de la corriente sanguínea y tumbar toda voluntad de

vigilia.

Caía en un dulce vaivén cuando de pronto abrí los ojos y en la oscuridad húmeda del cuarto enrosqué la bombilla y salí de entre las cobijas para ponerme de pie, buscar mi maletín con el instrumental y ponerlo todo a punto. Estiré las sábanas y el edredón, abrí el cofre de tegumento, dispuse sobre la superficie blanca del lecho cada cosa con minucioso cuidado. Saqué los lienzos que envolvían el espéculo, los cristales para ventosas, las cucharas, mi invaluable colección de agujas y todos los estiletes de diverso calibre para montar en la empuñadura del bisturí. Abrí cada uno de esos paños y froté con un manojo de estopa a cada uno, lentamente, para desbaratar la película de grasa con la que los mantenía cortantes y filosos.

Alcé cada uno a contraluz de la bombilla, al momento en que sus órbitas se superpusieron al sol del velador, cada uno de ellos me regaló una estrella, señal de que el filo se mantenía incólume y de fiereza quirúrgica.

Volví a arropar mis armas de cruzado y a depositarlas en la cavidad del maletín, volví a cerrarlo, volví a ubicarlo sobre el aparador, frente al espejo. Aproveché para mirarme profundamente:

—Mañana opero —dije en voz firme. Y me fui a dormir. Sereno.

Creo que soñé un bajo vientre deslumbrante, una empalizada inguinal completamente lisa, el espacio de la vulva como una bajada tersa, de porcelana fina, sin orificios. Recuerdo forzar la oclusión de mis esfínteres para contener la orina, quería desesperadamente dejarme ir y recibirme en mares cálidos allí mismo donde estaba, que la cama fuera un receptáculo de mis diluciones mientras soñaba con vulvas intachables, sin vello, sin protuberancias ni hoyos, sin oquedades ni apéndices inmundas, sin nada que la hiciera corruptible.

Dejarla así, ni varón ni hembra: inviolable, perfecta.

Volví a abrir los ojos:

—¡El guardapolvos! —me levanté presuroso y llegué al water para descargar los líquidos, estuve un buen rato esperando y nada, guardé en el calzón lo que había sacado y fui a buscar mi delantal al ropero, lo alisé con las manos, lo colgué desde un alambre por encima del retrete para que la humedad de las paredes no lo arrugara.

Volví al lecho, dejé que la ansiedad me acunara. Me dormí.

Mañana opero.

XIX

Desperté, salí de la cama y estuve un buen rato enfrentado al espejo sobre el aparador, luego enjuagué mi boca con solución boricada y me refresqué el cuello con el agua helada del grifo. Me vestí en silencio, meticuloso, estuve a punto de echarme dos soplidos de agua florida pero me contuve, no acudiría a nada que no resultara esencial para este momento. Salí del dormitorio y bajé al cuarto de las vituallas, todo estaba como ayer, pero el día comenzaba a dar plena parición a esa dependencia en la que desayunábamos. Me serví un cható de prínkula escarlata y lo bebí de un trago, me serví otro. Y otro. Evité el tazón de makretzel y las raciones extra de venillas y de pólipos, evité las bocadillas de kréptele y la tripa con requesón; me dispuse a volver a subir para pasar revista al estado en que se encontraban los otros habitantes de la casa tras una velada tan intensa.

De mi consigna no pude inferir nada, solamente las gotas de mercurio en el piso cerca de la entrada del cuarto de la asistenta —de las moscas ya no había rastro—, y un hedor dulce y picante en el pasillo de las habitaciones de Blavatsky. Ningún sonido ni nada que diera cuenta del comenzar de una nueva jornada.

Algo en mi corazón me decía que podía estar tranquilo, que podía bajar al sótano e intervenir sin temor a ser molestado. Me dirigí a la escalera.

Una vez más me enfrentaba al descenso, al lento y ceremonioso bajar, peldaño por peldaño hacia la entraña de esta basílica de salud. Una vez más, con las armas templadas en el fuego sagrado de una nueva moral: estoy conquistando el futuro y no es para mí, no es exclusivo.

Esta es una donación prometeica que brota de mí pero es para la Humanidad toda, a partir de mi intervención se abrirán los portales de lo humano, después de haber soportado los padecimientos infernales

de la trasmutación, desgarrará el tiempo para hacerse del azogue, del mercurio esencial. La Gran Obra que resulta de las fases de proceso alquímico: Calcinatio, que incinera inclemente al lobo del deseo; Solutio, que disuelve el yo en mares de amargura; Coagulatio, que impone al espíritu la cárcel horrorosa de la forma: Sublimatio, que diluye en el éter lo poco que se había logrado con sacrificio.

Comienzo a bajar y no soy yo, somos miríadas de varones vivos y miríadas de varones muertos, mancomunados para lograr el fin común, ni una sola célula hembrista, ni una sola molécula de obscuridad.

Supongo que debían ser visibles a mi lado de algún modo, los pies en sincronía, bajando, era tal la certeza, tal la potencia de mi percepción, una contundencia que debía hacerse material en algún plano, debían ser visibles en alguno de los mundos cuánticos, en la silente algarabía de los multiversos, aunque en apariencia no hubiera nadie más que yo pisando esos peldaños.

Bajaba la escalera de piedra con la solemnidad que caracteriza los actos más nobles y sentíame acompañado, no sé explicarlo bien, de seguro resultará comprensible para quien tenga a la ciencia como horizonte único. Supongo también que serían los acontecimientos del día anterior, las últimas moléculas alcaloides arrastradas en el torrente y tal vez disparándome postreras imaginaciones si alguna encallaba en el recodo de una arteria. Y los acontecimientos abyectos y deliciosos de la última madrugada que embelesaron mis sentidos y casi me disuelven.

Un pie en cada peldaño y sucedía, la escalera delante de mí, el mismo sótano, todo el espacio hacia el frente era un monte umbrío cruzado eventualmente por jabíbalos azules con sus interminables lechigadas ciegas detrás, un espacio forrado de líquenes de cerrazón añil y de las ramas y rizomas de palán palán, esos arbustos multiformes que colonizan los valles internos de la cordillera del Utrishko. Allí donde anidan las arpías que se alimentan de los hematocritos que defecan las crías contrahechas de didelfos voladores.

Bajaba y a cada peldaño ese mundo silvestre se nutría más y más, mi

descenso se hacía vívido, real en su virtualidad, concreto en su idealización. Mi avanzada permitía una precipitación de moléculas de engorde, una acumulación de realidad, pero de una realidad no grosera, una realidad de ensueño. Lo real, pero sin el padre.

Yo bajaba pero lo que descendía no era yo, ¡claro!, lo que descendía era el mundo verdadero que palpitaba en el sótano. ¡El mundo sin ley! ¡Por fin!

Bajaba y me detuve, hube de hacerlo, como si esas ánimas que me acompañaban, y que percibí desde el instante mismo en que traspasé la puerta del sótano —¿Quirón, Esculapio, Hipócrates, Hipatia desollada?— me hubieran indicado hacerlo.

Entre la espesura del monte, en ese gradiente de luz que irradiaba oscuridad y toda la gama de los azules de las colonias fúngicas en permanente extensión, en la presencia ontológica de cada animal, de cada piedra, de cada planta, de cada molécula de ese aire espeso, en esa frondosidad de seres; allí: todos los varones de mi vida reunidos en formación seminal. Todos aguardándome.

El linaje varonil del que soy arte y parte: mi padre, el antiguo tutor de los primeros años, mi padrastro, el carnicero sin piernas en su despacho camino al internado cuando mi madre me dejaba allí para conseguir vísceras frescas a cambio de un poco de ternura, Blavatsky, claro —dual, repetido, aparecido también aquí pero en su manifestación valiosa—, mis camaradas de cohorte, el director del instituto, los colegas de la casa de altos estudios, el maestranza al cuidado de los organismos en la morgue, el centinela delgado, soltero y prominente, más sus grumetes rotativos del faro allende los islotes meridionales del Tzäcjara.

Todos allí con cuerpos de centauro, la bravura animal en el tronco y en los muslos, el conocimiento excelsior en los torsos y en las testas.

Me uní a ellos en una fiesta de rebuznos, en una fiesta de potros alzados, una fiesta de ancas musculosas, de extremidades embadurnadas de sudor caliente, una fiesta de excrecencias y relinchos, bosta y saliva para un ir y venir de frotaciones masculinas, una fiesta de cuerpos contundentes, tragándome, forcejeando mis blandeces, arremetiendo lúbricos mis oquedades, encimándoseme uno y otro y otro y otro. Todos contra mí, arrinconándome, machos cabríos

en la ceremonia de graduación, en el último escalafón de una preparación superior: esta es mi academia, mi facultad, la institución que me condecora, mi inagotable seminario.

Soy uno de vosotros.

Como agazapada entre la niebla de la sudoración, de esos lomos surgió imprevista la imagen de Rufus, el amigo femenil; salí de allí asqueado y le ordené volver a la cueva en la que se había perdido junto con las de su especie.

Me tranquilicé, comencé a recuperar la fundamental indolencia del que se asoma al mal para extirparlo. Volví a la escalera, de la que en virtud no me había movido un solo milímetro.

Para encontrarme con Gut. Al fin, mi prenda, al fin. En lo oscuro.

La piel lívida como un papiro translúcido, las venas cerúleas, las matas de esa melena rala, la pestilencia como un vapor que asciende.

Las paredes de piedra bruna, la humedad en condensaciones que gotean y barnizan el ambiente con fulgores azulinos, la pigmentación de moléculas cianóticas en las zonas atmosféricas aledañas al cuerpo. El composé con las postas de micosis que son al principio escamas caprichosas y a medida que se abren los pliegues de los muslos, de la entrepierna, de las axilas, del cuello mismo y de las sienes hacia el cuero cabelludo son jardines botánicos espesos y llenos de relieve, de pústulas quemantes, de grietas resecas, de lunares descontrolados, de honduras de supuración fétida.

Mi criatura azul, mi regazo, la Pietá que me sostuvo y me hizo de sí en la noche, summum de la dulzura, plus ultra de las encarnaciones más caras para mi corazón malherido.

Gudsmundöttir, echado ahí, aguardándome como un astro de elíptica errática listo para ser descubierto, como una isla de tesoros en los mares desolados.

Hijo de Hermes. Hija de Afrodita. Sindri, mi filósofo desnudo, mi natural sin fe, sin ley, sin rey. Mi criatura azul de sangre quieta, de corazón como víscera corrupta en linaje incorruptible.

Sindri a mis ojos, a estos ojos, acaso los únicos ojos que te ven, Sindri, las únicas pupilas que alguna vez confirmaron tu existencia,

echado en la camilla frente a mí, cubierto de la vida opaca, la vida infecta de las alimañas, desde las más obesas y anilladas hasta las inmateriales que merodean el campo fantasmal ansiosas por encontrar su puerta hacia el encarne.

Sindri de pulmones laxos y sibilantes, Sindri, príncipe de tinieblas y princesa del deseo, de respiración casi inexistente, todo para mí.

Me acerqué muy lento, ese cuerpo en inconsciencia daba cuenta del oxígeno por suspiros anémicos, la boca abierta en un aliento mortuorio.

La vida exangüe, una extraña radiación parecía brillar esmerilada en su contorno, como un cofre protector.

Me detuve frente a él, dejé mi maletín sobre una mesilla de acerque, lo miré y susurré muy quedo:

—Derretirme en vos, Sindri, derretirme en vos.

Gut abrió los ojos y sus pupilas estaban naturalmente direccionadas hacia las mías como si en verdad hubiese estado esperándome, una corredera comenzó a brotar de sus ojos, se derramaba sobre los costados de la camilla y al despeñarse hacia el suelo desaparecía en la nebulosa de ese espacio.

Eché un vistazo a ese paisaje de fémures inusualmente largos cubierto por un trapillo y la potencia de mi inclinación pareció una ráfaga sobre las copas de las coníferas apretadas de ese sotobosque. Sindri todo se estremecía al verme y parecía heder más y más profundo a medida que comprobaba que mi existencia era real, que por fin había venido para arroparlo con el atuendo blanco de la ciencia.

Me aventuré a la sordidez de levantar el velo, con las manos descorrí el lienzo que lo cubría. Lejos de espantarme, esas manadas pútridas me encantaron y tuve que aceptar un anhelo viejísimo: echarme yo mismo en una de esas hondonadas purulentas; quedarme allí, acunado por la melodía horrorosa de la corrupción.

En la fiebre de mi juventud visitaba Eldorado: la vulgaridad de esas mujeres me conmovía de modo tan peculiar que dejábame yo acunar por la sordidez. Gastaba allí las noches de calor, llenas de ansiedad, un poseído en procura de pronta entrega, el néctar que me desesperaba. Tras esa permanencia nimbada, ahogada por los vapores y las

humaredas de un cabaret que hervía, despertaba semiinconsciente en los brazos de un pintor contrahecho y enamorado de la ordinaria Yvette.

Nunca supe por qué ese ambiente me tumbaba ni por qué la piel del pintor de talla diminuta era un ébano dulce al que no podía resistirme. Mis labios balbucían sin cesar el salmo de su nombre: Henri Marie Raymond; él bebía impasible, dibujaba a Yvette en una especie de delirium tremens y se quejaba de una pertinaz apendicitis. Con el despuntar del alba Yvette ya no cantaba, ya no movía sus manos escandalosas en el escenario. Al finalizar el número vivo las bailarinas barrían la inmundicia de los pisos entre las mesas y reían a carcajadas; se acercaban a mí, exhalaban sus alientos cavernarios en mi facie y me daban a beber de sus mamas. ¡Cómo reían!

Alguna vez, en el coro de esas carcajadas vistieron al pintor deforme como a una marioneta y a mí me tomaron entre todas y entre todas me desnudaron, me pusieron las bragas humeantes de una de ellas y las cintas negras que sujetan los calzones de seda y rulos de escenario y me pintaron los párpados con residuos de hollín y cebo y me enseñaron una melopea sencilla a la que iban agregando versos a medida que la inventaban. Y canté trémulo:

—De crepúsculo en crepúsculo caigo sobre mis rodillas y lleno mi boca de nieve, el modo en que se derrite, de ese modo quisiera derretirme en vos.

No supe por qué acudía a mí el recuerdo vergonzante que hasta entonces no tenía permiso de acceder a la superficie de mi conciencia, la piel de mis pómulos daba cuenta del bochorno y comenzaba a postrarme de oprobio cuando Sindri continuó la canción con el pentagrama de sus ojos completamente anegado:

—Aurora, dispárame más allá de este dolor, la necesidad es grande. ¡Aurora! Enciende mi sol, aurora, lleno mi boca de nieve, el modo en que se derrite, de ese modo quisiera derretirme en vos.

La corredera inundó también mis ojos, pero eso no era llanto, no, era, en todo caso, la marea subatómica que lo interconecta todo, el rayo trashumante que electriza fuente primordial, la pila bautismal en la que los iguales reciben el nombre de los iniciados.

Fui hasta la mesita de acerque y tomé el maletín, lo abrí y dispuse los envoltorios uno a uno sobre el paño. Desenfundé la empuñadura, desenfundé la sierra, el martillo, comencé a desenrollar el lienzo que contenía la ampolleta de los filos, la abrí, saqué cada navaja, las tres, formadas de mayor a menor cortaban al medio las partículas del aire y les seccionaban la poca luz. Esas tres marías brillaban como nada en la oscuridad del cuarto, a escasos centímetros de la cabeza de Sindri, que seguía siseando la melodía. Saqué la ampolla de cloroformo, la ampolla con trampa de aire del formaldehído, las gasas, los guantes, la linterna con cintura de cuero para la testa.

Dejé todo dispuesto y levanté la vista para mirarlo.

Sindri no estaba, la camilla era una superficie vacía y de pronto una brisa muy suave me invitó a darme vuelta. Así lo hice, pude percibir cada vértebra de mi espina tornando acompasada, cada uno de esos engarces moviéndose en lo interno, la apófisis de cada hueso iniciaba la torsión en volumen, fuera de toda noción de plano, una cadena de eslabones tridimensionales que abrazaban el espacio interno y no solamente me erguían, me daban estructura. Pude percibir el atrás de mí, el campo al que mi mirada no había accedido nunca, qué descubrimiento: hay algo que nunca vi, hay la mitad de mundo inadvertida desde siempre para mí. Pude sentir la presencia ominosa, pude sentir que yo éramos dos, uno marchaba hacia adelante, el otro hacia atrás; pero eso no era todo, aun así había otro. En el medio de esos dos estaba el centro, lo que no es uno ni es otro, un espacio que vivió conmigo desde que nací y que, como a mi espalda, no había incorporado. Pude atisbar la maravilla de esa trinidad, de que me hubiera acompañado hasta aquí sin rebelarse y dejándose percibir recién ahora, en esta instancia en la que mi tronco giraba sobre sí desde las caderas para buscar a la criatura, al natural, al hijo de Hermes y la hija de Afrodita, mi pobre Konrad.

Sindri no estaba ahí. Sindri no estaba en el sótano. Sindri no estaba.

Sindri ahora era un cuerpo azul que se movía plástico delante de mí, tal vez Sindri era el campo de batalla ganado definitivamente por colonias de innumerables criaturas, esporas de hongos que triunfaban sobre esa piel al amparo eterno de la mugre.

Sindri era un cuerpo en el que esplendía una victoria purulenta y aun así se movía delante de mí, como si se paseara para que yo pudiera atestiguarlo. No veía su cara, no veía sus ojos, pero Sindri atravesaba el espacio por delante de mí y se ensanchaba, se hacía cada vez más vasto y más azul. Y a cada paso esas criaturas lanzaban al aire millares de soplidos cargados de esporas nuevas para conquistar al mundo y al sistema planetario y al Universo todo.

Yo estaba fascinado, inmóvil, devocional, agradecido.

Una intención me llamaba, insistente desde atrás del cosmos, desde atrás del tiempo y del pasado, una intención que me desconcentraba, una intención que alimentaba mi odio más rancio: Ávida y Blavatsky gritaban desesperados en un rellano de la escalera, alertándome desaforados, las caras se les descomponían refractadas por un fuego de principio imperceptible. Volteé a verlos, abrían tanto las bocas que dejaban ver los interiores sanguinolentos y el inicio de sus tráqueas; sus labios se afinaban hasta desaparecer mientras los ojos lucían al borde de salirse de las cuencas.

Ávida y Blavatsky gritaban desesperados detrás de mí.

¿En qué momento la composición sonora se detuvo, cuándo pasó que dejé de oír los gritos y las llamas, el crepitar de los cortinados y los muebles, las explosiones de la cristalería, las ampolletas, los tubos de ensayo, las probetas, los balones, las serpentinas, los embudos, los vidrios de las galerías y los claustros donde guardábamos las medicinas?

Giré otra vez el torso para enfrentar la escena: el médico y la asistenta estaban en evidente peligro, arrinconados por el fuego, corrían de un lado al otro y se dirigían a mí posesos de una angustia de espanto, sus bocas modulaban alaridos mudos y señalaban a mi espalda, señalaban al detrás de mí con aflicción aterradora, como si por detrás se acercara el puñal de un asesino certero.

Giré para ver arder las bibliotecas, la ínfima llama que iniciaba la hoguera ganaba los lomos de los manuales de anatomía y las investigaciones acerca del éter y sus probables usos para la anestesia. Ardía un hilillo suelto del capítulo más alejado del centro del libro y pronto se consumía para donar la brasa al papel que demoraba un segundo en inflamarse y se iniciaba azul y gélido, fijo. Así quedaba un

instante hasta que se empezaba a intoxicar con el oxígeno de las celdillas que guardaban aire entre hoja y hoja y entonces se hacía amarillo y se hacía rojo y se hacía mutable y tan cardinal que devoraba el resto de los capítulos y crecía en altura y contagiaba a sus próximos y se hacía chimenea de un humo que pesaba unos minutos en el aire alrededor y después comenzaba una doble vía, lo más denso descendía hasta reptar en el piso y lo más liviano subía disipado en el soplo ardiente.

Sindri cantaba su melopea a mis espaldas, en ese hemisferio totalmente desconocido para mí, en esa mitad del planisferio que recién se inauguraba.

Sindri cantaba sin cesar, dulce, todo potencia de dulzura: derretirme en vos, repetía.

Volví a mirar: de Ávida y de Blavatsky no quedaban nada más que intenciones, sacudidas espásticas en el humo del aire, brazadas desesperantes que se iban aquietando y alaridos tan espeluznantes como insonoros para mí.

Por un ruido minúsculo —y que se repetía— comencé a escuchar un tac muy lejano y de sonido limpio, recortado y extraído del paisaje sonoro del ambiente, tac, tac, tac. Explosiones casi inaudibles de un fuego tímido que avanzaba a velocidad inaudita mientras carbonizaba huesos. Sindri cantaba: derretirme en vos. Tac. Tac.

No podía escuchar nada más que la brisa que venía desde mis espaldas, un vendaval insistente que me reclamaba. Giré otra vez, lento, giré con la plena conciencia de enfrentarme al mundo inaugurado a mis espaldas, giré para darme a Sindri, para derretirme en él.

Sindri era el último contorno de una cara que me esperaba, el último perfil de mi regazo, el último perfil de mi criatura azul, el último perfil de mi Pietá que se agigantaba y estiraba sus brazos hacia mí, summun de dulzura, plus ultra de las encarnaciones.

Sindri se volvía bosque añil y me invitaba a entrarlo, Sindri tornaba helechos deslumbrantes de luz cerúlea, búhos que inmovilizaban de terror a las ratas con gritos de ultramar y las engullían vivas, quietas, enteras; flores gigantes de pieles violáceas que hedían en procura de carne putrefacta.

Sindri era por fin un bosque, una pradera de líquenes oscuros, una pradera ensombrecida por la cofradía de árboles gigantes que encerraban ese mundo en bóvedas altísimas. Sindri era al fin mi bosque, purulento y vivo.

Y el bosque repetía: derretirme en vos.

Giré una vez más y la mansión ardía, un ícono de luz y fuego en la plena Sbórnika, una luminaria que seguramente sería visible desde la candorosa y estival Mariëtzinka de cielos nimbados.

La mansión de piedra ardía y fundía también la roca y las temporalidades: otro cúmulo de tinta en el aire empezó a formarse y se hizo secuencia de imágenes de praxinoscopio: me vi a mí mismo en el sótano sin luz, con el maletín en la mano, bajando la escalera solemne, me vi llegando al pie de la camilla donde Sindri descansaba somnífero. Me vi dejando todo a un costado, accionando cosas, preparando metódico la mise en place de una intervención, me vi poniéndome la cofia, los guantes, me vi abriendo el maletín pero sacando de su interior instrumental imprevisto que no reconocía, me vi manipulando cristales y sondas de tripa, me vi soplando una tripa para habilitar la sonda, me vi llenando receptáculos de vidrio con líquidos, me vi finalmente tirando alto al aire una ampolla desbordante de éter y me vi deslizando una cerilla por papeles rugosos y soltándola encendida hasta verla chocar contra el globo de cristal y hacerlo explotar en galones de fuego líquido antes de tocar el suelo.

Me vi feliz, enamorado.

Miré esa fabulosa arquitectura de fuego por última vez, nunca jamás había aceptado mirarlo como a un igual: una criatura que merece vivir y merece dejar su legado de flamas.

Nunca había sentido el golpe de leche en los pezones, la mordedura vaginal que desgarra el cuerpo en dos después del parto.

Todo ardía. Levanté las manos y comencé a sacudirlas parsimoniosas en señal de despedida como un saludo de princesa. Mi ropa empezaba a crepitar y me detuve unos instantes para ver el nácar de los botoncillos de mi braguero brillar y partirse. Uno a uno. La retahíla de cuentas de un rosario que me mantenía a salvo de la desnudez

brillaban y se partían, uno a uno. Me desnudaban.

Di la vuelta y enfrenté a Sindri. El bosque añil ya no cantaba. Sindri ya no cantaba. Sindri era parte de todo. Empecé a internarme en el azul y el frescor del musgo trepaba por mis pies y me teñía, por mis tobillos y me teñía, por mis pantorrillas y me teñía. Todo yo era una hiedra mentolada y refrescante que conquistaba a cada paso más territorio para el bosque universal, más azul para una naturaleza que volvía y restañaba todo, curaba el daño infinito con curación infinitesimal, lejos del alcance de la cizaña del tiempo.

Caminaba dos pasos y me echaba a rodar sobre la hierba, sobre las plantas, sobre los riachos que brotaban por entre las grietas, sobre las pequeñas cascadas que surgían y humectaban el mundo. Retozaba en el color y me quedaba sin aire, con un golpe eterno en la boca del estómago que me iba azulando lento y con horror en ese bosque de búhos y sin pájaros. Volvía a incorporarme y la foresta se iluminaba de mayor oscuridad, cada vez más densa oscuridad, y me cubría persistente la tierra.

Una palada y otra palada y otra palada.

Tenía un grano de trigo en una palma y un lobo a mi siniestra. Avanzábamos juntos.

A una cierta distancia se veía la espumilla bruna de un curso de agua, a medida que íbamos comencé a escuchar la respiración del lobo y la voz cantarina de la cascada por delante. Abrí la mano y solté la semilla de trigo, el animal comenzó a molestarse, a andar entre espasmos crecientes, el animal aullaba enloquecido de dolor y el agua se nos venía encima y ciega como una voz que bramaba un susurro absoluto.

¿Sindri?, pregunté a la sombra.

Aurum Tenebrae

Y la sombra dijo: *Las creaciones del espíritu humano se confundirán en el desorden.*

Hubo una modulación subatómica que hizo trepidar los protones azules del espacio y los reacomodó nuevos: ¿un aullido sideral como una supernova? Una alteración que aceleró el ritmo y lo fue normalizando mientras la voz continuaba, como si el bosque todo hubiera fluctuado esa armonía*:*

Ni la psicología, ni la metafísica, ni el arte pueden servirme de refugio, el yo no es digno solo de odio: no hay distancia entre un nosotros y un nada…

Otra trepidación, otro cambio de surco, otra cuerda sideral vibrando, otro aullido feroz; el lobo corcoveaba, desde las ancas hasta la coronilla su cuerpo se contraía y algo se le escapaba por las fauces abiertas en arcadas fenomenales. Sus colmillos resplandecían brunos en la oscuridad y el ritmo gutural se aceleraba en un frenesí de martirio insoportable. El lobo se daba vuelta. Un guante negro en un fondo de ultramar y sin estrellas.

Volví a concentrarme en la voz:

basta con que elija para que, por esta misma elección, asuma sin reservas mi condición de hombre: liberándome de un orgullo intelectual cuya vanidad…

Otro aullido, el lobo terminó de calcinarse y renacía; era un cúmulo informe de células mansas que iniciaba el camino inverso: el animal empezaba a tragarse. Otra vez. El camino inverso.

Empecé a corcovear, desde las caderas hasta la coronilla, mi cuerpo se contraía en espasmos de un dolor inaudito, en el reconocimiento de un desgarro inaudito, en la sorpresa de una perplejidad inaudita, en la lección de una soledad inaudita, de un rayo inaudito, de un dolor dos veces inaudito. Por la boca abierta animalmente se me escapaba algo,

unas arcadas tan feroces que no podían convocar a nada que fuera físico. Mis propias fauces eran una abertura tan exagerada que lo que vomitaban tenía necesariamente que ser inmaterial.

Más acá del pensamiento y más allá de la sociedad: en la contemplación de un mineral más bello que todas nuestras obras, en el perfume, más sabio que nuestros libros, respirado por el hueco de un lirio, o en el guiño cargado de paciencia, de serenidad y de perdón recíproco que un acuerdo involuntario permite, a veces, intercambiar con un gato.

Del lobo a mi siniestra quedaba un fémur y un vaso de agua. Un grano de trigo convertido en espiga.

El sonido se hizo cóncavo otra vez. Se fue yendo.

Como el bosque. El azul.

Comenzó a nevar. Todo se hizo blanco.

FIN

«La escritura de Julián López habla y brilla y saca la lengua en una lengua siempre nueva.»
Roque Larraquy

En una lúgubre ciudad de Europa del Este, que cubren al ocaso las brumas del río y enfrían las nieves nocturnas, un joven médico y su viejo mentor capturan a un vagabundo de porte monumental. Lo retienen en un sótano donde, ayudados por una sumisa asistente, han montado su laboratorio.

Acorazado en un espléndido guardapolvo, el aspirante a galeno emprende su viril empresa sacrifificial en favor de la ciencia.

Se trata, ni más ni menos, de ampliar los horizontes intelectuales de la época: ¡Descular los secretos anatómicos! ¡Perfeccionar las máquinas! ¡Elevar el espíritu! ¡Eliminar la pútrida pobreza!

Pero entre los efectos de los vapores químicos, las drogas y el orgullo, las percepciones se alteran y el destino luminoso que la Humanidad ha puesto en sus manos puede torcerse...

Con un idioma que ya le es propio, Julián López se mofa del espejismo positivista: desdeña cualquier corrección para dedicarse a

adorar las formas fantásticas en las que suele travestirse el deseo.

JULIÁN LÓPEZ

Nació en Buenos Aires, en 1965. Publicó los libros de poemas *Bienamado* (2004) y *Meteoro* (2020) y las novelas *Una muchacha muy bella* (2013) y *La ilusión de los mamíferos* (2018) —elegida para el *Mapa de las Lenguas*—. Ha sido traducido al francés, inglés, italiano y neerlandés. Desde 2006 codirige el ciclo de lecturas Carne Argentina.

© Alejandra Urresti

EL DÍA INÚTIL
Julián López
Flash Relatos

JULIÁN LÓPEZ
La ilusión de los mamíferos
LITERATURA RANDOM HOUSE

JULIÁN
LÓPEZ
METEORO
LITERATURA
RANDOM HOUSE

Otros títulos del autor en penguinlibros.com

López, Julián
El bosque infinitesimal / Julián López. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2022.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-262-4

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: diciembre de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Imagen de tapa: © María Octavia Russo
Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-262-4

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

El bosque infinitesimal
Lux Tenebris
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI

Mammal Somnium
- VII
- VIII

Dormiens Diurnae Vespertilio
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- XIV

Album Vespertilio Surgit
- XV

Humetatis Lacrimae
- XVI

Magna Regina Splendor
- XVII
- XVIII

XIX
Aurum Tenebrae
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos